

MANUELA SANT'ANNA

UN
Duque
PARA
CATHERINE

LOS HERMANOS ST. JOHN

Todos los derechos reservados.

De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, la digitalización, carga y distribución electrónica de cualquier parte de este libro sin el permiso de la autora constituye piratería ilegal y un robo a la propiedad intelectual del autor. Gracias por apoyar los derechos de la autora.

Este e-book es una obra de ficción. Aunque puede haber referencias a eventos históricos reales o lugares existentes, los nombres, personajes, sitios e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, hechos o lugares es pura coincidencia.

Primera Edición: 2025

Sumário

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Epílogo](#)

Sinopse



Sebastian St. John, el duque de Eninston, estaba al borde de la muerte. Sin embargo, se negaba a rendirse hasta cumplir una promesa hecha a su padre en su lecho de muerte. Después de eso, y solo después de eso, se dejaría llevar, pues no habría ninguna otra razón para seguir luchando por su vida... Al menos eso era lo que pensaba. Hasta que Catherine Clarke, la dulce criada contratada para asistirlo, llegó a su mansión en el centro de Londres.

Catherine Clarke creció sin amor. Y sentía una verdadera aversión hacia los hombres, porque, en su mente, todos eran como su padre o como aquellos que maltrataban a su pequeño e indefenso hermano solo por ser diferente. Cuando llegó a Londres para cuidar al duque, que según los rumores estaba al borde de la muerte, solo buscaba un lugar donde refugiarse y huir de un matrimonio forzado. Sin embargo, se vio seducida por la belleza de un hombre quebrado, dueño de los ojos azules más hermosos y penetrantes que jamás había visto. Y decidió que lucharía con todas sus fuerzas por mantenerlo con vida, aunque nunca llegara a tener su amor.



Capítulo Un



Londres, 1861

Tan pronto la carroza se detuvo, Sebastian se recostó en el asiento y buscó aire, el cual no le vino con facilidad. Cada aspiración era como si un cuchillo penetrase en sus pulmones enfermos. Sus hombros se tensaron, su postura derrotada. No obstante, tan pronto los criados se apostaron frente a la puerta para ayudarle, él se irguió, enderezando los hombros y alzando el mentón. Su salud podría estar deteriorada, mas su orgullo seguía intacto.

Tan pronto las puertas fueron abiertas, Sebastian miró hacia la casa en el barrio más prestigioso de Londres. Ella ya no le parecía un hogar.

Descendió de la carroza con la ayuda de dos criados que prácticamente soportaron el peso del Duque, quien ya casi no tenía más fuerzas para mantenerse en pie. Al tocar el suelo, él se estremeció sintiendo el viento helado batiendo contra su piel pálida, y precisó inhalar el aire con empeño para regularizar la respiración. ¡Infierno! ¡Odiaba sentirse tan inútil!

Era triste, en verdad, que un joven Duque de treinta y dos años estuviese en aquella situación. No es que ninguna persona en su familia se importara, además de su hermana Phillipa y de su hermano Anthony... El hermano del medio, Benedict, solo esperaba que muriese rápidamente. Mas Sebastian era insistente y, aunque las consideraciones de los médicos sobre su salud no fuesen buenas, estaba determinado a vivir un poco más. Lo suficiente.

Cuando consiguió entrar en la casa, que fue preparada a las prisas por los criados desde que decidió volver de Hampshire de repente, bien en el invierno, el hombre suspiró. Hubo un tiempo en que aquella casa brillaba de tanta alegría, cuando el Duque de Eninston era saludable. Recibía muchas visitas, amigos que venían a beber vino de Oporto, os floristas que aparecían para dejar jarrones de flores todas las mañanas. O aún, el sastre

que venía personalmente a tomarle las medidas para una ropa nueva. Buenos tiempos. Y siempre había muchas mujeres por allí. Ah, era la parte que más extrañaba. A las mujeres. Andando desnudas por los aposentos, desparramándose en su cama... No era en vano que cargaba una fama de libertino. De la cual se enorgullecía, a propósito.

— Le ayudo a subir las escaleras, señor. — Edward, su ayuda de cámara, dijo a su lado, sosteniéndole por el codo.

Sebastian le impidió aproximarse, con un gesto de mano.

— No, preciso descansar un poco. — se dejó desplomar en el sofá rojo y limpió el sudor frío que escurría por la frente, por el esfuerzo, a pesar de la temperatura baja.

Extraño cómo, en los últimos meses, desde que había empeorado de la enfermedad que le acometía, su vida estuviese pasando tan lentamente ante sus ojos. ¿Era una señal clara de la muerte? Esperaba que no. No se dejaría llevar tan fácilmente. Aún tenía razones para mantenerse por allí por un tiempo. Una promesa que cumplir.

— Señor, la criada que contraté para cuidarle llega esta noche. Siguiendo vuestras órdenes, mandé una carroza a buscarla al campo.

Él no quería aquello. Una cuidadora. Mas no tenía elección. Esperaba que pudiese arreglárselas solo cuando volviese a Londres, mas ni siquiera conseguiría subir las escaleras sin ayuda. Edward había insistido en que el lord contratase a alguien, y él lo hizo, bajo reluctancia.

— Acomodadla en el cuarto al lado del mío. — gesticuló, impaciente. — Vamos, estoy listo para subir. — habló, extendiendo el brazo para recibir ayuda, muy a su pesar.

Mientras el muchacho le ayudaba a poner los pies en los peldaños, despacio, y parando cada pocos pasos, reparó en que la casa ahora parecía tener un tono fúnebre, triste y frío, y esto definitivamente no era debido al invierno.

Si él sobreviviese a esa estación, sería un milagro.

Él precisaba de un milagro.

Ya era noche cuando la carroza que traía a Catherine llegó a Londres y, por primera vez allí, la moza miró hacia las luces parpadeantes que pendían de arcos en la puerta de pequeñas residencias y algunas tabernas en los rincones por los cuales pasó, deslumbrada.

La joven traía lo básico consigo: una maleta pequeña que cabían algunos pocos vestidos, un camisón gastado, un pañuelo y un par de zapatos

— recuerdos de una antigua vida, la cual deseaba olvidar. Llevó la mano al pecho, suspirando, aliviada y ansiosa para llegar pronto al local.

Cuidar era su destino, pensaba. A pesar de sus pocos veinticinco años, había cuidado del hermano Leo, del padre hasta que él muriera, y ahora cuidaría de un Duque. El Duque de Eninston. Cuidar de Leo no fue ningún sacrificio. Él fue un dulce niño inocente toda su vida. ¡El gran amor de la vida de Catherine! Ya cuidar de su padre... El rencor que adquiriera del hombre tornó esa tarea ardua. Arthur había sido una persona difícil, que trataba a Leo como no más que un pedazo de basura, acusándole de haber matado a su madre en el parto. ¡Asistir a todos aquellos ataques, viendo a su pequeño e indefenso hermano aceptar todo sonriendo en su inocencia, quebraba el corazón de Catherine en mil pedazos! No difirió con todos los otros hombres que pasaron por sus vidas, y ella acabó constatando que ninguno de ellos era digno de su amor, como el que dedicó a Leo. Así, cuando su pequeño compañero partió, ella decidió que nunca se casaría, aun cuando su padre la perseguía e insistía en que se casase con un viejo asqueroso que moraba al lado de la humilde residencia de ellos, porque el sujeto tenía algunas posesiones. Usando la excusa de que precisaba cuidar de él, consiguió librarse del matrimonio, hasta que el viejo fuese a las profundidades del infierno. No obstante, con su muerte, Catherine acabó quedando sin hogar, ya que no pudo quedarse con la casa, heredada por un primo que ella nunca vio en la vida. ¡Todo tan injusto! Tan pronto supo del fallecimiento de su padre, el vecino mandó avisar que vendría en busca de Catherine, confiando de que ella le aceptaría de pronto. Restó a la joven orar para que su carta, pidiendo auxilio a Edward, llegase a tiempo, antes de que el viejo asqueroso la alcanzase. Cuando la respuesta vino, con el ofrecimiento de que podría ir a la ciudad a cuidar del Duque, ella no pensó mucho. Juntó sus pocas cosas, tomó algunos pedazos de pan viejo de la cocina y huyó. Pasó algunas noches a la intemperie, escondida entre los árboles que flanqueaban su antigua casa, a la espera de la carroza enviada para buscarla.

Era difícil salir de un lugar donde vivió por toda la vida y arriesgarse a ir a Londres, y ser cuidadora de un desconocido. Pensaba mucho sobre eso, y sobre cómo sería su vida de allí en adelante, mas tenía certeza de que sería mucho mejor que someterse a un viejo desdentado y autoritario que era su pretendiente.

No sabía mucho, sino prácticamente nada sobre el Duque. Mas ella esperaba que él fuese un anciano, ya en el fin de la vida, lo que no era un problema, desde que ella tuviese un techo sobre su cabeza. No quería tener que dormir nuevamente bajo un árbol, ahora que el invierno ya se instalaba, teniendo que matar su sed en el pequeño río inmundo de la región. Sintió mucho frío y miedo de los sonidos siniestros que venían de todos los lados. Un escalofrío le recorrió entera con el recuerdo.

Cuando la carroza se detuvo frente a una grande casa, y el conductor anunció haber llegado, ella apretó el relicario de oro que recibió de la madre algunos días antes de su muerte y del nacimiento de Leo contra el pecho. Catherine no era más que una niña en la época. ¡Cargaba el relicario como un tesoro! Aquella pieza marcaba la pérdida de un amor y la llegada de otro: su madre partiendo y Leo llegando. Y supo que él difería, así que sus ojos posaron en su pequeña faz. Arthur le miró con desdén y dejó el cuarto a pasos largos, mas el corazón de Catherine se llenó de ternura instantáneamente. ¡Ella le halló tan gracioso e indefenso! De alguna forma, la moza sabía que él precisaría de ella. Y ella estuvo allí hasta el fin.

Al descender, un muchacho la esperaba frente a la casa. Y ella le reconoció de inmediato. Era Edward, su primo de tercer grado, el responsable por estar allí.

— Prima, ¡es bueno veros! — emendó — Siento mucho por vuestro padre.

Ella inclinó la cabeza, en agradecimiento.

— Gracias, Edward. Gusta de pensar que él descansó. — y yo también, podría acrecentar.

— Vamos a entrar. — Edward la condujo, y ella quedó maravillada cuando vio el interior de la casa. Estaba acostumbrada a lo simple, y aquello era fantástico.

Había una chimenea, un sofá grande, una araña bonita, cortinas que iban del techo al suelo, y pinturas esparcidas en las paredes. Todo muy lujoso.

Después de subir una larga escalera de piedra, al llegar a un corredor grande, Catherine fue informada de que su cuarto era aquel a la izquierda, y que el próximo era el del Duque.

— Preciso decir algo sobre vuestra gracia antes de que comencéis a trabajar... — Edward comenzó, con cautela. — Él es un hombre de temperamento difícil. Sabe que morirá, porque los médicos no escondieron

eso de él, mas él insiste en decir que continuará vivo. Es un terco. — confió bajito.

Catherine mordió el labio, sintiendo el recelo tomarla. Mas, de alguna forma, estaba acostumbrada con la terquedad. No había sido fácil cuidar de su padre. Entonces, solo precisaba ejercitar su paciencia nuevamente, como en la época de Leo.

— Está bien, yo daré cuenta. — dijo, meneando la cabeza con decisión.

Ella precisaba de aquel empleo. Era aquello o entonces quedarse en la calle. Catherine podría lidiar con un viejo testarudo más, si fuese necesario.

— ¿Puedo conocerle?

— Sí. — el muchacho extendió un brazo, mostrándole el camino, dio tres leves golpes a la puerta grande de madera, abriéndola en seguida y metió el rostro allí dentro, diciendo algo. Después volvióse para ella. — Podéis entrar.

Catherine apretó las manos nerviosamente, tomó un poco de coraje y entró en el cuarto. En una grande cama con dosel, estaba una figura frágil de un hombre, que ella mal divisaba debajo de una gruesa capa de cobijas. La primera cosa que ella vio fueron los ojos claros y curiosos, que la siguieron hasta que ella parase próxima. ¿Había sorpresa en aquella mirada? ¿Ella no era lo que el Duque esperaba?

— Señor. — ella dijo, doblando las rodillas levemente y bajando la cabeza en un saludo.

Con un poco de esfuerzo, el hombre se puso sentado en la cama, y ella tuvo la visión de que estaba totalmente engañada. Él, con certeza, no era un anciano. Debía tener poco más de treinta años. Mas los cabellos enrulados que llegaban al cuello, la barba grande y la piel pálida le dejaban con aire de una persona olvidada en el tiempo. No entendía lo que era, mas algo aconteció en su interior. ¿Sería porque el Duque era un hombre muy hermoso, a pesar del estado deplorable? ¿Pena por alguien tan joven estar tan fragilizado?

— ¿Cómo os llamáis? — la pregunta de él la sacó de su breve devaneo y luego en seguida, él fue acometido de una tos insistente.

— Catherine Clarke, señor. — dijo, después de esperar pacientemente que él se recuperase.

La respiración de ella quedó suspensa, mientras era sometida a un examen minucioso de los ojos penetrantes. Después, con un suspiro, el Duque dijo, siendo bien directo.

— Yo esperaba a alguien más vieja.

— Creed, soy apta para el servicio, señor. — reafirmó, el miedo de ser despedida, sin ni siquiera haber comenzado, rondándola. — Tengo mucha experiencia, a pesar de la edad.

Los ojos de él se estrecharon, como si evaluando lo que ella dijo.

— Yo no puedo decir que estoy feliz de conoceros, señorita Clarke. Al menos no en la situación en que me encuentro. Mas, es facto que preciso de ayuda. — él casi murmuró la última frase, mientras corría una mano por la nuca. Era obvio que el hombre estaba incómodo. — Y ya que vinisteis de tan lejos, veremos si dais cuenta del servicio.

— ¡Daré! — ella reforzó, el mentón erguido. — ¡Seré de grande ayuda. Vos veréis!

Por un instante que le pareció bien largo, fue nuevamente sometida a un examen. Mas Catherine se mantuvo erecta y firme.

— ¡Cierto! — el Duque dijo, al fin. — Vamos a ver si esto funciona. Ahora podéis traerme la cena. — él volvió a recostarse en la cama, cerró los ojos y la despidió con un gesto de mano. — Si fuere sopa nuevamente, — acrecentó, antes de que ella dejase el cuarto. — ya digo que no quiero. ¡No soporto más esas sopas con gusto de agua de patata de esa cocinera! Traedme algo más consistente. — el Duque pidió, haciendo una mueca.

Catherine oyó con atención, concordó y entonces salió, cerrando la puerta sin casi hacer ruido.

— ¿Él solo se ha alimentado de sopa? — preguntó al primo, que pareció confuso.

— Bien... sí. Es lo que los enfermos comen, ¿no es? — y le indicó que le siguiese, para mostrarle la cocina.

No había por qué el Duque quedarse comiendo apenas aquello, pensaba ella. Él era un hombre grande y precisaba ser bien alimentado. Y, si tenía apetito, era una buena señal.

Al llegar a la cocina, el olor de comida hizo su estómago roncar. Ya hacían algunos días que no comía nada además del pan viejo. Fue presentada a la cocinera y a las empleadas que la miraron con desconfianza. Tal vez también dudando de su capacidad, por ser tan joven. Pidió licencia, se aproximó al enorme fogón, arriesgando una mirada para un caldero con

patatas y zanahorias dentro de un caldo grueso que estaba siendo preparado. Ciertamente, el Duque no deseaba aquello para su cena, mas ella aceptaría un plato tranquilamente, tamaña su hambre. No obstante, definitivamente, no iría a servir aquello para él.

— ¿Tenemos carne fresca? Gustaría de hacer un bistec. Y preciso de patatas también. — explicó la joven, doblando las mangas del vestido.

La cocinera trocó una mirada confusa con Edward, que dio de hombros. Medio contrariada, la mujer le indicó dónde encontrar lo que precisaba.

Luego Catherine estaba friendo un bistec grueso y succulento, mientras asaba patatas en el horno. Gustaba de cocinar, aprendió cuando muy joven, y desde entonces siempre estaba cuidando de las ollas. Cuando la comida quedó lista, ella colocó en un plato blanco con inscripciones en azul-oscuro. Obviamente un objeto muy caro. Entonces salpicó sal y romero con aceite por encima de la carne y la colocó en la bandeja. Admiró su trabajo. Estaba con una cara buena y esperaba que aguijase el apetito del Duque.



Capítulo Dos



Cuando la joven salió del cuarto, Sebastian se sintió solo y abrió los ojos. La sorpresa le tomó cuando vislumbró aquella joven criatura caminando en dirección a su cama con levedad. Esperaba una mujer más vieja, tal vez corpulenta y de expresión seria. La señorita Clarke era suave. Por algunos segundos, él creyó que estaba alucinando. El aire que ya le llegaba con dificultad tuvo aún más trabajo para llegar a sus pulmones doloridos. Edward no le había dicho cuánto la prima era joven y bonita. Nada de aquello era importante en el momento, él sabía. No obstante, podía estar enfermo; aun así, era un hombre, y un hombre siempre notaría una mujer atractiva. En los últimos meses, cuando su salud comenzó a decaer, se mantuvo recluso, cercado apenas por Edward, la vieja cocinera y algunas pocas criadas. Catherine Clarke era la primera figura femenina que se aproximaba de él desde entonces. Y, aun débil, el cuerpo disoluto dio algunas señales vergonzosas de vida.

La moza había dejado su cuarto hacía algunos minutos, mas el olor de jazmín que él creía emanar de ella seguía en su cuarto. Él siempre gustó del olor de jazmín. Esperaba que la moza no le causase problemas. Aparentemente, era dócil. Serviría para el propósito. A aquella altura, él creía que todo lo que le restaba era quedarse acostado en aquella cama hasta conseguir recuperarse o durar el tiempo necesario para ejecutar sus planes. Mas, en otros tiempos, en el auge de su vitalidad, Sebastian habría fácilmente trocado sonrisas con Catherine. Tal vez la hubiese cortejado y, quién sabe, hasta intentado llevarla a la cama, a pesar de que ella no parecía un tipo así tan fácil. No obstante, el viejo Sebastian había sido un hombre bien persuasivo. Ya había conseguido seducir jovencitas de la sociedad. Aunque supiese que muchas de esas señoritas se hayan dejado seducir por tener esperanzas de un matrimonio. No es que se enorgulleciese de eso, mas cuando tenía interés en una mujer, no descansaba hasta tenerla para sí. No

obstante, Sebastian ya tenía una idea formada sobre casamiento: no era para él. Siendo lo que era, ¿cómo formaría una familia, sabiendo que sus hijos no tendrían sangre noble?

Suspiró, encarando el techo. ¡Se sentía un viejo! Él gustaba de tener una mujer en los brazos. Siempre dedicó horas apenas para satisfacer a la señorita que tenía en su cama y se deleitaba de eso también. Experimentó el gusto de muchas bocas, el sabor dulce de muchas pieles, mas ahora todo era pasado. Cuando las noticias de que estaba enfermo comenzaron a circular, las mismas mujeres que vivían a cercarle desaparecieron. El placer se había desvanecido, la deliciosa sensación de tener una mujer en sus brazos se esfumó como humo por entre los dedos. Sí, definitivamente la enfermedad le tornara un verdadero inútil. Otro suspiro, ahora de rabia, frustración. ¡Odiaba sentirse tan inválido, principalmente ante una mujer bonita!

Apoyando la bandeja con la comida del duque en el aparador al lado de la puerta, Catherine dio tres pequeños toques. Pegó el oído a la madera, a la espera de la respuesta, mas no tuvo certeza de haberla oído. De esa forma, ella abrió la pesada puerta y fue entrando.

— ¿Duque? — llamó bajito, mas no divisó movimiento viniendo de la cama. Paró al lado de ésta, constatando que el hombre se encontraba adormecido.

Estaba oscureciendo, y por la luz de las velas ella podía ver cómo él tenía un semblante contraído de alguien en sufrimiento. De quien pasaba por mucha cosa. Aun en el sueño, parecía sentir dolor. Catherine se compadeció de él.

Ella aprovechó que él no podía verla y le examinó. Había pequeñas arrugas en su rostro, entre los ojos, mas eso no disminuía la belleza por detrás de aquella máscara de preocupación. Su nariz era afilada, cejas espesas y bien dibujadas. Veíase poco de su boca, debida a la barba larga de más que le cubría el restante de las facciones. La cobija le cubría el cuerpo a partir de las caderas, y él podía ver su pecho bajo la camisa larga y blanca. Era obvio que él estaba bajo de su peso ideal, mas aún tenía un tórax amplio. Catherine había perdido el encanto por los hombres hacía mucho tiempo y no conseguía ver gracia en ninguno de ellos, mas... Tenía que admitir que el Duque le había llamado la atención. Solo de mirar para él, ya se sentía inquieta. Y ella no sabía si eso era bueno.

Por lo que había oído de los criados, todos creían que el Duque moriría en breve, y todo lo que podían esperar era que él tuviese un

descanso merecido. Mas Catherine, una mujer de mucha fe, creía en la cura. Mientras existiese vida, había esperanza, y esperaba que él creyese en eso también.

Ella notó que él había despertado de su sueño y la encaraba con mirada confusa. Se halló sonriendo con ternura para él, como hacía con Leo.

El Duque intentó leer una carta de un amigo, mas estaba sintiéndose tan débil que no consiguió enfocarse en las palabras. ¿Cómo, por Dios, podía haber llegado a aquella situación? Él quería, sí, creer que saldría vivo de aquello, mas las respuestas que precisaba estaban demorando más de lo que él esperaba. ¡Él tenía una misión y tenía que cumplirla!

Dejó su mano con el papel pender para el lado y se cubrió, sintiendo mucho frío. Antes de que pudiese darse cuenta, volvió a caer en el sueño.

Despertó con la cuidadora parada al lado de su cama, sonriéndole. Sus ojos se fijaron en aquel simple gesto. Ya hacía algún tiempo que nadie le sonreía genuinamente. Eran más sonrisas de piedad y conformación con el fin de él que parecía próximo.

Después de un minuto de confusión, notó que ella sostenía una bandeja. De inmediato, él sintió un olor diferente, y su estómago se agitó.

— ¿Conseguís sentaros? — la moza le preguntó en un tono bajito, casi en una caricia, erizando los pelos de su nuca. ¿Cuál era el nombre de ella? ¡Catherine! Era eso. Catherine Clarke. Un bonito nombre.

Él se forzó a acomodarse sentado, colocando las fuerzas sobre los brazos, y ese simple gesto le parecía succionar el restante de sus fuerzas. La señorita Clarke colocó la bandeja sobre su regazo, y el duque contempló la comida con admiración.

— No es sopa. — constató, con una punta de animación.

— No. — ella sonrió mientras espetaba la carne con el tenedor y la cortaba con el cuchillo. Quería decirle que él mismo lo haría, mas dudaba tener fuerzas. Entonces apenas asistió, conformado. — No viviréis más de sopa, señor. Sois un hombre grande, precisáis de comida de verdad.

Cuando ella terminó el servicio, entregó los cubiertos a él, que parecía un poco perdido.

— ¿Queréis ayuda? — ofreció dulcemente.

— No. — fue la respuesta refunfuñada, y Catherine dio un paso para atrás. — Solo estoy hace tantos meses sin comer un buen bistec. Quiero hacer esto despacio. — había un tono amargo en su voz.

Ella suspiró, le dejó en su espacio y fue a sentarse en una silla del otro lado del cuarto. Había un libro en la mesita al lado, y mientras él comía, intentó concentrarse en la lectura.

El duque masticó el primer pedazo de carne y soltó un gemido que, posiblemente, hasta la moza oyera. Mas estaba tan feliz que sintió los ojos arrasados mientras comía. Parpadeó varias veces para recomponerse. El sabor era maravilloso, y aunque él mal tuviese fuerzas en sus dientes para masticar correctamente, si apenas sintiese el sabor de la carne, ni precisaría tragar. Mas comió un pedazo más, y su atención fue desviada hacia la quieta señorita Clarke, compenetrada en el libro en sus manos, iluminada por una vela. El cabello oscuro preso rigurosamente en un moño bien hecho, el vestido en un tono de caramelo en el cuerpo delgado. ¿Hacía cuántos años el Duque no hallaba una mujer así tan bonita? Desde que cayera enfermo, todo su deseo fuera minado de su cuerpo. Mas ahora, bien allí, algo le inquietaba... ¿Tal vez por la proximidad de una mujer más joven? Él podía sentir, quería relemburar, sin mucha audacia, cómo era la textura de la piel femenina. El perfume. Volvió a comer, desanimado. ¿En qué estaba pensando? En el momento, no pasaba de un peso muerto, que todos a su alrededor pensaban que estaba esperando la muerte. Pues irían a decepcionarse. Sebastian St. John aún no estaba derrotado. Delegó a algunos criados la misión de buscar curas para lo que quiera que le tomase en todos los rincones del mundo. Una respuesta vendría, él sabía.

Catherine esperó calmadamente que el hombre comiese, espiando por detrás del libro, y después de que le vio limpiar el plato, sonrió satisfecha. Ella creía realmente que parte de la flaqueza del duque se debía al hecho de que él no estaba alimentándose como debía. No tenía críticas sólidas contra la cocinera de la casa, al fin y al cabo había acabado de llegar, mas de una cosa ella sabía. Hombres como el duque de Eninston precisaban de una alimentación adecuada, y mientras ella estuviese allí, se encargaría de preparar lo mejor que pudiese.

— Estoy satisfecho. — él dijo empujando la bandeja para el lado.

Catherine sonrió discretamente. ¡Era lógico que estaba satisfecho! ¡El plato estaba vacío! Sin comentar nada, retiró la bandeja y dejó al lado. Encaró al hombre, que tenía la piel de las manos pálidas, las venas azules apareciendo en la piel del color del papel.

— ¿Qué fue? — Sebastian preguntó de forma áspera, encarando la mirada de ella sobre él.

Ella parpadeó, recuperando la postura. Catherine se espantó al notar cómo era fácil perderse en el tiempo simplemente mirando a aquel hombre. Aun débil como estaba, con su apariencia descuidada, el Duque St. John era aún muy hermoso. Sus ojos eran profundos e instigantes. Corriendo las manos súbitamente húmedas por las faldas del vestido, ella limpió la garganta antes de hablar.

— ¿De-deseáis más alguna cosa para esta noche, señor? — se recriminó por tartamudear. ¡No solía hacer eso! Bien, había ya un tiempo que no quedaba sola con un hombre que no era de la familia.

Él cerró los ojos por un momento y movió las manos sobre la barriga. Era incómodo para ella ver a aquel hombre en aquella situación, sobre todo uno relativamente joven. Con su padre no sintiera eso, tal vez porque le haya visto decaer lentamente. Cuando la muerte vino, fue casi un alivio para ambos. Al fin y al cabo, los dos descansarían.

— Por hoy es eso. Podéis ir a dormir, señorita Clarke. — él la despidió sin siquiera abrir los ojos.

Concordando silenciosamente, Catherine se fue, llevando la bandeja, cerrando la puerta tras de sí y pensando a cada segundo en el duque. Cuando ella alcanzó la cocina, encontró a su primo, Edward, comiendo sentado a la mesa. Ella se acomodó al lado de él, mas ni le miraba; sus ojos estaban fijos en la nada.

— ¿Creéis que él va a vivir? — la pregunta salió de sus labios sin que ella notase, como si fuese apenas un pensamiento.

El primo mordió un pedazo de pan y la contempló.

— Quiero mucho creer que sí, prima. — él respondió, entre una tenedorada y otra.

Catherine se volvió en el asiento y le miró con atención.

— ¿Qué dicen los médicos?

— Que él está débil de los pulmones y que puede intentar algunas terapias adicionales y... — él se calló, la mano con la cuchara de sopa parada en el aire. — Las cosas están difíciles, ¿sabéis? ¡Los doctores ni siquiera saben explicar lo que él tiene! ¿Cómo van a saber si va un día a mejorar?

Ella suspiró. Sentía pena por el Duque.

Mientras Edward y la cocinera, de nombre señora Elkins, conversaban animadamente, Catherine se sirvió de un plato de sopa y algunos pedazos de pan fresco, y comió quieta y pensativa.

Después de alimentada, sintió el cansancio al fin dominarla. Se despidió de los demás e hizo el camino para su cuarto, caminando lentamente, oyendo el viento aullar allá afuera. Por un momento se preguntó si el duque estaba debidamente seguro del frío en aquella noche. ¿Debería ir a verle? No, no. Meneó la cabeza. Él la alertara de que solo apareciese si fuese requerida. Si precisase, daría un modo de llamarla.

Ya en su cuarto, encontró su maleta sobre una enorme e invitante cama. Suspiró, mirando alrededor. Era la primera vez que entraba allí. El lugar era tan grande que la sala y la cocina de su casa cabrían enteras en aquel aposento. Deshizo la maleta bostezando y separó su camisón. No veía la hora de meterse en él y enroscarse en las cobijas afelpadas.

Ahora se encontraba de rodillas para su momento de oración. Era gracioso cómo Catherine, a pesar de muy religiosa, no se sentía tan próxima de Dios así. Era como vivir al lado de una persona y no amarla. Mas tal vez, ella estuviese apenas perdida...

Y que si así fuese, que un día ella se reencontraría nuevamente.

El viento aullaba del lado de afuera de la ventana. Sebastian oscilaba entre el sueño y el despertar, oyendo el sonido de los árboles doblándose a las ráfagas más pesadas. En una de esas oscilaciones, notó que había alguien en su cuarto. Era una figura masculina, al lado de su cama. Por un momento, pensó estar teniendo una pesadilla o que era un fantasma. Mas él no creía en fantasmas. Entonces la llama de la vela recién encendida iluminó brevemente el rostro del hombre.

— ¿Edward? — su voz sonó pastosa, cargada de sueño.

— Descansad, patrón. Yo solo vine a trocar vuestra vela.

Y luego, Sebastian caía en el sueño pesado, pensando en cuánto tenía suerte de tener un ayuda de cámara tan servicial como Edward.



Capítulo Tres



Él durmiera mal una noche más, y eso estaba tornándose una rutina exhaustiva, mas ¿qué él podría hacer cuanto a eso? Sebastian quedó acostado de espaldas, contemplando el techo. No tenía idea de qué horas podrían ser. ¿Ocho de la mañana? ¿Tres de la tarde? Él ni siquiera conseguía más orientarse por el sol. Algún tiempo atrás, habría saltado temprano de la cama, corrido hasta los establos en el campo, montado en Pegasus, su pura sangre negro, y cabalgado por horas. Posiblemente habría ido a nadar en el lago, totalmente desnudo, y después retornado a la casa hambriento. Ahora era apenas la sombra de aquel hombre. Estaba cansado de sentir pena de sí.

La señorita Clarke apareció después de que él tocó la campanilla y le dirigió un saludo bajo. Ella usaba un vestido rosa ya batido. Aun así, estaba una gracia. Sebastian se halló pensando en cuán ansioso estaba por verla nuevamente. La señorita Clarke era bien agradable a los ojos. La moza le trajo la palangana para que pudiese aliviarse, teniendo la decencia de alejarse y quedarse de espaldas mientras él hacía lo que tenía que hacer. Agradeció silenciosamente por eso, porque mostrar su intimidad a una desconocida era embarazoso. Él precisó controlarse para no dejar que un suspiro le escapase, porque la vergüenza, la humillación de ser ayudado por una mujer como ella era degradante. Obviamente era una situación nueva para Sebastian. Ser cuidado por una señorita tan bonita y tan... En tiempos pasados, era él quien cuidaba de ellas... En una época en que era viril.

Limpiando la garganta, comunicó que había acabado, y solo entonces ella se volvió y recogió la palangana.

— Voy a traer vuestro desayuno en instantes. — ella comunicó, ayudándole a acomodarse mejor en la cama.

Sebastian aspiró el aire cuando ella estaba bien cerca. Descubrió que el olor de jazmín que quedó por horas en su cuarto el otro día venía de sus

cabellos.

— ¿Hacía cuánto tiempo no se afeita, señor? — ella quiso saber, mientras le examinaba la faz.

— Yo ni siquiera me acuerdo. — respondió él, sin jeito, rascando el mentón cubierto por pelos. — Dejó de ser importante después de un tiempo. Yo ya no tengo más fuerzas para eso.

— Si el señor deseara, puedo ayudar en eso más tarde.

— Sí, sería interesante. ¿Podéis decirme qué horas son?

— Pasan un poco de las ocho, señor.

Notó que ella estaba mirando alrededor, como si en procura de algo.

— ¿Algo os incomoda, señorita Clarke?

Las mejillas de ella se ruborizaron, como si cogida de sorpresa. Sebastian halló que ella quedaba muy bien con colores en sus faces. La imaginó bajo él... los cabellos esparcidos por la almohada, su cuello desnudo y rosados, como su rostro... Por suerte estaba cubierto de la cintura para abajo...

— ¡No es nada, señor! ¿Qué gustaría para el desayuno? — emendó, mas él sabía que ella estaba intentando desconversar.

Él guardó su curiosidad para sí y respondió.

— Tostadas, huevos y té. — Súbitamente sintió hambre.

Ella asintió mientras se retiraba, avisando que volvería en breve.

Del lado de afuera del cuarto, Catherine estaba pensativa. El duque parecía más débil y pálido en aquella mañana, de lo que cuando le viera a la noche, cuando le trajo la cena. Y había un extraño aroma en su cuarto... Pensó que podría venir del pobre duque, que tal vez hacía mucho no se bañaba, mas no era así. El olor no emanaba de él, y constató eso al ayudarlo a acomodarse. El duque tenía un olor natural de hombre. Rústico, mas no era desagradable. Meneó la cabeza. Ella nunca había prestado atención al olor de un hombre antes. Lo que importaba era que no había encontrado el origen del olor diferente. Resolvió que haría una buena limpieza en el aposento de él, así que le ayudase a descender y tomar un aire.

Sebastian esperó ansiosamente por la comida, mientras sentía el viento soplando por las rendijas de la ventana recién abierta por la señorita Clarke. Un largo y riguroso invierno, probablemente el peor que ya enfrentara, estaba instalándose, mas eso no era un problema cualquiera. Los médicos que había consultado le dijeron que el frío podría empeorar su

enfermedad, mas él sabía también que no conseguiría ir a un lugar más cálido, pues el viaje de carroza le dejaba exhausto.

Poco después, la criada volvió equilibrando una bandeja, dejándola sobre la cama. Él contempló lo que ella traía. Huevos, pan, jalea y té caliente. Catherine pasó jalea, que debería ser de ciruela, en el pan y entregó a él. Sebastian masticó con empeño lo que le fue dado, mientras contemplaba discretamente a la señorita mirando por la ventana.

Él no sabía qué pensar sobre ella. Era seria, mas, al mismo tiempo, había ternura y paciencia en sus gestos. ¿Qué aconteció para que ella viniese a parar allí? ¿Por qué no se casó? ¿Cuál era su historia? Sebastian gustaba de historias, de descubrir secretos. Oh sí... Él adoraba secretos, de los más simples a los más sórdidos. Y definitivamente, él quería conocer los secretos de la señorita Clarke.

— ¿Queréis un poco de té ahora? — ella volvió hasta la cama, sostuvo la taza entre los dedos finos y ofreció a él, que apenas meneó la cabeza. La joven llevó la taza a los labios de él, que sorbió el líquido despacio, aunque sus ojos estuviesen presos en los de ella. Podría decir que aún era capaz de sostener una taza, mas... bien, él quería tenerla cerca por un momento y apreciar su olor de jazmín, su nueva flor preferida. — Despacio, sí...

— ¿Creéis que soy un inválido? — inquirió bajito, sondeándola.

La joven sonrió dulcemente, y un frío se instaló en su estómago.

— Prefiero creer que el señor está apenas pasando por un momento malo, mas verá que en breve estará sintiéndose muy dispuesto, y podrá hacer lo que deseara.

Lo que deseara... Si ella imaginase lo que deseaba en el momento...

Sebastian bufó una risa y la encaró medio aturdido con el optimismo.

— ¿Creéis realmente que no moriré hasta el fin del invierno? — fue cínico, ya que todos los otros empleados creían en su muerte cierta y no muy distante.

— Creo que vuestra gracia puede mejorar. — reafirmaba. — Pienso que, posiblemente, la mayoría de vuestro malestar debíase a vuestra mala alimentación. ¿No creéis que después de comer mejor estáis sintiéndooos más fuerte? — consultó ella.

Él reflexionó sobre eso. Sí, de facto, sentía que estaba un poco mejor después del buen bistec y de las patatas asadas.

El duque comió todo lo que ella llevara para él, y después bebió el té solo, sin que ella viese, ocupada con alguna cosa en el otro lado del cuarto. No sería un inválido, lucharía hasta el fin, porque si hasta la señorita Catherine creía en su mejora, ¿por qué él quedaría cabizbajo con su situación?

La moza retiró la bandeja y se aproximó de la cama, con las manos en la cintura, mientras le analizaba. Sebastian halló curioso, porque parecía incómoda con algo en él.

Sin decir nada, la joven salió, y volvió en seguida con algunas criadas. Las mujeres cargaban una tina, colocada cerca de la chimenea encendida. En seguida, cubos de agua caliente fueron siendo derramados en el compartimiento de cobre, llenándola hasta próximo del borde. Después, Catherine esperó que el agua quedase tibia, confirmando la temperatura cierta con la punta del dedo. Colocó una toalla blanca en el hombro y fue hasta la cama.

— Admiro vuestra buena intención y, creed, estoy ansioso por un baño, mas yo no sé si consigo salir de esta cama. — Sebastian le dijo, después de asistir a toda la movimentación, preocupado con la idea de colocar sus pies en el suelo.

— Oh, tengo certeza de que con mi apoyo conseguirá sí. — Catherine tiró las cobijas, revelando las piernas largas del hombre. Le hizo colocar los pies sobre el suelo, le sostuvo por los brazos y le irguió.

— Si yo caigo... — él comenzó con una amenaza velada, nervioso, agarrado a ella.

— No, no va.

— ¿Dónde está Edward? Quedaría más tranquilo si él estuviese por aquí para ayudarme...

— Él fue a comprar vituallas. Mas le garantizo que doy cuenta. Mudad los pasos, de esa forma. — indicó ella, y el hombre dio pequeños pasos, despacio primero y después con un poco más de firmeza.

Llegaron hasta la bañera, y la joven comenzó a desvestir al duque, que se apoyaba en la cómoda al lado. Primero los pantalones, las medias y después la camisa. Ella tragó en seco, desviando la mirada de la desnudez del hombre. Estaba acostumbrada a ver a un hombre desnudo, mas... Bien, era su padre y era... Un viejo. Sebastian, a pesar de la delgadez, aún era bello y constatar eso le causó una contracción involuntaria en el bajo vientre.

Cuando Sebastian al fin entró en la tina, respiró hondo, secando el sudor que le brotara en la frente, aun cuando no estuviese una mañana caliente. ¡Cómo era bueno sentir el agua tibia en su piel! Cuando Catherine colocó un jabón en su mano, él comenzó a lavarse con placer, restregándose con el vigor que conseguía.

De canto de ojo, él notó que la joven se aproximaba con una cuchilla y un espejo.

— ¿Conseguís hacer eso solo? Yo puedo...

— Yo mismo hago. — el duque enjabonó el rostro y posicionó la cuchilla sobre la barba, mas su mano vaciló. Intentó nuevamente, y lo mismo se repitió. — ¡Infierno! — gruñó entre dientes, frustrado. — ¡Yo no consigo!

— Está todo bien. Dejadme hacerlo. — Catherine tomó la cuchilla de la mano de él, y con mucha delicadeza, arrodillada al lado de la tina, comenzó a rapar los pelos del rostro del duque.

Él estaba indefinidamente incómodo con la proximidad de ella, con el olor de su piel, y sintió su miembro enrijecerse cuando miró hacia el escote sutil que estaba en su frente. Ni era tan llamativo así, él ya viera mejores y más hartos, mas dada la situación, era casi imposible no sentirse atraído. Por Dios, que ella no mirase hacia el agua...

— ¿De dónde vos vinisteis? — quiso saber, escrutando su rostro. Ella desvió la mirada rápidamente hacia él.

— De lejos. — declaró apenas.

El Duque frunció la frente, hallando gracia.

— ¿Hampshire? — insistió. — ¿Devonshire?

— No, absolutamente. Aún más lejos. — dijo simplemente, volviendo el foco a la barba. — ¿Hacía cuánto tiempo está enfermo, vuestra gracia? — él percibió que ella estaba intentando desconversar.

— Hacía unos nueve largos meses. — Sebastian volvió a insistir. — ¿Por qué no queréis contarme de dónde vinisteis? Precisáis saber que soy un hombre curioso, señorita.

Catherine sonrió discretamente.

— Porque si yo cuento de dónde vengo, precisaré contar más detalles de mi vida, y yo quiero mantener eso en el ámbito profesional, vuestra gracia. — reclamó la joven, quitando una mancha más de pelo, inclinando la cabeza de él para el lado.

Bien, eso le dejaba más curioso aún. Él quería saber de todo, estaba, diría, muy interesado en conocer más de la señorita Clarke.

El delicado toque de los dedos finos en su piel era bueno. La grande verdad es que estaba con añoranzas de ser tocado por una mujer. Y él se contenía mucho para no reír de las muecas graciosas que la señorita hacía a cada gesto. Sebastian intentaba, mas era automático: sus ojos siempre posaban en el escote poco revelador, mas aun así, tentador de la muchacha. Deseaba correr las puntas de sus dedos por allí, observar la piel tornándose rubra, erizándose... Se removió en la tina, sintiendo una incómoda erección formarse nuevamente y era suerte el jabón usado por él crear una leve capa de espuma sobre el agua, si no dejaría a la señorita Clarke horrorizada.

Cuando ella terminó, Sebastian aprovechó el tiempo restante del baño, antes de que el agua quedase muy fría, prolongando el momento hasta donde pudiese. Era buena la sensación de quedar limpio, y él ahora iría a querer tomar un buen baño al menos tres veces en la semana, porque antes de enfermar, hacía eso con más frecuencia aún. Siempre fue un hombre caprichoso, que gustaba de limpieza, de arreglarse. Abandonara el hábito cuando las fuerzas de su cuerpo ya no eran suficientes para el acto.

— Está en la hora de salir. — Catherine sostenía una toalla, una mano en cada punta.

¿Él notó un poco de temblor en la voz de ella? ¿Ella habría visto... algo que no debía? Una sonrisa perversa brotó en un canto de labio del Duque, que, después de ensayar un poco, se puso de pie ante ella... que desvió la mirada.

— ¿Precisáis de ayuda?

— Estoy bien.

La joven le envolvió con la toalla, mas quedó cerca de él tiempo suficiente para tener certeza de que podía quedarse de pie solo y entonces se alejó como si hubiese tocado en brasa caliente. Sebastian casi sintió culpa por lo que había hecho. Casi.

Sebastian se enjugó tan rápidamente cuanto podía, antes de que el frío le cogiese. Notó que ella estaba preparando una tijera y un peine para cortar su cabello. Torció los labios. Todo lo que deseaba era volver a la cama. Vistió las ropas limpias dejadas al lado de la tina y cuando estaba listo, con mucha dificultad, fue hasta Catherine.

— ¿Eso es necesario aun? — refunfuñó, mirando por sobre el hombro de ella.

— Sí, es. Sentaos, por favor, vuestra gracia. Garantizo que os sentiréis renovado después de un buen corte. — ella indicó una silla de frente a la chimenea. Mientras él se sentaba, ella atizó el fuego. — A menos que seáis alguien descuidado, no debéis quedar con el cabello de esta forma. Vuestra gracia es un duque.

— Gracias por recordarme eso. — el hombre rebatió ácidamente. — Por lo que estoy viendo, poseéis muchos dotes, señorita. Sabéis cocinar, afeitar, cortar cabello y cuidar de un moribundo. ¿Qué más sabéis hacer?

— El señor quedaría chocado con todo lo que sé hacer, vuestra gracia. — el tono de ella fue inocente, mas él no consiguió evitar de lanzarle una mirada provocativa.

— Eso no es algo a decirse a alguien que está en mi estado. No me deis en qué pensar, señorita. — notó cómo la joven quedó rubra.

Entonces oyó una risita baja y nerviosa, y se emperejiló. Definitivamente, gustaba del sonido de la risa de ella. Era reconfortante, dulce y le hacía sentir algo en su íntimo. Quería saber si ella reiría así en otras circunstancias. Del tipo, estando en sus brazos mientras la besaba...

Ora, ¿qué tipo de pensamiento era aquel? Estaba asustado con el rumbo de su mente. Después de tantos meses como un muerto-vivo, ¿bastó mirar a una mujer para que toda su sexualidad viniese así a la superficie? Era un hombre, sí, mas había quedado tanto tiempo con su lado sexual adormecido que hasta llegó a creer que se había tornado un ser inanimado. Mas no. Allí estaba él, más vivo que nunca, especialmente nutriendo un tipo de deseo mal cabido por la dulce joven Catherine Clarke.

— ¿Puedo preguntar por qué la señorita aún no se casó?

Ella irguió una ceja, desconfiada.

— ¿Cómo sabéis que no me casé?

Una sonrisa iluminó el rostro de él.

— Estáis probablemente en la casa de los veinticinco años, y si estáis aquí en este empleo, es porque no tenéis marido. ¿Qué hombre en sana conciencia dejaría a su esposa dar baño a otro como yo? — recibió silencio en respuesta.

Él estaba cierto. Y ella ni sabía qué decir sobre eso. No quería que supiese mucho de su vida, no quería contar al duque todos los detalles, no porque contuviese algo terrible, mas porque ella tuvo una vida sin gracia, enfadosa y, a lo que parecía, el duque ya había vivido todo el tipo de aventura posible. ¿Cómo ella podría competir con él?

— Listo. — Catherine colocó el espejo en las manos de él y se alejó para mirarle.

Era otra persona. El cabello oscuro estaba bien más corto, la barba había sumido, y el sujeto descuidado, que podía bien ser confundido con un andante sin rumbo, había dado lugar a un hombre hermoso. Como un verdadero noble debía aparecer. Los ojos claros, la boca bien hecha, y la nariz afilada. ¡Él era lindo! Catherine sintió el corazón batir acelerado en el pecho. Tragó en seco. ¡Ningún otro espécimen masculino había hecho su corazón disparar de aquel modo y eso la dejó asustada!

— Quedó óptimo. — Sebastian corrió una mano por la faz limpia. Era bueno verse nuevamente. En los últimos tiempos, ni siquiera se había mirado en el espejo.

— Vuestra gracia... yo... — ella no sabía bien qué decir, mas al menos quería que él supiese que su elogio fuera bien recibido. Entonces, se aproximó más un poco y tomó la tijera de sus manos, de manera suave, y comenzó a cortar las guedejas largas que aún estaban sobre el pescuezo. El hombre ni siquiera se movió, quedó allí, quieto, mirando hacia ella a través del espejo.

— Gracias. — murmuró él. — Sabéis que eso no era necesario, ¿no es? Yo habría sobrevivido hasta el fin del invierno con aquella apariencia.

Ella sonrió y no miró hacia él, quedando atenta a lo que hacía, mas eso no le impidió ver la bella sonrisa de la señorita Catherine Clarke. Era adorable. Y él quería verla de nuevo.

— Bien, yo no habría aguantado mirar hacia vuestra barba sucia por más tiempo. El señor debe estar acostumbrado con la vida de lujo de la corte, ¿no?

— Oh sí, yo era muy lujoso. — él la vio reír de nuevo, y rió junto. — No soy un hombre de corte. Nunca fui. — acrecentó.

— Mas sois un duque. — el tono de ella era un mixto de adoración y admiración.

— Un título apenas. — declaró, mirándola en los ojos a través del espejo.

La manera como ella se incomodó con la intimidad de la mirada le hizo sonreír perversamente. No pretendía dejar a Catherine en paz tan pronto. No después de descubrir que ella tenía una sonrisa linda y que parecía ruborizarse fácilmente. Era de una delicadeza solo, y el modo como

desviaba la mirada le intrigaba. ¿Qué había por detrás de aquellos ojos que ella tanto escondía?



Capítulo Cuatro



La familia del duque de Eninston era algo que precisaba de atención. Una familia de cuatro hermanos, siendo él el más viejo, seguido por Benedict, el más intempestivo de todos, dueño de una personalidad turbulenta. Philippa era la hermana protectora y atenta, y el más nuevo de todos, Anthony, tenía una personalidad que se asemejaba a la de un can juguetón.

Mas, la verdad es que el problema se concentraba en Benedict, el mismo que le visitaría en aquella tarde fría. El hermano del medio quería su título. Él alegaba que Sebastian no lo merecía. Y el duque hasta concordaba con eso. Mas tenían que mantener las apariencias. Al menos para la sociedad. Él no podría suceder al ducado, mas aun así el hombre quería todo lo que era de Sebastian. Su fortuna, la cual había duplicado después de pasar a cuidar de los negocios de la familia, sus propiedades y todo lo que pudiese estar incluido en el arreglo.

En aquella tarde, el lord descendió las escaleras con la ayuda de la señorita Clarke y de Edward. Usó pasos lentos y calculados hasta llegar a su escritorio, en el piso de abajo. Allí, él se acomodó en la silla alta y palmó las manos sobre la madera fría de la mesa. Respiró hondo. Estaba de vuelta al lugar que nunca debería haber salido.

— ¿Precisáis de algo más? — Catherine preguntó al lado de él.

— No, podéis retiraros. — la vio saliendo y se adelantó a pararla. — O mejor. ¿Podéis preparar una tarta de nata para mí, señorita?

Ella se volvió para contemplarle y sonrió amigablemente. Sebastian ni estaba con hambre, mas, de alguna forma, sabía que recibiría una sonrisa de la dulce joven y por eso el pedido. ¿En qué él se había tornado?

— Sí, yo puedo. Serviré cuando esté lista. Con vuestra licencia, vuestra gracia. — Después de una leve reverencia, ella se fue, dejándole

solo en el aposento frío, sintiéndose medio ridículo por el pedido innecesario.

Toda vez que Sebastian era colocado de frente con el hermano, algo malo acontecía. La discusión era cierta. A partir de la adolescencia y de secretos de familia ser revelados, consiguieron conversar de forma amigable. Inclusive, ya habían llegado a las vías de facto, trocando puños como dos animales salvajes, algunas veces. Cuando sus padres eran vivos, esa enemistad entre los dos era motivo de grandes conflictos. Sus padres eran entusiastas de viajes alrededor del mundo, antes de los hijos nacer, recorrieron las Indias y el Oriente. Al hijo más viejo, al contrario, cupo cuidar de lo que era debido. El ducado. Él no quería decir específicamente que el título era una carga en su vida, mas de facto, era el motivo de muchos problemas.

Lord Benedict llegó a la casa del hermano a las tres horas de la tarde, en una carroza propia, y cuando fue recibido por el mayordomo, le miró con desdén. Sabía que él era un fiel escudero de Sebastian y la antipatía era mutua. Mientras se dirigía al escritorio, sus ojos oscuros percibieron un movimiento al lado, faldas de un vestido azul-claro farfullando en la entrada de la cocina. Él espió a la joven de arriba abajo, como si pudiese desvelar todos los secretos de ella solamente con una mirada. La figura era bien interesante. Una brisa en aquella casa fría.

— ¿Quién es la señorita? — él preguntó, interceptándola.

Catherine paró, encarando al recién llegado. Era obvio que se trataba del hermano del duque. Alto, imponente y con mirada fría, aunque fuese muy hermoso y elegante. No obstante, no veía trazos de semejanza entre los dos.

— Soy Catherine Clarke, milord. Soy criada del duque. — ella respondió, haciendo una reverencia.

Benedict la encaró sin vacilar. Su mirada cayó hacia el cuerpo de la joven, y una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios, mientras se aproximaba y extendía la mano para coger la de ella, curvando la cabeza en un saludo.

— Es un placer conocerla, señorita Clarke. — el lord la cogió desprevenida. No era común que un lord fuese tan cordial con una simple criada.

Nerviosa con la mirada insistente del hombre, Catherine recogió la mano y dio un paso atrás.

— Preciso volver a la cocina. Fue un placer conocerle, milord. —
Dándole las espaldas, se alejó rápidamente.

El lord quedó mirándola mientras desaparecía por un corredor, realmente impresionado con la belleza de la joven. La señorita Clarke era bien placentera e interesante a los ojos.

Benedict entró en el escritorio para encontrar al hermano y esperaba ver a un hombre muy enfermo, padeciendo y bordeando la muerte. Mas, el hombre que estaba allí, ante él, sentado en una silla frente a la mesa, definitivamente no era un hombre mal. El único resquicio de la enfermedad era la respiración del hermano y la tos que se apoderó de él mientras Benedict avanzaba en su frente.

— No os levantéis. Ahorrad esfuerzo. — él dijo haciendo un gesto con la mano. Sebastian ni siquiera hizo mención de levantarse. — Confieso que es decepcionante veros bien. — la sonrisa mordaz tomó su faz.

El duque sostuvo la mirada del hermano.

— Siento desilusionaros. Sentaos, hermano. — indicó una silla ante su mesa. — Adelantad luego lo que queréis decirme. — no iría a dar mucho espacio a las artimañas de Benedict.

El lord sabía que si el hermano estaba allí, era porque algo tenía en mente.

— Prefiero quedar en pie. En verdad, mi visita no tiene un propósito real, yo solo estaba preocupado contigo, Sebastian. — decía teatralmente. — Estamos adentrando en un invierno riguroso y pensé que tal vez tú...

— No voy a morir tan pronto, si es ese vuestro deseo. Quiero decir... — un acceso de tos, y el lord precisó recuperar el aliento. — si es esa vuestra preocupación. — estrechando los ojos, dijo bajito. — Sé cuáles son vuestras intenciones, mas dejadme situaros sobre eso. No planeo morir tan rápido cuanto deseáis, y vos no conseguiréis mi fortuna.

Benedict irguió una ceja, siendo irónico.

— En verdad, ya no sé si vuestra fortuna es ventajosa. Conocí hace poco una joya que debe valer más que cualquier libra. — él esperó que el hermano entendiese y, cuando eso aconteció, sonrió. — No quedéis bravo, Sebastian, esa es la ley de la vida. Es facto que la muerte está rondándote ahora...

El duque batió la mano sobre la mesa.

— ¡No oséis aproximaros de la señorita Clarke! ¡Ella es mi criada personal y protegida! ¡No oséis tocar en un hilo de cabello de ella, o yo...!

— ¿O qué? — interrumpió Benedict, caminando alrededor del aposento despreocupadamente, yendo hasta el estante de libros y recorriendo los volúmenes con el dedo índice. — No tenéis fuerza para absolutamente nada. ¿Cómo podéis vencerme? Admitid que no podéis medir fuerzas conmigo, hermano.

Sebastian sonrió débilmente.

— ¡Solo estáis usando ese tono conmigo, Bene, porque estoy en esta situación! En otros tiempos, yo quebraría vuestro mentón. — su mirada, a pesar de las palabras, no expresaba rabia.

Benedict, por otro lado, le encaró con odio.

— ¡No me llaméis Bene! — su boca estaba retorcida, como si sintiese asco. — ¡Yo no permito que uséis el apodo que mi padre me dio! — ahora encaraba al hermano con mirada acusativa. — ¡No somos más niños! Sabemos de toda la verdad. — ahora su tono era acusativo.

Sebastian irguió el mentón, en desafío. Sabía bien el punto adonde Benedict quería llegar, mas no entraría en su juego. No de nuevo.

— ¿No os cansáis de ser repetitivo, hermano? Creí que con la edad, os tornaríais un poco más... — gesticuló con una mano, como si procurando una palabra cierta que se encajase en la frase. — creativo. — concluyó, al fin.

Después de un destello de odio en la mirada, el lord dio las espaldas al hermano, contemplando la ventana.

— Todavía, estoy aquí para externar mi preocupación. ¿Habéis leído vuestras correspondencias? Hace algunos días mandé una misiva, en ella especificqué que paso por problemas y preciso de auxilio.

— ¿Habéis gastado con mujeres y apuestas, Benedict? ¿Estáis gastando prácticamente todo con placeres mundanos? Deberíais economizar, invertir en algún negocio. — Sebastian explicó despacio, porque no quería causar aún más desavenencia.

Benedict cerró la cara.

— ¿Quién sois vos para hablar de placeres mundanos? — acusó. — ¡Cuando teníais salud, no erais exactamente un ser ejemplar!

— No, no era. Mas no gasté mi dinero exclusivamente en apuestas y mujeres. ¡Yo me divertía mucho, mas sabía de mis responsabilidades! ¡Mirad lo que hice con el patrimonio que nuestro padre dejó! ¡Doblé la fortuna en pocos años!

Benedict gesticuló enfadosamente con una mano.

— Que sea, ser magnánimo. Preciso verdaderamente de dinero, y solo yo sé cuánto es humillante tener que venir a pedirlos. Yo no vine en busca de consejos, Sebastian. Basta prestarme la cuantía que necesito, y os dejo en paz. Simple así.

Suspirando, el duque asintió.

— Vos sabéis lo que tenéis que hacer para recibir vuestra parte de la herencia dejada por nuestro padre...

— ¡Nuestro padre! — fue interrumpido con un bufido sarcástico. — ¡Es casi cómico, cómo llenáis la boca para hablar nuestro padre!

Sebastian bajó los ojos hacia la mesa a su frente, donde dedilló lentamente, en busca de paciencia, y resolvió ignorar la interrupción.

— ¿Casarse y tener un hijo es algo así tan difícil?

Benedict se aproximó y palmó las manos en los bordes de la mesa, encarando al hermano de arriba.

— ¡No voy a doblarme a los caprichos de un viejo en el lecho de muerte! ¡No tengo la intención siquiera de crear una familia!

— ¡El ducado de Eninston precisa continuar! — Sebastian rebatió entre dientes.

— ¿Y por qué vos no lo continuasteis? ¿Por qué no os casasteis y tuvisteis vuestros propios herederos?

Respirando pesadamente, Sebastian estrechó los ojos, sintiendo la ira tomarle, mas no respondió.

— Sabemos por qué, ¿no es?

Con un suspiro pesado, el duque se recostó en la silla, rindiéndose. Era una discusión que él no se encontraba fuerte lo suficiente para enfrentar. Infelizmente, tenía que admitir eso, por más difícil que le fuese.

— Voy a pedir a mi contador que os procure. Haré ese favor en honra a nuestros padres, mas recordad, Benedict. Esa fuente seca si no cumplís con vuestras responsabilidades.

— ¿No entendisteis mi táctica aún, hermano? — curvándose sobre la mesa para encarar al duque, él acrecentó en un tono bajo. — ¡Sabemos que vos no vais a durar mucho tiempo. Entonces, automáticamente, quedaré con todo lo que me es de derecho!

Por algunos segundos, se encararon mutuamente, el odio en sus miradas. Entonces, Benedict enderezó su cuerpo, curvó levemente la cabeza y partió sin mirar para atrás.

Solo, el duque llevó la mano al rostro, frustrado, sintiéndose agotado por, nuevamente, ceder y dar dinero a él y, de nuevo, tener que aguantar las mismas acusaciones. Y había la mirada de odio del hermano... Tenía que admitir, aquello le alcanzaba mucho. Cómo ellos convivían, era abusiva, y el lord no quería creer que su hermano, el mismo que en la infancia fue su mejor amigo, estaba ahora verdaderamente deseando su muerte.

Empero, Sebastian estaba convicto de que no iría a morir tan pronto, pues, desde que la señorita Clarke había llegado, él sentía verdaderamente una mejora considerable en su estado de salud. Estaba en los detalles, como alimentarse correctamente, esforzarse para andar un poco, tener coraje de enfrentar la enfermedad de pecho abierto. El duque sabía apenas de una cosa: haría todo lo que estuviese a su alcance para que en breve quedase completamente curado. Eso, aun con los médicos perdidos, sin saber exactamente lo que él tenía y conformados de que él decaería hasta la muerte.

Mientras el duque examinaba su correspondencia, Catherine entró en el escritorio cargando la tarta de nata que había pedido, que fue dejada sobre la mesa, a su frente. Ella se detuvo con las manos cruzadas sobre la falda del vestido.

— ¿Precisáis de más alguna cosa, vuestra gracia?

— Sentaos, señorita. — indicó la silla, donde ella prontamente se acomodó. — Esta carta que tengo en manos, — él irguió el pedazo de papel. — vino de uno de mis criados en Gwent. Él dice que hay un tratamiento posible para curar el daño causado en mi pulmón. — concluyó, pensativo.

Los ojos de la joven brillaron.

— ¡Eso es óptimo, señor! ¿Estáis pensando en viajar hasta allá, milord?

— Sí, mas creo que preciso fortalecerme antes de eso. Es un largo viaje.

— Yo os ayudaré en el proceso de fortalecimiento, señor. — garantizó ella.

Sebastian posó la carta sobre la mesa y suspiró largamente.

— Mi hermano está convencido de que moriré en breve. — confió, en un tono bajo y desanimado. — Desconfío hasta que sea su deseo... — se interrumpió y la encaró. — Él me dijo que se encontraron. Benedict puede

ser bien desagradable cuando quiere. Si él la desrespetó de alguna forma, señorita...

— No aconteció nada. Vuestro hermano apenas me saludó. Además de todo, yo no estoy disponible para ese tipo de cosa.

El comentario final despertó curiosidad en Sebastian. ¿De qué ella estaba hablando?

— ¿Estáis diciendo ser comprometida? Creí que no erais casada. — él quedó confuso. Entonces una duda pasó por su mente. — ¿Estáis prometida a alguien? — ¿por qué aquella idea le incomodó?

Un tono rosado se apoderó de las mejillas de Catherine, que desvió la mirada.

— No, no estoy prometida a nadie. Lo que quiero decir es que la única cosa que me interesa es mi trabajo. — explicó ella, un tanto nerviosa.

Él asintió, no estaba convencido, mas un poco aliviado. Mujeres siempre quieren un compromiso. Un marido y un futuro seguro. ¡Cuántas veces él mismo no tuviera que esquivarse por desear eso de él!

Sebastian bebió a sorbos el té y sintió la bebida calentar su cuerpo. Mientras Catherine caminaba lentamente por el escritorio, examinando los millares de libros del estante, él admiró el semblante curioso, las cejas finas que enmarcaban el rostro en formato de corazón. Los labios bien dibujados, la nariz bien hecha. Su rostro estaba en la moda, trazos suaves, que en otra ocasión nunca habrían llamado la atención del duque. Él prefería los trazos exóticos, fuertes y marcantes.

Mas parecía que todo lo que se refería a la señorita Clarke era una novedad. A aquella altura, lord St. John precisaba admitir, un tanto reluciente, que sentía una curiosidad aguijada sobre la joven.

Él ya había aceptado que gustaba de la compañía de ella. Era agradable y tranquilo. De algún modo, Sebastian estaba dispuesto a saber más de Catherine, quería conocerla más íntimamente... Y eso era muy arriesgado para ambos.

Sebastian sabía que precisaba ser cauteloso. La señorita Clarke no era como las mujeres con quienes él solía estar en un pasado no tan distante. Además de ser necesario ser cuidadoso para no manchar la reputación de la moza, porque, sí, en el momento ella decía no querer un marido y tal, mas un día podría mudar de idea. Y si, de alguna forma, él la deshonrase, su futuro estaría permanentemente arruinado. No sabía si estaría por allí

mucho tiempo para cuidar de ella. Mas... ¡buen Dios! Sebastian se veía cada vez más tentado a pecar cuando ella estaba por cerca...

— ¿Por qué me miráis así, milord?

Sebastian limpió la garganta al notar que fuera flagrado a encarándola.

— ¿Así cómo? — rebatió él, intentando ganar tiempo.

Ella dio de hombros.

— Como si estuviese estudiándome. ¿Queréis decirme algo?

Silencio. Los dos se encararon, y él notó que ella prendía la respiración. Con un suspiro, él cortó ese contacto y gesticuló con una mano.

— No. Podéis ir.

Ella se fue. Y cuando él quedó solo, luego deseó que ella estuviese nuevamente a su alrededor.

No entendía el motivo por estar súbitamente tornándose dependiente de la señorita Clarke. Y nada gustó de notar eso.



Capítulo Cinco



Sebastian abrió los ojos y... Algo estaba extraño. El día estaba claro y caliente. Mas ¿cómo sería posible, si el invierno ya estaba instalado? Confuso, él estiró su cuerpo y allí también sintió que algo estaba diferente. Sus músculos no reclamaron al ser alongados. Cuando jaló el aire para dentro de sus pulmones, él fue. Naturalmente. Sebastian quedó inerte por algunos momentos. Entonces se sentó en la cama, con facilidad. Y colocó sus pies en el suelo. Él no sintió dolor. Él consiguió respirar normalmente. Después, de pie, anduvo por el cuarto. Luego estaba rodeando como un niño. Riendo como uno. Entonces, Sebastian supo el próximo paso. Vistiendo su ropa de montar, corrió escalera abajo y luego estaba en los establos, montando a Pegasus y saliendo a todo galope por los campos verdes. Él gritó su libertad, sintiendo el viento en su piel. Luego estaba en frente al lago, lanzándose con ropa y todo en el agua fresca. Dio largas brazadas, se sumergió y volvió a la superficie, haciendo una algarabía que espantó a todos los animales alrededor.

No obstante... de repente, su cuerpo comenzó a parar de obedecerle. Los dolores lancinantes estaban de vuelta. Su pulmón ya no soportaba más el aire. Y Sebastian estaba ahogándose. Él intentó gritar por socorro, mas no tenía fuerzas ni para eso. Y entonces ella estaba allá. Extendiéndole las manos y hablando bajito con él.

— No tengáis miedo, Sebastian. — Catherine le decía con una sonrisa dulce en los labios, los cabellos castaños enmarcando su rostro. — Apenas id. Nunca más sentiréis dolor...

Sebastian paró de luchar, hipnotizado por aquella mujer. Y la oscuridad le tomó, cercándole de silencio.

Cuando oyó gritos viniendo del cuarto de Sebastian, Catherine lanzó las cobijas para lejos y corrió hacia allá, olvidándose de cubrirse adecuadamente. Le encontró en desesperación, pareciendo no conseguir

respirar, la piel cubierta por una fina capa de sudor. Apoyó las manos en sus hombros, sacudiéndole con vigor, mientras gritaba su nombre.

Él no estaba más ahogándose, mas Catherine aún estaba allí, curvada sobre su cuerpo. Aturdido, no conseguía entender lo que ella le decía. Irguió una mano para tocar sus cabellos suaves. Entonces su faz. Era sedosa, delicada. Luego recorría los contornos de su boca en forma de corazón. Sus labios se entreabrieron con el toque, la respiración estaba pesada y acelerada. Corriendo la mano hacia su nuca, la jaló despacio para cerca. Cuando le tocó la boca con la suya... Fue como si besase a una mujer por primera vez en la vida. Todo era un descubrimiento. La textura, el sabor, el frío que se instaló en su estómago. Las manos de ella estaban sobre su pecho. No empujaban, mas tampoco parecían exactamente cómodas, como si no supiese si debía ceder. No retribuía, no se alejaba, los labios cerrados. Sebastian desconfiaba de que Catherine nunca hubiese sido besada.

Con las puntas de los pulgares, acarició sus mejillas ruborizadas, iluminadas por la vela que casi llegaba a su fin y le susurró.

— Abrid vuestra boca, señorita Clarke. Dejadme probaros... — la confusión pasó por los ojos de ella, como si no sabiendo lo que él hablaba.

No obstante, obedeció a la orden de él, separando sus labios pausadamente. Sebastian sonrió levemente y corrió la lengua levemente entre ellos. Catherine se asustó, su mano agarrándose al frente de la camisa de él, mas no se alejó. Él irguió un poco el cuerpo de la cama, una mano palmándose en las espaldas de ella, jalándola más hacia él, hasta sentir los senos pequeños y firmes contra su pecho. Su lengua entonces invadió la boca delicada, tocando la de ella. La sintió estremecerse bajo la punta de sus dedos. Jugó en su interior, descubriendo, provocando. La mano de ella corrió hacia su nuca y ahora ella copiaba sus gestos, tímidamente. Él ya se encontraba duro todo el camino, bajo las cobijas.

Lentamente, su mano descendió entre los cuerpos y alcanzó un seno, tomándolo en su palma. Catherine se agitó, hizo mención de alejarse.

— Quedaos. No voy a lastimarte. Solo quiero hacerte sentir bien. — ella aquiesció y Sebastian continuó su exploración, sintiendo el peso del busto joven, probablemente nunca tocado.

Contorneó el pezón que quedó rígido, la respiración de ella agitándose aún más.

— Decidme lo que estáis sintiendo, señorita Clarke... — él la incitó, mordisqueando el lóbulo de su oreja.

— Yo... yo... — la voz de ella era débil, no más que un balbuceo.
— Siento una presión...

— ¿Dónde?

Catherine mordió los labios y bajó su cabeza. Sebastian sostuvo su mentón, haciéndola encararlo.

— Decidme. ¿Dónde? — insistió y provocó sus labios con los suyos, con su lengua, el dedo torciendo levemente el piquito túrgido.

— Allá abajo... — Catherine dijo tan bajito que él casi no oyó.

— ¿Entre vuestras piernas?

Notó que su piel se tornó aún más rubra y ella meneó la cabeza, breve y rápidamente.

Sebastian volvió a sonreír.

— Eso quiere decir que estáis gustando. Y, solo para que sepáis, — la besó nuevamente, mordisqueando su boca ahora hinchada. — Estoy sintiendo lo mismo que vos...

— ¿Estáis? — la mirada inocente de ella casi le hizo deshacerse.

— Sí... Voy a pedir algo... ¿Confíais en mí?

Catherine meneó la cabeza levemente, concordando.

— Quiero que coloquéis vuestro cuerpo sobre el mío...

— ¡No, milord! ¡Eso no es cierto!

— ¡Es sí! ¡Vos vais a gustar, yo garantizo! — reforzó, distribuyendo besos por su mentón, ahora acariciando el otro seno, intentando no dejarla pensar demasiado. — ¡Venid, Catherine! — el nombre de ella danzó en su boca como seda en la piel. — Colocad vuestro cuerpo sobre el mío.

Aún incierta de lo que hacía, despacio, en su tiempo, ella lo hizo, el espanto tomando su rostro, al notar la erección de él.

— Eso... eso... ¿es normal?

— ¡Es sí! — dijo con los dientes cerrados, cuando ella rozó su vientre en él. Él estaba bien cerca. — Es donde siento la misma presión que vos.

— ¿Y... no duele?

Sebastian pensó por un instante.

— Bien... tal vez un poco. Si yo no... Me alivio, yo sentiré dolores.

— ¿Aliviaros?

Sebastian mordió el propio labio. No creía que era hora de una explicación más didáctica aún.

— ¿Haríais algo por mí, dulce Catherine?

— ¿Qué, milord?

— Quiero que abráis vuestras piernas... y coloquéis vuestro punto de presión, sobre mi punto de presión.

— Eso... ¿va a aliviarte?

— Un poco...

— Mas... yo no sé... no sé si debo...

— No penséis, ángel. Solo haced. ¡Prometo que será óptimo! — garantizó, sus manos descendiendo por las caderas de ella, ayudándola a posicionarse. Cuando ella se abrió sobre él... ¡Sebastian tuvo que ser muy fuerte para no llegar al ápice en ese momento!

Los labios de ella formaron una "o" perfecta, cuando le sintió entre sus pliegues.

— ¡Perfecto, Catherine!

— ¡Milord!

— ¡Sebastian! ¡Decid mi nombre! — pidió, sus manos descendiendo hacia las nalgas redondas y comenzando a hacer que ella se moviese sobre él.

— ¡Sebastian! — Catherine murmuró, aturdida. — Yo... yo... ¡estoy asustada!

— ¡Apenas relajaos, querida! — clavó sus dientes en la curva entre su cuello y hombro, succionando su piel, haciéndola moverse con cadencia, en el ritmo cierto.

Luego ella dejó un gemido agoniado escapársele de la garganta, su cuerpo siendo tomado por pequeñas convulsiones.

— ¡Sebastian! — la exclamación, hecha entre sorpresa y choque, resonó por el cuarto, mientras ella se agarraba a los hombros de él.

Él tuvo que respirar muy profundamente para no liberarse también, mientras sonreía para sí. A pesar de débil, aún no había perdido el modo. Mas, tenía que admitir. Estaba agotado. Jadeante y el resquicio de fuerzas ya abandonando su cuerpo. Él dejó sus brazos caer abiertos al lado de su cuerpo y, de repente, oyó otra exclamación de Catherine. Empero, de esa vez, fue de horror y él se emperejó.

Rápidamente ella salió de sobre su cuerpo, las manos cubriendo el rostro.

— ¡Por Dios, qué hice yo? ¡Qué hice yo! ¡Estoy arruinada!

— Catherine... Señorita Clarke... — él llamó débilmente, intentando evitar que la muchacha huyese del cuarto, mas era tarde. Ella

partió desesperada. Y, casi que automáticamente, Sebastian cayó en un sueño profundo, mas, de esa vez, había una sonrisa en sus labios.

Los pulmones de Catherine dolían, cuando alcanzó su cuarto y batió la puerta, recostándose en ella. ¿Qué había acabado de acontecer? ¿Qué ella había hecho? ¿Por qué permitió que el duque la tocara de aquella forma? ¡Del modo que, probablemente, solo un marido toca a la esposa!

Con una mano sobre el pecho, ella recordó los acontecimientos. Las sensaciones que se esparcieron por su cuerpo. ¡Ella nunca había sido besada de aquella forma! Nadie nunca había tocado su seno. Tenía horror de imaginar algo así, mas... Con Sebastian pareció tan... natural.

Catherine tomó el rostro entre las manos, ¡ahogando otra exclamación de choque! ¿Qué aconteció con su cuerpo? ¿Cuando... cuando... su parte más íntima entró en contacto con la de él? ¡Fue como explotar en mil pedacitos y... fue tan bueno!

De repente una sospecha la invadió. ¿Y si... ella estuviese embarazada? La idea hizo su corazón disparar y casi saltar fuera de su garganta. Cubriendo la boca, ella contuvo un grito.

No, ella no tenía la pretensión de casarse... Mas, ¿quién contrataría a una mujer arruinada y con un hijo bastardo? Porque, obviamente, había sido algo que el duque solía hacer. ¡Era lógico que él no asumiera un hijo de una vil servienta! ¡Probablemente él debería tener hijos esparcidos por los cuatro rincones del país! Y, después de lo que aconteció, ella tendría que partir... ¿Para dónde iría?

Sebastian despertó y, de esa vez, el día estaba claro. El recuerdo de lo que hubo horas antes vivos en su mente. Cuando ellos se tocaron, se descubrieron y él había experimentado una sensación que hacía mucho no le ocurría. Era caliente, hervía en su sangre, quemaba en su piel. Y por Dios, él quería más.

En aquel instante, en el momento que estaba en su escritorio en el medio de una mañana fría, ya aceptaba cuánto estaba atraído por la señorita Catherine Clarke. Verla rozar su miembro, encontrar el placer en su cuerpo, las manzanas del rostro rubras, los labios entreabiertos mientras un gemido salía de su boca... Eso era suficiente para dejarlo duro nuevamente. Definitivamente no sería una tarea fácil para el pobre lord mantenerse lejos de ella.

Y cómo ella huyó de él... ¡La pobre debía estar aterrorizada! Y la reacción de ella le dejó apenas más interesado en ella. Había ya un tiempo

que no quedaba con señoritas inocentes. Hasta por una cuestión de principios. Arruinar doncellas era una carga pesada demasiado y él había parado con eso, cuando salió de la pubertad y creó un poco de madurez, si así podría decir. Mas, ¡ahora él deseaba a Catherine Clarke! ¡De más! Él quería ser el primero. El primero a besarla, a tocarla íntimamente. Lógicamente él no estaba pensando en el futuro... si habría futuro para él...

El duque bufó, encarando la botella de vino de Oporto, pensando si debería burlar las determinaciones del médico y beber una copa. Ora, ¡él sabía lo que podía o no hacer! Se levantó, se sirvió de una copa, que encontró sus labios, y sorbió la bebida oscura, cerrando los ojos sintiendo algo semejante a placer. Mas aún este no era el que él precisaba. Él gustaba más del placer carnal, aquel que se encontraba cuando se deleitaba del cuerpo de una mujer.

Sebastian no gustaba de decir que usaba a esas mujeres con quienes se había acostado, porque todas se entregaron porque quisieron, y con la criada no sería diferente. Así esperaba. Ella desearía entregarse a él. Lógicamente sabía que tendría que tener paciencia, ya que la moza no apareció en su cuarto en aquella mañana. Fue Edward quien surgió para ayudarlo, dejándole decepcionado. El ayuda de cámara le informó que la prima se encontraba indispuesta y que le pidió que la sustituyese. Sebastian quedó frustrado y con una punta de preocupación, que trató de alejar. El duque sabía que en su esencia era un libertino, y consideraba que no había nada de errado en eso. Su mala fama nunca le fue un problema. Todas las mujeres con quienes se involucró, sabían, sí, quién él era de verdad. Bien, ahora existía Catherine Clarke... Ella era diferente de las otras.

Edward entró en el escritorio cargando una taza de té, que dejó sobre la mesa, mientras sus ojos posaron en la copa en la mano del duque, reprobadoramente.

— No quiero que comentéis con la señorita Clarke sobre eso. — avisa, como una orden velada. — A propósito, ¿cómo está ella? ¿Sabéis si mejoró? — Sebastian quiso saber, intentando no demostrar mucho interés, mientras se servía de más bebida.

— Yo no la vi de nuevo, señor. Mas me informaré en breve sobre su estado. — informó el ayuda de cámara, encarando al patrón con una mirada de juicio. — ¿Precisáis de algo, milord?

— No, es solo eso. — dando las espaldas al criado, con cierta dificultad y usando un bastón, sugestión de la señorita Clarke, para tener un

apoyo a más en el andar, el duque fue hasta la ventana, a ver una capa de hielo que se insinuaba en el suelo, y sobre las coberturas de las casas. — ¿Edward? — llamó, cuando el ayuda de cámara ya alcanzaba la puerta.

— Sí, milord.

Sin volverse para ver al criado, el duque reflexionó rápidamente si debería hacer mismo preguntas sobre la prima del muchacho, mas decidió apenas quedar callado, porque de algún modo, él creía que no parecía una buena idea salir por ahí haciendo preguntas curiosas sobre la joven. Estaría dando chance para dudas sobre los dos.

— No es nada. Podéis ir, estoy bien. — le despidió el lord, bebiendo a sorbos el vino.

Después de eso, Sebastian miró para atrás para tener certeza de que estaba solo, y entonces se sentó en el sofá al lado de la ventana, con dificultad. Se sentía un poco mejor, mas sus músculos reclamaban al ser forzados al mínimo esfuerzo. Sebastian St. John siempre gustó de actividades físicas. De todos los tipos. Era gracioso pensar cómo todo mudó, cuando, hacía nueve meses, comenzó a sentirse extraño. Primero vinieron las toses. Luego la flaqueza, seguido de mareos, dolores en las espaldas, falta de aire. Reluctó en procurar a un médico, al creer que se trataba apenas de una gripe más fuerte y persistente. No obstante, en poco tiempo, cayó de cama. Y desde entonces decaía miserablemente en aquella maldita cama. La misma que había sido objeto de placer muchas veces, se tornaba su prisión.

Ahora él sentía que estaba mejorando y, así que se encontrase más fuerte, iría a Gwent. Sonrió, encarando la copa de vino que estaba en su mano, mientras por la rendija de la ventana, un viento helado soplaba en su rostro. Había una esperanza y él iría en busca de ella. Siempre fue un hombre fuerte lo suficiente para derribar a dos sujetos solo y quería eso de vuelta.

Como si para avisarle de que la enfermedad aún estaba allá, un acceso de tos casi le hizo atragantarse con la bebida y, avisándole que dos copas de vino ya eran demasiado para su cuerpo maltratado.

Mientras abandonaba la dosis por la mitad en la mesita al lado, Sebastian pensó que gustaría de colocar sus ojos sobre la dulce señorita Clarke en aquel momento.

Corriendo una mano por el rostro, deseó poder ir hasta ella, mas respetaría su tiempo. Tendría que ir con calma, si deseaba usufructuar de los

encantos de la moza. Sí, estaba pensando como un canalla... mas, ¿qué hacer si eso iba en su esencia?

Bien... acontecía que, en la noche anterior tuvieron una muestra de lo que podrían hacer juntos y ella, a pesar de huir asustada después, había disfrutado de los talentos de él. Si la señorita Clarke así lo permitiese, podrían divertirse mucho juntos.



Capítulo Seis



Catherine se consideraba inteligente. Mas, con certeza, no sabía de todo; inclusive, era ignorante en muchas cosas. Tipo... aquello. Lo que aconteció en la noche anterior era motivo de vergüenza para ella. Quedó trancada en el cuarto la mañana toda porque simplemente no tuvo coraje de encontrarse con el duque y trocar cualquier palabra con él. ¿Qué podría hacer? ¿Y si ella ya cargase un hijo de él en el vientre?

Habiendo perdido a su madre tan temprano, no hubo ninguna otra figura femenina en toda su vida dispuesta a enseñarle lo que acontecía entre un hombre y una mujer. En verdad, nunca tuviera interés en saber sobre el asunto. Y su cuerpo nunca había sido despertado de la forma como aconteció en la noche anterior. ¡Estaba horrorizada por permitir llegar hasta tan lejos! Siempre se juzgó una muchacha juiciosa, inmune a ese tipo de tentación y... ¡Bastó un beso del duque y ella se entregó! Un gemido de vergüenza y frustración le escapó de la garganta, mientras escondía el rostro entre las manos.

Salió de la ventana, donde encaraba el pequeño jardín bien cuidado allá abajo, y fue hacia el frente del espejo del tocador, encarando su reflejo, los ojos oscuros, alisó los cabellos presos en un moño apretado en el alto de la cabeza. El vestido azul-oscuro de cuello alto. Aun cuando estuviese pasando por algunas situaciones complicadas, Catherine estaba realmente agradecida a la bondad de lord St. John por aceptar la sugestión de su primo y haberla contratado como su criada particular. O era eso, o congelarse en la calle sin un lugar para dormir. O aún, someterse al viejo seboso y desdentado que se creía el dueño de ella. Mas, después de lo que aconteció, no sabía si mantendría aquel empleo. El duque debía estar pensando que ella no pasaba de una descalificada, ¡que se acostaba con cualquiera! Nuevamente cogió el rostro entre las manos y ahogó un grito de frustración.

¡No podía darse al lujo de soñar que el duque de Eninston se involucraría con ella, aun cuando ella cargase un hijo de él en su vientre! Había oído de las criadas sobre la fama de libertino del lord, y Catherine ya no tenía interés en tener cualquier relación con hombres, ¡qué decir con uno de aquel nivel! ¡Como la mayoría de los hombres, él quería apenas divertirse con ella! ¡Y debía tener un puñado de hijos bastardos distribuidos por el país!

¡Ella quería apenas trabajar y tener un techo sobre su cabeza! ¿Por qué rayos fue a meterse en una cama con el Duque?

Y no podía partir sin entender qué tipo de enfermedad le acometía. El duque de Eninston tenía altos y bajos. Normalmente despertaba bien indispuesto, prácticamente sin fuerzas para sentarse en la cama, mas, a lo largo del día, iba ganando fuerzas y ánimo. Desconfiaba que el cambio en la alimentación, donde ella incluyó comidas con más sustancia, acrecentando también frutas y tés medicinales, recetas dejadas por su abuela en un cuaderno bien antiguo que ella trataba como tesoro, y el facto de ella llevarle para fuera, cuando no había viento frío para perjudicarlo, haciéndole tomar un poco de aire y moverse un poco todo día, aunque Sebastian retrucase contra, mas acabase cediendo, habían contribuido para eso. Edward quedaba incómodo, diciendo que el hombre estaba enfermo, que debía quedar en su cuarto, acostado y reposando, como indicaciones de los médicos, mas Catherine había aprendido con Leo que el cuerpo precisaba estar en movimiento para funcionar bien. Su pequeño hermano era muy activo y, por mucho tiempo, tuvo salud de hierro. No obstante, cuando un invierno riguroso asoló la región donde moraban, imposibilitando al joven de salir y correr libre por los campos como hacía en otras épocas, Leo acabó acometido de una gripe muy fuerte que se tornó una neumonía que le llevaría antes del fin de la estación.

Alguien batió a la puerta, y ella se sobresaltó. ¡No podría ser él! ¡Aún no estaba lista para encararlo!

— ¿Quién es? — indagó, el oído contra la madera pesada de la puerta.

— Edward, prima.

Aliviada, abrió una pequeña rendija en la puerta y asomó la cabeza, mirando en torno del joven, para asegurarse de que estaba solo.

— ¿Sí?

— Vine a saber cómo estáis.

— Estoy mejor.

— ¡Óptimo!

— El duque... ¿Preguntó por mí?

— Sí, mas yo dije estar indispuesta.

— ¿Él no quedó bravo?

— ¿Bravo?

— Sí. Por yo no... Ayudarle.

— No, él está bien calmo esta mañana. Mas vine a saber si podrá acompañarle en el período de la tarde. Preciso ir hasta el centro y no sé si será bueno dejarlo solo.

La verdad era que Catherine esperaba salir de su cuarto solamente en la mañana siguiente. O en la otra... O tal vez en la próxima semana. Para no tener que encarar al duque tan pronto. Mas ella tenía obligaciones.

— Quedaré con él, no os preocupéis.

Sebastian aún se encontraba en el escritorio cuando notó un olor diferente. Olía a ella. Era dulce y caliente. Y él sabía que Catherine se aproximaba, antes aun de verla. Una sonrisa leve se instaló en sus labios.

Después del almuerzo, el duque se sentía un poco más dispuesto y así resolvió colocar la correspondencia al día. Escribió algunas cartas e incumbió a Edward de enviarlas.

Cuando ella apareció en la puerta, levantó sus ojos para examinarla. Su postura era erecta y su expresión seria.

— ¿Cómo estáis sintiéndooos, señorita Clarke? — él preguntó despacio, sus ojos presos en los de ella. — Supe que estabais indispuesta.

Catherine cerró la puerta y caminó hasta la mesa, las manos unidas en frente del cuerpo, la mirada baja. Él no gustaba cuando ella hacía eso. Estaba implícito que la moza estaba colocando distancia entre ellos. Quería que le encarase, mirase en sus ojos, en su rostro.

— Estoy mejor, milord. Fue apenas un malestar. Estoy lista para cuidar del señor.

Él sonrió levemente.

— Yo no preciso ser cuidado, señorita. Me siento bien. Confieso que no sé más si es preciso dedicar tanto tiempo a mi persona. — notó que ella pareció confusa en el mismo instante.

El corazón de Catherine disparó en el pecho. ¿Lo que ella temía estaba aconteciendo? ¿Él la estaba despidiendo, después de aprovecharse de

ella? Irguió los ojos hacia él. Encontró un par de ojos azules encarándola. Era desconcertante, mas se mantuvo firme.

— Fui contratada para cuidarle, milord. Si no voy a hacerlo, no tengo por qué continuar aquí. — ella sintió un nudo en la garganta al decir aquello.

No quería irse. No tenía ni para dónde ir. Mas si él la despidiese, ¿qué haría?

Sebastian se levantó con cierta destreza, se apoyó en el bastón de madera oscura, con un águila plateada en la punta, se aproximó de ella, parando a centímetros de la joven. La respiración de ella se tornó jadeante. Cuando la mano de él fue hacia el rostro de ella, el pulgar rozando la piel alba de la mejilla, ella vaciló, parpadeando rápidamente.

— Dejádme colocaros al tanto de la situación, señorita Clarke. Yo no permitiré que dejéis esta casa. No por ahora. Y yo aún preciso de cuidados, aun cuando esté sintiéndome un poco más dueño de mí. Si no me fuere útil de la manera cierta, encontraré otra utilidad para la señorita en mi vida. — explicó él, mientras encaraba los labios de ella.

Catherine precisó reunir coraje para confrontar al duque. Irguió su mentón en desafío e intentó alejarse del toque de él.

— ¡Supongo que mi otra utilidad, la cual mencionáis, sea para calentar vuestra cama, milord. Pues sabed que yo no permitiré que eso acontezca! — determinó ella.

El duque la sostuvo por la cintura y la jaló contra él. Ella palmó la mano sobre su pecho, sorprendida con su audacia. Quedara cara a cara, y ella estaba realmente ofendida por la situación.

— Sé que la asusté con lo que aconteció ayer, — su voz era suave, baja. — mas preciso explicar que no tengo intenciones de deshonrarla, señorita.

— Mas lo hizo... — ella sopló, bajito. — ¡Soy una mujer arruinada ahora!

— ¿Qué? ¿Cómo podría? No hicimos nada de más...

— ¿Nada de más? — Catherine regañó, los ojos castaños oscuros arregalándose de indignación. — ¡Si estáis habituado a hacer... Lo que hizo conmigo ayer, sabed que yo obviamente no soy así!

— Creed, ángel. Vos no estáis arruinada, pues nadie siquiera sabe lo que aconteció en aquel cuarto. Realmente no hicimos nada de más...

— No oséis continuar diciendo eso, cuando, yo... Yo... — ella bajó los ojos para encarar los botones de la camisa inmaculadamente blanca de él. — ¡puedo estar cargando un hijo vuestro!

La frase fue apenas un balbuceo, mas Sebastian oyó y casi se atragantó de sorpresa.

— ¿Qué? — entonces fue incapaz de sostener la risa, una sensación que hacía mucho no experimentaba.

La señorita Clarke cruzó los brazos sobre los senos pequeños y redondos, la expresión ofendida en el rostro bonito.

— ¡No oséis reír de mi situación!

Sebastian se esforzó mucho para contenerse.

— ¡Perdonadme, ángel! No estoy riendo de vos. — Sosteniendo su mentón delicado, la forzó a encararlo. — Es que no hay la mínima posibilidad de que estéis cargando un hijo mío.

— ¿Cómo no? ¿Y lo que hicimos ayer?

Cogiendo la mano de ella, la llevó a los labios, besando los dedos finos con ternura, la mirada fija en el rostro bonito.

— Lo que hicimos fue... Un poco indecente, admito. Mas no lo suficiente para dejarla embarazada de un hijo mío.

— ¿Vos tenéis certeza de eso? — el tono de ella era esperanzado.

La mirada aliviada, mas aún asustada de ella le encantó.

— Absoluta, pequeña. Para que eso acontezca... ¿Cómo voy a explicarte? — Sebastian procuraba por las palabras ciertas para explicar el acto. — Voy a colocar así: para que un embarazo acontezca, mi parte que estaba con presión, debería estar dentro de vuestra parte con presión. ¿Vos conseguís entender esa dinámica? — él intentaba mantenerse serio, mas la verdad era que estaba divirtiéndose mucho.

La señorita Clarke frunció el ceño, como si intentando formar la imagen en su mente. Cuando al fin pareció conseguir, sus ojos se arregalaron, su piel se tornó rubra y ella cubrió el rostro con las manos.

— ¡Por Dios! Eso es... Es... ¡Asqueroso! ¡Y nunca acontecerá! ¡Yo nunca permitiría eso!

Sonriendo de la reacción de ella, Sebastian quitó las manos que cubrían su rostro bonito.

— No es asqueroso. Puedo garantizarlo eso. — tornando a llevar la mano de ella a los labios, encaró sus ojos con lascivia. — Si gustasteis de lo

que aconteció ayer... Podéis apostar que gustaréis aún más del acto completo.

— ¡Yo no gusté de lo que aconteció ayer! — ella dijo, desviando la mirada.

Sebastian rió nuevamente.

— Sí, vos gustasteis.

— ¡Vos no podéis decir lo que yo sentí!

— Puedo sí. En verdad, vuestro cuerpo me dijo que gustó.

— ¿Cómo podéis afirmar eso, si ni siquiera sé lo que aconteció con mi cuerpo?

— Tal vez yo sepa un poco sobre mujeres...

— ¡Es claro! ¡Yo había olvidado que vos sois un libertino!

La expresión del duque se marchitó y Catherine se arrepintió de lo que había acabado de decir. Por algunos instantes, olvidóse de que era apenas una criada allí.

— Perdonadme, milord. Yo no... — cuando él la soltó y dio algunos pasos atrás, ella se sintió súbitamente vacía y con frío.

— Vos no dijisteis ninguna mentira. — él retrucó, en un tono triste, dándole las espaldas y alejándose hacia la ventana. — Solo errasteis el tiempo. Yo fui. En el pasado. Ahora soy apenas un remedo de hombre...

Catherine quedó penalizada. Caminó hasta él y tocó su hombro.

— Mas el duque está mejorando a ojos vistos. Nada impide que se restablezca completamente.

Sebastian se volvió hacia ella, cogiendo nuevamente su mano, llevándola a sus labios y besó su palma, cerrando sus ojos.

— Y desconfío que esa mejora tenga mucho a ver con la señorita. — deslizó las puntas de los dedos por la faz de ella, los ojos fijos en los labios bien dibujados. — Hizo resurgir hasta mi libido. — susurró, la cabeza curvando en la dirección de ella.

Ella debía decir no, evitar, correr, huir, mas simplemente no consiguió moverse, al notarlo aproximarse.

Los labios de Sebastian descendieron sobre los de ella, primero en un contacto leve, como el batir de las alas de una mariposa y Catherine ya se sintió extasiada. No obstante, luego el duque profundizó el beso, introduciendo la lengua entre los labios de ella, explorando despacio cada rincón escondido de aquella boca, dejándola jadeante. Era un beso dulce, igualmente caliente, y hacía cada pedazo de la joven quemar en fuego vivo.

El duque embolsó el rostro de ella en su mano, mientras con la otra comenzó a desabotonar el vestido, trabajando minuciosamente en los botones pequeños. Ella no se había dado cuenta de lo que estaba aconteciendo, hasta sentir los dedos de él deslizarse por su cuello.

— Parád. — ella pidió, intentando alejarse, sin mucho empeño, pues su mente estaba inebriada. — Podemos arrepentirnos más tarde...

Él besó la mejilla de ella, los dedos en movimientos circulares sobre la piel sedosa, descendiendo hasta la parte superior de los senos de ella.

— Yo nunca voy a arrepentirme de besarte, mi pequeño jazmín.

Catherine jadeó ante el apodo que él acabara de darle, mientras los labios de él exploraban lentamente su cuello, erizando cada pelo de su cuerpo.

— Mas puedo entender los motivos que os alejan de mí. — susurraba a su oído.

¿Podía mismo? pensó ella, reflexiva. Eran muchos, incluyendo la diferencia de clases sociales. Un duque no podía casarse con una criada, o hasta podía, entonces caería en el ostracismo, siendo prácticamente excluido de la sociedad. Aun cuando él estuviese recluso en el momento, dudaba que deseaba eso para su futuro.

— Precisamos mantener esta relación en el ámbito del trabajo, milord. — decía, aunque no estuviese haciendo nada para alejarlo.

Sebastian sonrió tenuemente, los dedos desabotonando algunos botones más, entonces soltando los lazos delicados de la chemise de ella, alejando la pieza, admirando los contornos de los senos albos que el corsé proyectaban hacia arriba. Visión del paraíso.

— Es difícil luchar contra mis instintos... — y fue bajando su cabeza rumbo al cuello prácticamente desnudo de la moza.

— Milord... — Catherine susurró, teniendo dificultades para respirar, pues su aliento estaba muy agitado. — ¿Qué vais a hacer?

— Probar el dulce sabor de vuestra piel, dulce ángel. — y deslizó la lengua entre los valles claros, observando su reacción.

La punta de su nariz estaba roja, no sabía si de frío, por estar tan expuesta, o por deseo. Su linda boquita estaba abierta, en expectativa. Guiado por esa junción tan linda y entregada, Sebastian envolvió fuertemente la cintura de ella, trayéndola más para cerca y pasó a explorar su busto con la boca, con la lengua, ávido, queriendo más y más. Con un poco de modo y algún malabarismo, él consiguió libentar un pezón oscuro

y, sin poder contenerse más, lo tomó entre los labios, succionando fuertemente.

Catherine gimió contra él, agarrándose a su casaco.

— ¡Milord!

— Quiero que hagáis algo para mí, pequeño jazmín. — murmuró, ronco, pincelando el piquito túrgido.

Ella no respondió, mordiendo el labio. Sebastian cogió el tejido grueso y pesado de su falda y uno de los aros de su miriñaque, irguiendo hasta que su pantaleta apareciese.

— Sostened esto para mí, ángel.

Ella lo hizo, confusa e insegura.

— ¿Qué vais a hacer, milord?

— Solo quiero haceros sentir bien... — clavando sus dientes en la unión del hombro y cuello de ella, Sebastian metió su mano por dentro de la pantaleta de ella y alcanzó su sexo, haciéndola jadear.

— ¡Milord!

— ¡Sebastian! ¡Decid mi nombre! — pidió, separando los pliegues de él manipulando un pequeño y sensible botón allí escondido.

— ¡Sebastian! — Catherine gimió, trémula, mal sosteniéndose en las propias piernas. — ¡Eso es muy indecente! — censuró ella, mas sin fuerzas para luchar contra.

— ¡Sí! — él concordó, sintiéndola contorcerse bajo su toque. — ¡Mas delicioso!

— ¿Qué vuestra gracia está haciendo conmigo?

La pregunta inocente le hizo sonreír, mientras pincelaba nuevamente su pezón con la lengua, haciéndola sollozar.

— Estoy dándote placer, mi pequeño jazmín. Relajaos y apreciad. — él buscó sus labios una vez más, ella tomando su rostro entre sus manos, imitándole los gestos.

Sebastian percibió que Catherine aprendía rápido. O estaba apenas siguiendo sus instintos, los dedos entrelazando en sus cabellos, llegando a succionar su lengua. Él se restregó desvergonzadamente en su muslo, buscando un poco de alivio para su miembro tieso y pulsante. ¡Precisaría gozar en aquel día o enloquecería!

Catherine sabía que aquello no era correcto. Mas, simplemente no conseguía luchar contra. Se encontraba prácticamente desnuda, expuesta a los ojos, a los labios del duque. Él tenía una mano entre sus piernas, lugar

que aun ella tocaba poco y... ¡estaba extasiada! Sabía que debía detenerlo inmediatamente, mas las sensaciones eran tan buenas, hacíanla sentirse tan viva como nunca, que ella no tenía fuerzas para luchar contra. Cuando su cuerpo fue tomado por las mismas explosiones de la noche anterior, hizo como él le sugirió. Relajó y apreció. Ahora ella sabía que no quedaría embarazada solamente haciendo aquello. Tenía ciencia de que era indecente, que una mujer soltera no debería permitirse tal acto, mas apenas apreció, sintiendo su cuerpo tornarse tenso y entonces el lánguido tomar posesión de cada mínimo pedazo suyo. Sonrió, aún sosteniendo el rostro de Sebastian entre las manos, curvando la cabeza para atrás, completamente entregada, sintiendo los besos calientes y exigentes de él en su cuello.

Cuando él sintió que ella se libertó, retiró su mano del medio de las piernas de ella y envolvió su cintura, fuertemente. Estaba jadeante, no sabía si por las emociones pasadas o si por su estado, mas se sentía bien.

Mientras una satisfecha y jadeante Catherine aún se recuperaba de las últimas emociones, Sebastian trató de arreglar su ropa, porque desconfiaba de que la moza quedaría muy avergonzada, cuando estuviese nuevamente dueña de sí. Mas él no permitió que ella se alejase, manteniéndola junto de sí, sosteniéndola por la cintura. Admiró su faz colorada, los labios entreabiertos, los ojos semicerrados y deseó tenerla así en una cama, bajo su cuerpo.

Como él preveía, Catherine quedó avergonzada, cubriendo el rostro entre las manos y riendo nerviosamente.

— ¿Por qué permito que vuestra gracia haga esas cosas conmigo?

— Porque vos ya aprendisteis que eso es delicioso. — Sebastian retiró algunos cabellos de la frente de ella y corrió un dedo por su faz. — Y, sabe Dios por qué, os sentís atraída por mí.

La moza depositó sus manos en los hombros de él, aún un poco insegura.

— ¡No seáis modesto, milord! Debéis saber que sois un hombre muy hermoso.

Él chasqueó los labios desabridamente.

— Yo ya estuve mejor.

— ¡Imaginando el estrago que el señor hacía antes!

Sebastian sonrió largamente y ella se retrajo.

— ¡Perdonadme, milord! Yo no debía haber dicho eso... — ella intentaba desvencijarse de los brazos de él.

— Vamos a dejar una cosa clara, pequeño jazmín. Cuando estemos solos, vos podéis decirme cualquier cosa. Y quiero que me llaméis por mi nombre. ¿Estamos entendidos?

— No sé si eso es apropiado, milord...

Él irguió su mentón, haciéndola encararlo, con una sonrisa desvergonzada en los labios.

— Creo que nosotros ya pasamos de esa fase, ¿no creéis? Todo lo que hemos hecho en nuestros dos últimos encuentros fueron, al mínimo, inapropiado, mi querida.

Ruborizándose nuevamente, ella consiguió desvencijarse de los brazos de él y dar algunos pasos, imponiendo una distancia segura entre los dos.

— ¡Y nosotros debemos evitar que eso se repita, milord! — arreglaba la falda del vestido, intentando mantener un semblante serio e impersonal, empero fallando miserablemente, al contemplarlo y una sonrisa brotar en sus labios.

— ¡Sed dulce conmigo, pequeño jazmín!

— Vuestra gracia no merece que yo sea dulce con el señor. — ella bromeó, dando otro paso atrás, cuando él avanzó uno. — ¡He intentado ser firme y mirad cómo termina!

— No voy a prometer comportarme. — Sebastian acrecentó, una mano sobre el pecho.

Catherine giró los ojos y caminó hacia la puerta.

— ¿Dónde estáis yendo, mi señorita?

— ¡Lejos del señor, lógicamente! — rebatió, sintiéndose súbitamente de buen humor. — Voy a aprovechar que el señor está aquí y organizar vuestro cuarto. — acabó explicando. — Llamadme si precisáis.

Él había caminado hasta su silla y se había acomodado y la encaraba con mirada perversa.

— Preciso ahora...

Catherine se ruborizó cuando entendió lo que él quería decir y llevó una mano a la mejilla caliente.

— ¡Oh, Dios! ¡No para eso! — y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Ella tuvo que alejarse rápidamente del duque. El ímpetu de aproximarse de él y dejar que la tomase como hacía pocos instantes la tomaba. Quería más, quería experimentar todas las sensaciones que venían

siendo exploradas. Y luego una sombra la tomaba. Ella sabía que no debía. No podía dejar acontecer de nuevo.

Y ella creía que no había pasado por tanta cosa en la vida para simplemente acabar en la cama de un duque y ser rechazada después. Porque, probablemente, Sebastian St. John estaba apenas jugando con ella...



Capítulo Siete



Había una figura materna en la familia St. John. Lady Philippa era una mujer de veintiocho años, de temperamento manso, mas igualmente inteligente y perspicaz. Todos los hermanos recurrían a ella cuando precisaban de consejos o alguna simple ayuda.

En aquella tarde fría, la carroza paró en frente a la casa del duque, y Philippa descendió, la mujer no conteniendo un gemido que escapó de su garganta cuando el viento helado batió contra su piel.

Fue recibida por el ayuda de cámara de Sebastian, que con un tono cortés la llevó hasta la sala. El clima era extremadamente agradable, y la mujer se sentó en un sofá al lado, mirando alrededor, mientras desvestía sus guantes. Philippa se había casado en su segunda temporada, pues la primera fue un desastre, pues la mujer tuviera crisis terribles de nerviosismo. Mas en el segundo año, las cosas dieron absolutamente cierto. Encontrara el amor de su vida. Solo aún no había sido agraciada con hijos. Lo que le era una grande preocupación. Su marido Henry decía tener tiempo, que estaba todo bien, mas, cuanto más el tiempo pasaba, más agoniada la mujer quedaba.

Su foco fue desviado hacia las escaleras, donde descendía despacio el hermano, apoyado en un bastón. Una sonrisa brilló en el rostro de él al verla. Sebastian estaba contento por la visita, y cuando se aproximó más, Philippa, siempre muy dulce y cariñosa, se aproximó para abrazarlo, tomando cuidado para no desestabilizarlo.

— ¿Cómo estáis, hermano? — Philippa preguntó con una sonrisa gentil. Estudió el rostro de Sebastian, parecía que ojeras habían brotado debajo de sus ojos, y algunas arrugas se dibujaban en su rostro, mas él continuaba hermoso e imponente.

— Estoy viviendo altos y bajos, mas hoy especialmente me encuentro bien. Sentaos. — indicando el sofá, los dos se sentaron frente a

frente. — Pedid a la criada para traer té y bizcochos, Edward. Y pedid a la señorita Clarke descender también.

Las cejas de la hermana se arquearon en sorpresa.

— ¿Otra criada, hermano?

— Ella es mi criada personal, Philippa. — Sebastian comentó al ver la confusión de la hermana. — Especializada en cuidados con... — él torció la mandíbula al complementar la frase. — enfermos.

— Entendí. — la sonrisa traviesa de la hermana le decía que no estaba de facto convencida de que era solamente aquello. Philippa siempre fue muy perspicaz. Tanto que Sebastian tenía miedo de ella.

— El tiempo ha pasado muy rápido, Philippa. Ni me acuerdo de la última vez que nos vimos.

— Es hasta comprensible que no os acordéis. — había un tono de pesar en la voz de la mujer. — Vos estabais bien mal en la época. A propósito. ¡Creo que estáis mucho mejor hoy! — Ella sonrió largamente. — Tal vez ya debáis considerar procurar una buena moza y comenzar una familia. ¿No pensáis en eso, Bah? — Philippa usara un tono gentil y el apodo de infancia.

Sebastian suspiró.

No era tan fácil así. Tener hijos exigía cosas que no estaban a su alcance ahora. Y, si antes él no concebía la idea de casamiento, ahora más aún. Estaba empeñado en recuperarse completamente y, de facto, sabía que estaba quedando cada día más fuerte, mas la cura era aún una esperanza. De esa forma, no sabía cuánto tiempo aún tenía. Entonces, no quería dejar para atrás a una joven viuda...

— Yo me casaré un día, de facto. — dijo apenas para tranquilizar a la hermana. — Mas no me encuentro en un momento conveniente para eso. — como si para completar lo que había acabado de decir, el lord tuvo un acceso de tos, curvándose, cubriendo la boca con un pañuelo.

— ¿Habéis consultado a los médicos, Sebastian? — Philippa inquirió, acariciando sus espaldas, hasta que él se calmase.

— ¡Tantos que ya perdí la cuenta!

— Todo lo que quiero es veros bien hermano, mas confieso que estoy contenta de encontrarte fuera de aquella cama.

La mirada de Sebastian fue desviada hacia el lado, donde Catherine apareció en el pie de la escalera y quedó presa a ella. Frunció el ceño al notar que la moza usaba el mismo vestido azul del otro día, que no era muy

apropiado para el invierno. ¿No estaría sintiendo frío? Desconfió que la señorita Clarke no tenía muchas ropas. Y decidió que ella precisaba de vestidos nuevos, de pieles calientes, guantes y buenas medias. ¡Proveería eso lo más rápido posible! Quería verla bella, cómoda y calentada del frío.

La forma como ella miraba hacia él, sosteniéndole la mirada... ¿Qué había acontecido con ella? ¿Cuál fue el cambio que aconteció en la dulce Catherine para parecer más dueña de sí? Él gustó, mas sabía que había algo más allí. Decidió que descubriría eso más tarde, cuando estuviesen nuevamente solos.

Catherine estaba compenetrada en limpiar el cuarto del duque, cuando Edward fue a llamarla a pedido del milord. Algo aún la inquietaba. No conseguía desvelar de dónde venía el olor que la perturbaba, cada vez que entraba en los aposentos de Sebastian. Había trocado toda la ropa de cama y, aun cuando ahora estuviese bien menos prominente, el olor aún estaba en el aire. Cuando el primo llegó, la encontró de manos en la cintura, pensativa.

— ¿Algo errado, prima?

— ¿Hum? No, no. Nada. — resolvió que no debía aún comentar sobre lo que la incomodaba, ya que no había encontrado la fuente y salió, siguiendo al primo.

Cuando alcanzó el alto de la escalera, luego sintió los ojos del duque sobre sí y sabía que se ruborizaba. Las cosas que habían hecho más temprano... Y durante la noche... Y la mirada caliente y llena de promesas sensuales que lord St. John le dirigían en el momento no le facilitaba nada, mas ella se mantuvo firme. Ya estaba decidida que tales cosas no se repetirían. Ella precisaba resistir y darse al respeto.

— ¿Me llamasteis, milord? — ella paró en frente de ellos con una sonrisa cortés.

— Quería que conociese a mi hermana, la vizcondesa Philippa, señorita Clarke. — la presentó.

Catherine hizo una reverencia para la hermana del duque, notando que ella se parecía más a lord Benedict que con Sebastian. En verdad, no había trazo común ninguno entre los dos en aquella sala.

— Espero que no haya molestado vuestras tareas, señorita Clarke. — la mujer dijo encarando a la otra. Notó la forma como el hermano miraba hacia aquella joven y de cómo desvió, al ser flagrado por ella. ¿Existía algo entre los dos? Había un clima al mínimo diferente entre los dos.

— De forma alguna, señora. Había terminado de limpiar los aposentos del milord. — con las manos juntas en frente del cuerpo.

— La señorita no es casada, ¿cierto?

— No. Pasé la mayor parte de la vida cuidando de personas, y acabé no casándome. — explicó con una sonrisa tímida, aún sintiendo la mirada del duque sobre ella.

— Mi mejora se debe a la señorita Clarke. Obviamente aún tengo malos momentos, los cuales me siento muy mal. Mas, es verdad que desde que ella llegó aquí, las cosas pasaron a quedar mejores. — Sebastian tenía un tono de gratitud en su voz y algo más, cuando dijo mejores, mas evitó encararlo para no tener certeza. Y ella descubrió algo sobre él: ¡era un provocador!

— Parece que mi destino es cuidar. — asintió, avergonzada, en voz baja.

Philippa rió, sobresaltándola.

— No os sintáis rendida, señorita. Sois una mujer muy bonita, y aunque parezca que no irá encontrar a un buen hombre para casarse, pensad que tal vez él esté más cerca de lo que imaginéis.

Catherine frunció el ceño, sin entender lo que la mujer quería decir.

— ¿No concordáis, hermano? — la señora insistió, volviéndose hacia el hermano.

— ¡Philippa, querida! Yo no consigo acompañar vuestros pensamientos.

En ese instante, Edward llegó con una carta en manos. Trocó una mirada con el lord, que se apoyó en el bastón y se levantó.

— Pido que me disculpen, mas preciso leer esta misiva. Quedaos a la voluntad. — él salió en dirección al escritorio, dejándolas solas.

— Sentaos aquí, señorita Clarke. — tímida, Catherine lo hizo. — No puedo colocar en palabras cuánto estoy feliz de ver a mi hermano mejor. Y si él cree que eso se debe a vuestra llegada, yo debo agradecerlos por eso, señorita Clarke.

— Oh, no es necesario. — agradecía, sin jeito. — Yo apenas hago mi trabajo. En verdad, vuestra gracia precisaba apenas de una alimentación mejor y moverse más. — ella explicó.

— Confieso que, cuando estuve aquí la última vez y le vi padeciendo sobre aquella cama, comencé a pensar que tal vez él no llegase al fin del

invierno. — Philippa habló sintiendo un nudo en la garganta, casi en tono de confidencia.

— Creo sinceramente que él va a mejorar, señora. Tengamos fe.

Philippa inspiró profundamente.

— Hay una cosa más que me preocupa. — prosiguió, hablando bajito, pareciendo incierta si debería tocar en el asunto. — Mi otro hermano, Benedict, parece determinado a usurpar todo lo que es de Sebastian. Me avergüenzo de decir eso, mas es un facto. Tal vez aún no le hayáis conocido, mas Bene es un hombre ambicioso, imprevisible. No un hombre malo... O soy yo queriendo creer que no lo sea. — su semblante se tornó triste. — Mas también que ahora él esté torciendo para la muerte de Sebastian. — confió.

— Yo apenas le encontré una única vez, señora. Mas por lo que acaba de decir, imagino que el duque debería mantenerse lejos de este hermano para que nada acontezca. — Catherine ponderó, seria.

De verdad, algo en Benedict había dejádola incómoda, en el encuentro rápido que tuvieron. Solo no sabía explicar qué.

— Agradezco la preocupación, señorita. Ahora, si me permitís preguntar, yo gustaría de saber si existe alguna mínima chance de que mi hermano esté dispuesto a casarse con alguna buena jovencita.

Catherine no entendió la pregunta. ¿Por qué ella estaba preguntando aquello a ella? ¿Cómo él se casaría, estando enfermo? ¿Con quién?

— No estoy cierta de eso, señora. — de repente, la idea de ver al Duque de Eninston casado la incomodó. — Creo que él debería apenas concentrarse en quedar bien. Aunque haya la cuestión del hermano que quiere todo lo que es de él, el duque no debería pensar en casamiento ahora. Su salud es más importante. — concluyó, temiendo haber sido muy dura e impertinente, ya que se trataba apenas de una criada.

Mas, para su suerte, Philippa aquiesció.

— Tenéis toda la razón, señorita. Perdonadme por mi indiscreción cuanto a este asunto. Es que apenas me preocupo con mis hermanos, y tengo miedo de que acaben fadados a la soledad. Sebastian dice que pretende casarse un día, aun antes de enfermar, mas creo que lo hace para hacerme callar la boca sobre el asunto. ¡Benedict tiene verdadero horror al matrimonio! Anthony... ¡Ah, Anthony! ¡Yo ni sé qué decir de ese joven! — a pesar de contrariada con las actitudes de los hermanos, el cariño estaba

presente en su voz. Ella los amaba. — Mas mudemos de asunto, contadme de dónde vinisteis.

Intentando sonreír, Catherine encaró a la mujer. Ella era esperta, muy inteligente y sí, un poco invasiva, tenía que admitir. Percibió estar probándola descaradamente. Conduciendo la conversación hacia lugares los cuales la joven no podía huir. Suerte que ella era igualmente esperta y, de forma rápida y fácil, gustó de la vizcondesa.

— Vine de lejos. En busca de una vida mejor, después de la muerte de mi padre. No fue un cambio fácil. Por suerte el Lord St. John me dio un trabajo y un techo y todo está yendo bien.

— Eso me hace pensar en cuánto la vida es injusta. Si la señorita participase de la temporada, yo creo realmente que sería la grande sensación. Sois bonita, tenéis simpatía y sabéis mantener una conversación con entusiasmo. Oso suponer que mi hermano sería el primero a interesarse por la señorita. — Una sonrisa maliciosa jugó en los labios de Philippa.

Catherine limpió la garganta, sin jeito, bajando los ojos hacia las propias manos. Ella nunca anheló participar de una temporada y, aun si lo desease, no tenía posición para eso.

— ¿La vizcondesa desea más bizcochos? — y, sin esperar por la respuesta, se colocó de pie. ¡Voy a buscar! — mas la mujer la impidió.

— Yo ya estoy de salida, señorita. Está quedando tarde. Voy a despedirme rápidamente de mi hermano y partir. Fue un placer conoceros, señorita Clarke. ¡Desconfío de que seremos buenas amigas!

— El placer fue todo mío, señora. — Catherine se curvó y observó a la mujer encaminarse hacia el escritorio, para encontrar al hermano.

Sola, ella precisó respirar hondo varias veces. ¡Qué situación! Casi no consiguiera desviar con éxito de las conversaciones de Philippa. Ella armara una red y la lanzara en cima de la joven, y casi la había apañado. Mas creía que no había caído en el cebo. Notó las maniobras de la vizcondesa, de intentar descubrir si había interés mutuo entre ella y el duque y si un casamiento estaba en los planes de ambos. ¿Cómo eso era posible? Era hasta dulce de la mujer pensar así, mas ella era apenas una criada sin familia de posesiones... bien, podía decir que ni siquiera tenía familia. ¿Qué un duque en la posición de Sebastian St. John vería en ella, además de divertimento?

Algunos minutos después, lord St. John salió del escritorio, caminando con un poco más despacio. Había sido una tarde de fuertes

emociones. Él debía estar cansado.

— ¡Es siempre muy bueno ver a mi hermana! ¡Ella es como una brisa suave! — confesó él, para en seguida torcer la nariz, mientras se acomodaba en la poltrona. — Ya Benedict...

— ¿Cuándo comenzasteis a desavenirnos con vuestro hermano, milord? — era una pregunta genuina.

— Hacía tanto tiempo que mal me acuerdo. — Sebastian llevó la mano a la frente, inclinando la cabeza para atrás. — ¡Infierno, estoy con tanta dolor de cabeza!

— Tuvisteis una tarde intensa, milord...

— Sí... — él la interrumpió, una sonrisa insinuante en su boca. — Fue una tarde intensa...

Catherine sabía que se ruborizaba, mas fingió no notar el doble sentido de sus frases y prosiguió.

— Deberíais acostaros un poco.

Él suspiró y entonces gesticuló.

— A propósito. Iréis a la modista mañana. — comunicó con firmeza. — ¡No soporto más veros con tantos tonos de azul!

Catherine bufó una risa divertida.

— Mas gusto de azul, milord...

— Apenas obedecedme, señorita Clarke. — el duque giró los ojos, intentando levantarse. Ella prontamente fue a ayudarlo. — Puedo hacer eso solo...

— ¡Aún no podéis, milord! — ella se encajó bajo su hombro, sirviendo de apoyo para que él se levantase.

— Creo que ya os dije que me llamaseis por mi nombre, cuando estuviésemos solos. — refunfuñó él, mientras ella le ayudaba a subir los peldaños lentamente.

— Eso no es apropiado, milord...

— ¡Sebastian! — corregía.

— ¡Milord! — ella terqueó, aunque sonriese.

Cuando llegaron al aposento, él estaba extremadamente cansado, y al acostarse en la cama, suspiró.

— Podríais acostaros a mi lado.

— Ora, ¿cómo osáis, milord? ¡Es claro que no puedo! — aun indignada, ella aún sonreía.

— Cobarde. — él dijo ya de ojos cerrados.

— Dormid bien... Sebastian.

Ella notó la sonrisa de él, poco antes de que él cayese pesadamente en el sueño. Claude é uma IA e pode cometer erros. Por favor, verifique as respostas.



Capítulo Ocho



Sebastian despertó sintiéndose extremadamente mal en aquella mañana, y aunque la temperatura no estuviese tan baja, él no cogitaba dejar la cama. Catherine entrara en el cuarto hacía poco, miró hacia él debajo de las cobijas, mas no dijo nada. Ella sabía que él no estaba bien. Volvió en seguida con el desayuno.

— No estoy con hambre, pequeño jazmín. — el lord dijo, haciendo una mueca al mirar la comida.

— ¡Intentad, por favor! Sabéis que precisáis alimentaros, milord. O enflaqueceréis nuevamente. — alertó ella, colocando la mano en la frente del hombre para sentir si estaba caliente.

El duque sostuvo la mano de ella en la suya, sintiéndola caliente en contacto con la suya tan fría, y la llevó a los labios, besando la piel suave. Catherine inspiró, comprimió los labios y se alejó, dando las espaldas a él, las manos en la cintura.

— ¡No entiendo lo que acontece con el señor! ¡Hay días que os sentís revigorado, y en otros, mal conseguís salir de la cama! — ella se volvió hacia él, una mirada de preocupación en su rostro. — ¿Debo llamar al médico?

— Nada de médicos hoy. Quedaré bien. Preciso apenas descansar.

— Entonces, — Catherine se sentó en la orilla de la cama, los ojos en súplica. — Intentad comer un poco. — Él refunfuñó y ella colocó su mano en la faz de él. — ¡Por favor, Sebastian!

El duque de Eninston la encaró. Había algo diferente brillando en la mirada de él que ella no conseguía identificar. Entonces él cedió.

— Está bien. Intentaré tragar algo...

— ¡Perfecto! — Catherine se animó, ayudándole a colocarse sentado y corre a coger la bandeja con tarta de nata, panecillos de maíz recién horneados y un té fortificante que cogió del libro de su abuela. Era como si

ella adivinase que él precisaría de aquello en aquella mañana. — ¿Queréis que yo os ayude?

— ¡No soy un bebé! — retrucó, hurgando sin voluntad en la tarta. — Puedo arreglármelas.

— Si precisáis, es solo decirme. — ella se alejó, asistiendo, penalizada, él colocar un pedazo de la tarta en la boca.

Para no quedar mirando hacia él, que posiblemente se sentiría incómodo, comenzó a arreglar las cosas en el cuarto. Catherine notó que los candelabros del lugar precisaban de una buena limpieza. Comenzó a recogerlos para llevar a la cocina, donde podría lavarlos. Estaba recogiendo el tercero, cuando notó una vela, ya derretida, que destonaba de las demás.

— ¿Por qué esa difiere de las otras? — dijo casi que para sí misma, mas el duque la oyó.

— Yo no sé. — dijo pausadamente, masticando un pedazo de pan de maíz ahora. — Es Edward quien se encarga de trocar las velas toda noche.

— Entendí. — dando de hombros, ella recogió aquel candelabro y algo le llamó la atención. El olor que la perturbaba tanto, venía específicamente de aquella vela.

Ella la alejó de la nariz rápidamente, contorciendo la expresión. Ponderó preguntar al duque, si sabía el porqué de ella oler así, mas él estaba tan compenetrado alimentándose, que no quiso interrumpirlo. Recogió la pieza, retiró el resquicio de la vela que restaba, la lanzó por la ventana y aprovechó para abrir todas las otras, para que el cuarto quedase bien aireado.

— Me gustaría que me hiciese compañía hoy a la tarde, mas ya arreglé otro compromiso para la señorita.

Catherine frunció la frente, sin entender.

— ¿Cuál otro compromiso yo podría tener, milord, cuando todo lo que tengo que hacer es estar a vuestro lado? — preguntó, confusa.

— Iréis a la modista. Gustaría de acompañarla, sería un paseo divertido, mas como podéis ver, no será posible que eso ocurra hoy.

— Puedo ir otro día, milord. Prefiero quedar aquí ya que el señor no está bien. — Catherine argumentó, determinada.

Sebastian se recostó en la cama, probando del té. Él la encaró con los ojos azules intensos, desconcertándola, desarmándola.

— Vuestra necesidad de vestimentas adecuadas al frío es más importante en ese momento, que quedar al lado de un sujeto malhumorado

como yo, señorita. Estoy pensando en vuestro bien. Apenas obedecedme, ¿está bien?

Catherine aún quería retrucar, mas acabó cediendo, conmovida por la preocupación de él con su bienestar. Hacía tiempos nadie se incomodaba así con ella... Bien, tal vez nunca tuviese tenido a alguien así en su vida.

— Está bien.

— ¡Excelente! Una criada os acompañará.

Sin más qué hacer, Catherine aceptó, bajando la cabeza.

— Está bien, milord, si es eso lo que queréis, yo iré. Mas por ahora, ¿qué puedo hacer para que os sintáis mejor? — quiso saber ella, parando al lado de la cama.

El duque la encaró, la mirada, aun cuando tomada por el cansancio, cargando una punta de malicia.

— ¡Yo podría pensar en tantas cosas, señorita Clarke! — su tono era bajo y peligrosamente sensual. — No obstante, me encuentro sin fuerzas para satisfaceros o mismo apreciar lo que gustaría de hacer.

Catherine sintió las mejillas arder, al entender a lo que él se refería. Bajó la cabeza, encarando el suelo.

Con un suspiro, el duque abandonó la taza sobre el platillo e indicó que ella retirase la bandeja, con la comida por la mitad.

— Yo solo preciso de algunas horas más de sueño.

Sin saber más qué hacer, Catherine apenas asintió, recogiendo la bandeja, colocando los candelabros en una sábana, para facilitar cargarlos, mientras observaba al duque meterse bajo las cobijas nuevamente. Cerró la puerta sin hacer ruidos y, ya del lado de afuera, suspiró frustrada y triste.

Mientras ella descendía las escaleras e iba hasta la cocina, pensó seriamente en lo que podría estar aconteciendo con lord St. John. Ella no era médica, era obvio, no tenía el mínimo conocimiento para que comprendiese sobre esos asuntos. Mas ¿qué más podría hacer, si ni los doctores estudiados sabían lo que el hombre tenía?

Después de dejar la comida en la cocina, la moza subió a su cuarto, donde se dedicaba a leer los libros que cogió prestados de la biblioteca del duque, y que se basaban en estudios sobre el cuerpo humano. Ella prefería los romances, no obstante, aun sabiendo que sería muy poco probable que encontrase una respuesta en uno de esos libros, tal vez algo la ayudase a cuidar mejor del lord St. John.

Dejó que el duque durmiese toda mañana, yendo de tiempos en tiempos a observarlo. Llegando al punto de colocar la mano próxima de su nariz, para confirmar si él aún respiraba, cuando estaba muy quieto. En una de esas investigaciones, ella no resistió y tocó la faz ya áspera de él con cariño y sonrió. Él ya estaba precisando afeitarse nuevamente, aunque Catherine le hallase extremadamente atractivo con aquella sombra oscura de la barba cerrada en su faz.

Cuando llegó la hora del almuerzo, nuevamente ella hizo el camino de las escaleras cargando una bandeja de comida, y al abrir la puerta del cuarto, encontró al hombre con los ojos encendidos en la dirección de ella.

— ¡Estáis despierto! — ella exclamó sonriendo, aliviada. — Espero que estéis con hambre. Hoy tenemos carne asada, patatas, zanahorias y pudín de sobremesa. — Catherine esperó que él se sentase, y colocó la bandeja sobre las piernas del lord.

Sebastian estaba con hambre y sintiéndose con un poco más de energía. Dormir un poco además de lo que solía había surtido efecto. Quedó feliz por tener fuerzas suficientes para cortar la carne. Suculenta, se deshacía, y era igualmente sabrosa. Él probó las patatas, salpicadas de romero.

— ¡El señor me parece bien mejor ahora! — la moza comentó al lado de él, y él demoró la mirada sobre la faz bonita, en la sonrisa larga y los ojos brillantes.

— Yo os dije que solo precisaba de algunas horas más de sueño. Y tengo certeza de que me sentiré aún mejor después de comer. — el duque dijo mientras limpiaba la boca con una servilleta de tejido.

— Sí, yo también creo.

Catherine se sentó en la silla al lado de la chimenea, esperando que él comiese. No había prisa. Ella podría quedar allí por horas, apenas esperando que él se alimentase, y estaba todo bien. Con un suspiro aliviado, su mirada se enfocó del lado de afuera. Y como la casa quedaba en una calle tranquila, en el área más prestigiada de Londres, era posible observar las otras grandes construcciones, la del frente, con grandes y largas hiedras que descendían por las paredes de ladrillos rojos. Era un lugar donde ella pasaría tranquilamente el resto de sus días. Ella frunció el ceño ante tal pensamiento. Probablemente quedaría por allí hasta que el duque estuviese mejor. Cuando él estuviese completamente saludable, no tenía por qué

retenerlo allí, visto que la casa ya tenía muchos criados. Inconscientemente, restregó una mano en la otra, sintiendo una amargura tomar su íntimo.

— Una libra por vuestros pensamientos, dulce Catherine.

La moza se sobresaltó cuando dio con la mirada escrutadora de él sobre ella. Riendo nerviosamente, Catherine bajó la cabeza.

— Nada importante, milord. — se colocó de pie y se aproximó de la cama.

— Yo dudo, ya que vuestra frente estaba fruncida, demostrando preocupación.

— ¿Terminasteis? — inquirió, satisfecha al notar el plato vacío.

Él asintió y retiró la bandeja de su regazo y la dejó sobre la mesita al lado. Cuando fue a recoger la servilleta dejada sobre el regazo de él, Sebastian agarró su pulso, manteniéndola cerca, examinando su rostro.

— Decidme lo que os preocupa, señorita Clarke.

Perderos, podría decir y ese pensamiento la asustó, haciéndola tragar en seco.

Empero, forzó una sonrisa relajada.

— Yo estaba apenas pensando que luego iré a la modista. No estoy habituada a eso. A propósito. Nunca estuve en una.

— No os preocupéis con eso. Di órdenes expresas que os traten muy bien. — fijando la mirada en sus labios, él corrió las puntas de los dedos por la faz de ella, que sintió un escalofrío recorrerla entera, haciéndola dar un paso atrás y libertarse del toque de él.

— ¿Deseáis algo más? — preguntó rápidamente, intentando aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

Sebastian recostó la cabeza en las almohadas y la examinó entera. Sí, él quería algo más. Una copa de vino, ella en sus brazos, bajo él en aquella cama, e hiciesen amor por toda la tarde. Mas el duque sabía que sus deseos eran indecentes de más, hasta para él. Empero, él podría apenas pedir que ella quedase allí con él un momento más.

Suspirando, a despecho de su deseo, dijo apenas.

— Ayudadme a salir de esta cama. Quiero ver un poco de la luz del día. — él pidió, jalando las cobijas para el lado.

Ella le sostuvo por los brazos, le irguió y él mudó los pasos despacio, caminando hasta la ventana, donde él se apoyó en el batiente, mientras encaraba por el vidrio empañado de su respiración el mundo allá afuera. Parecía haber más vida allá afuera que allí adentro, y todo lo que el

lord quería era estar del otro lado de la ventana. Él siempre fue un hombre activo, y estar en aquella situación era muy deprimente.

— Vuestra gracia debe haber tenido vida de los sueños antes. — ella habló con un aire de piedad que le cortó.

— Sí y no. — él respondió sin mirarla. — En verdad, yo creía que sí. Mas ahora veo cuánto llevaba una vida vacía y fútil. Nunca di valor a lo necesario. — había un tono triste en su voz.

— El señor tal vez debería encarar este momento difícil el cual está pasando, como una oportunidad para ver y vivir de forma diferente. Personalmente, puedo decir que ser colocada en la posición de una persona que cuida de otra, me hizo divisar la vida de otro modo. — Catherine confesó, sintiendo el pecho calentarse.

Él aún estaba de espaldas a ella, encarando la calle allá afuera. Había mucho lo que él pensar, poco lo que decir. Mas era facto, ella estaba cierta, el duque solo no encontraba las palabras correctas para responderle.

— ¿Cómo podéis? La señorita, con tan poca edad, tener una madurez de este tamaño? — Sebastian se volvió para verla. Le encaraba en silencio, con una expresión seria. No resistiendo, la sostuvo por el pulso nuevamente y la jaló para más cerca, colocando su mano en su pecho desnudo por la abertura de la camisa. — nunca presté atención a eso antes, en una mujer, mas me encuentro admirando eso en vos.

— Ser motivo de vuestra admiración no me parece correcto, milord. — ella dijo recelosa, conteniéndose para no deslizar los dedos por los pelos sedosos bajo su palma. La mano de él masajeó la suya, hizo que algo provocase cosquillas en su barriga.

Y él la presentó con una sonrisa gentil, seductora... Sí, ella ya conseguía percibir cuando había malicia en la sonrisa de él.

— Apenas aceptad mi elogio, mi pequeño jazmín. — una vez más, él besó el dorso de la mano de ella, los ojos azules profundos fijos en los de ella.

— ¿Por qué me llamáis así? — la joven sonrió, encabulada.

— Debido al olor que emana de vos. Yo gusto. — los dedos de él alcanzan un rizo de su cabello, jugando con él. — Ya percibí que viene de vuestros cabellos.

— Es un jabón perfumado que yo misma hago. Es una antigua receta de mi abuela. — explicó, perturbada con la proximidad de él.

— Bien, yo realmente gusto... Pequeño jazmín. — repitió, con voz suave.

— No sé si el señor debería llamarme así...

— Solo usaré ese apodo cuando estemos solos. Prometo. —

Sebastian parpadeó para la moza, que se ruborizó lindamente. — A veces pienso lo que puede haber llevado a la señorita a estar confinada en esta casa cuidando de un inválido, — dijo la última palabra de forma exagerada, teatral, girando los ojos. — cuando podía estar casada y rodeada de hijos.

— Mi destino es cuidar de las personas, milord. Ya acepté eso. Y además, no tuve muchas oportunidades de casamiento en la vida. Cuanto a los hijos, no sé si nací para eso. — refunfuñó ella, desabrida.

— Seríais una madre maravillosa, Catherine. No cuidaréis de mí para siempre, tengo fe, no porque moriré, mas porque un día estaré tan bien que no precisaré que cuidéis de mi salud. — Sebastian dijo sintiendo un gusto amargo en su boca. Dolíale decir esto.

Ella se erizó. ¿Y para dónde iría después de eso? ¿Qué haría cuando él no más precisase de ella? Catherine no sabía, y ni quería pensar en eso. No era hora. Bastaba vivir el ahora.

Irguió la mano para tocarlo, mas se reprimió, evitando el toque. No debería dar margen para algo que no existía. Que no podría existir.

— Yo podría decir que eso no me preocupa, mas para ser sincera, el mundo es cruel, milord. Lo que vi allá afuera haría a cualquiera temer la propia vida. — comentó ella, de cabeza baja.

Él irguió el mentón de ella, haciéndola mirarlo en los ojos.

— No precisáis temer más nada. Estáis segura ahora. — con el pulgar, él contorneó los labios de ella. — Sé que lo que acabo de decir puede sonar desanimador viniendo de mi actual situación, mas sabed que debido a mi influencia, mi patrimonio y mi posición social, estáis realmente segura. Bien... — con ojos semicerrados, llevó la mano de ella a los labios. — de los males exteriores. Mas cuanto a mí...

— Oh, no digáis esas cosas, vuestra gracia — ella prefería no entender lo que él decía, no obstante, a esa altura, su corazón estaba acelerado. — Tal vez debiese controlar vuestros instintos.

El duque dio un paso para más cerca, y la cercó con el brazo, por la cintura.

— Yo simplemente no los controlo cuando estáis por cerca. Decidme, pequeño jazmín. ¿Qué os saca del eje? — depositó un beso en el

cuello de ella, suave. Subió un poco, besó el mentón. — ¿Cuando recibís mis cariños y os entregáis a ellos? ¿Es de eso que gustáis?

— Soy una mujer racional, milord. — Catherine dijo de ojos cerrados, mientras aún había una parte de su mente funcionando por la lógica. — No soy atraída por dinero, por posición social, y mucho menos por palabras dulces.

Sebastian emmarco el rostro de ella con las manos, y besó las comisuras de su boca. Ella palmó la mano sobre el pecho de él, intentando conteniéndolo.

— ¿Estáis diciendo ser imposible seduciros? ¿No hay nada que os atraiga en un hombre? — intentó él, encarando los ojos oscuros de ella que se abrieron para contemplarlo.

Una ceja de ella se irguió, osada.

— Gusto de hombres inteligentes. — declaró.

Él chilló, ofendido.

— ¡Soy un hombre inteligente!

Es claro que Catherine sabía eso. Ella ya había percibido cuánto el duque era un hombre sabio. Y admiraba eso secretamente en él.

— ¿Entonces, yo debería estar atraída por el señor? — provocó.

Nuevamente, la sonrisa bonita de él estaba allá. Ella gustaba mucho.

— La señorita está atraída por mí. Solo sois orgullosa de más para admitir. — él se apoyó en la ventana, cansado de repente. Hubo una crisis de tos.

Ella luego se alarmó.

— Voy a llevaros hasta la cama, milord. — Catherine hizo que él se apoyase en ella y le condujo, acostándole despacio. — Voy a preparar un té. Está decidido, no iré a la modista hoy. No puedo dejaros solo.

— Estoy bien. Y me sentiré mejor si hacéis lo que pido. Quiero veros calentada, protegida del frío. Pedid a la criada traer el té, y después id hasta la modista. Mientras tanto, yo descansaré un poco más. — determinó él.

— Sí, milord. — Catherine, tentada a reluctar, mas se curvó y salió, dejándole solo.

Del lado de afuera ella pensó en cuánto el duque era terco, y también, que definitivamente ella precisaba descubrir lo que él tenía. Ya estaba apegada de más a él para dejarlo decaer ante sus ojos.



Capítulo Nueve



Catherine nunca fue una persona que dio mucho valor al dinero. Sabía el verdadero valor de las cosas. Su visión de mundo era completamente diferente de la de otras personas. Solo ella sabía cuánto precisó economizar para conseguir comprar un único vestido durante un año entero, el cual usaba tres veces en la semana. Mas también, ¿por qué ella iría a querer un vestido bonito en el fin de mundo en que moraba en aquella época? Lo máximo que usaría era para ir a la venta, comprar comida. Empero, ahora ella estaba yendo hasta la modista, en la carroza del duque, acompañada de la cocinera, la señora Elkins, que, pasado el primer día de extrañeza, pasó a tratarla con mucho cariño.

— El duque tiene mucho aprecio por ti, señorita Clarke. O él no os habría ordenado comprar vestimentas. — comentó la mujer, sonriendo muy animada, porque para ella era casi como el evento del año.

La joven concordó, los ojos expertos enfocados del lado de afuera.

— Confieso que me siento un poco cohibida por tal consideración con mi persona, señora Elkins. Mas Dios es la prueba que no pude hacer al duque mudar de idea cuanto a eso. Y tal vez, sea agradable encargarse de nuevos vestidos. — Catherine apretó la nariz contra el vidrio de la ventana cuando llegaron al centro de la ciudad.

La carroza paró con un traqueteo, el cochero apareció en la puerta, indicando que podían descender. Primero la criada, que trocó una sonrisa dulce con el hombre, y en seguida Catherine, que así que colocó los pies en el suelo, se sumergió en una profusión de aromas, colores y sensaciones.

La señora Elkins la sostuvo por el brazo y la hizo desviar del tránsito de personas. Estaban en frente a una tienda de botones, hilos y todo tipo de agujas. Catherine examinó con atención una aguja en formato curvado, el cual ella no sabía para qué servía. Un dedal de metal, el cual ya usó del mismo. Había ovillos de lana de todos los colores posibles, y pensó cuánto

tendría empeño de hacer una bufanda con el hilo azul si pudiese. No. Azul no. Sebastian... o mejor. El duque de Eninston estaba harto de azul. El pensamiento la hizo sonreír.

— Venid, la tienda de madame Steffens queda por aquí. — la mujer indicó, haciéndola pasar por un grupo de jóvenes risoñas, seguidas más atrás por las madres, que conversaban animadamente sobre un tema cualquiera.

Catherine sintió la confusión del lugar. Había olor de especias en el aire, clavo, canela y anís. Mas cuando pasaron por un lugar que se amontonaban carrozas en frente de una venta, el olor desagradable de estiércol llenó las narices de la moza. Ella torció la nariz.

La tienda de la modista era simple, mas muy bonita. Quedaba bien localizada, en la principal calle del centro de Londres, con una placa en hierro con el nombre Steffens bien dibujado, lo que debe haber exigido mucho trabajo del herrero. En la vitrina, había maniquíes femeninos con vestidos de la moda, en el color verde-oscuro, el más procurado entre las señoritas, y el rosa, que continúa siendo tendencia para la época.

— ¿Vamos a entrar, señora Elkins? — Catherine dijo animada, yendo en frente.

Había pocas personas en la tienda, y una mujer bonita, de lápiz labial rojo, rubia y en la casa de los cuarenta y pocos años fue hasta la moza, sonriendo largamente.

— Debe ser la señorita Clarke. Yo la esperaba. — habló tocando levemente el hombro de la joven y llevándola hasta el mostrador.

Catherine sonrió. El duque St. John realmente ya había avisado de su venida. Eso hizo a la señorita Clarke sentir el corazón calentado. Era agradable saber que existía alguien que tenía consideración por ella en ese mundo tan grande.

— Vuestra gracia debe haber dicho que preciso de uno o dos vestidos...

La mujer frunció la frente, hallando gracia de la situación.

— En verdad, el duque dijo, o mejor, determinó que sea hecho al mínimo diez vestidos de todos los colores que la señorita escogiere, más las piezas íntimas y de invierno. — ella sacó unos anteojos de una cajita de madera y los posicionó en el rostro, sin notar el mentón caído de la moza. — ¿Vamos a tomar las medidas?

— Espero aquí. Podéis ir. — la señora Elkins se sentó en un sofá rojo y se distrajo con un libro de tejidos dejado al lado.

Sin salida, Catherine siguió a madame Steffens hasta el interior del probador. La moza subió en un banquito, y la mujer comenzó a tomar las medidas exactas con una cinta, y anotar en un papel al lado.

— ¿Ya pensasteis en qué colores vais a querer? Personalmente, creo que el lila y el verde-oscuro quedarán bien en la señorita. ¿Qué creéis?

— Gusto de verde. Y gusto de azul, mas... — sabía que se ruborizaba y se interrumpió. — Ya tengo algunos de ese color. — dijo ella simplemente.

La mujer asintió, volviendo al trabajo.

Catherine no era una persona muy comunicativa, ya que poco dejaba su casa cuando moraba aún en el interior. Y no creía que precisaba mudar ese trazo de su personalidad. No obstante, ella se sentía bien en poder salir un poco de un ambiente tan cerrado. Aunque no pasase por su cabeza que cuidar, estar al lado de lord St. John fuese una tortura. No, para hablar la verdad, los últimos días al lado del duque fueron extremadamente satisfactorios. Y ella ni podía mencionar los avances deliciosos e inmorales que el hombre tuviera con ella. ¡Oh, Dios!

— Terminé. — concluyó la madame, dando la mano para que ella descendiese del banquito. — Tengo algunas piezas que ya puede llevar, pues no fueron vendidas. Van a suplir vuestra necesidad hasta que los ítems encargados queden listos. — la llevó de vuelta a la primera sala, y mientras la joven iba hasta la criada, ella fue a buscar las cajas.

— Señora Elkins, ¿creéis que puedo caminar por la acera por algunos instantes? Gustaría de tomar un poco de aire fresco.

— Id, mas, no os alejéis mucho, señorita. Podéis perderos fácilmente. — alertó la criada.

Catherine agradeció, tocando su brazo con la mano enguantada.

— Quedaré bien. No voy a alejarme, prometo. — y con esa garantía, ella se fue.

Cuando salió a la calle, los sonidos, los aromas y las sensaciones estaban allá nuevamente, y ella comenzó a sentirse parte de eso, porque eso era su vida, por ahora. Caminó despacio por la calle, mirando las vitrinas, las personas, los productos. ¿Por qué la miraban con tanta desconfianza? ¿Será que percibían que ella no era de allí? Era como si estuviese escrito en su frente "vine del medio de la nada". Bien, ella sabía que no tenía el

refinamiento de una moradora de Londres, entonces resolvió que ni debería importarse con eso.

De repente, sus ojos se extendieron y ella vio una caja de dátiles siendo vendida en la calle. Ella sabía lo que era porque vio en los libros que leyó, mas nunca comió, aun cuando siempre fuese un deseo. Determinada, ella se aproximó del puesto, para examinarlos.

Catherine abrió la bolsita, sacó las dos monedas que tenía, una vez que aún no había recibido su salario, ya que aún faltaban poco más de una semana para cerrar su mes de trabajo, y las mostró al vendedor, mordiendo el labio en anticipación.

— Eso no es suficiente, señorita. — el hombre dijo rudamente, pasando a ignorarla en seguida.

La joven se marchitó como una flor.

— Quiero seis de esas. — una voz atrás de ella sonó firme, y ella supo quién era inmediatamente.

Se volvió para encontrar a Benedict St. John, hermano del duque, encarándola con una sonrisa desconcertante. El vendedor, al reconocerlo, se curvó y abrió una larga sonrisa.

— ¡Claro, milord!

— Señorita Clarke. ¿Recordáis de mí? — él la saludó, tocando el ala de su sombrero. El vendedor embaló los dátiles y entregó a él, que le pagó y le dio las espaldas.

— Señor, ¿cómo estáis? — ella no quería ser grosera, aunque se haya recordado de su conversación con la vizcondesa y la antipatía ya había sido instalada. No obstante, le trataba con gentileza, ya que era una persona educada y no más que una simple criada.

— Espero que sean dulces. — entregó las frutas a ella, que sostuvo el saco de papel con asombro.

— Yo no sé si puedo aceptarlas, señor...

— No podéis. Debéis. — Benedict indicó el camino para ella, que se vio siguiéndolo. ¿Por qué diablos ella estaba caminando con él? ¿Eso no era inmoral? Ella no tenía idea. Solo no sabía cómo despedirlo sin parecer una muchacha sin modos. — Me extraña que mi hermano no haya disponibilizado una cuantía de gastos para que la señorita viva.

— ¡Él no tendría por qué hacerlo! ¡Soy apenas su criada! Y seré remunerada por mis servicios. — ella miró de canto hacia él, que continuó sonriendo. Infierno, ¿por qué él era tan hermoso? ¿Y por qué la

desconcertaba? Aun cuando tuviese cierta repulsa por él, tenía que admitir que era un hombre interesante y que no tenía nada parecido con el hermano, ninguno, un único trazo.

— ¿Cómo está mi hermano?

— ¿Queréis realmente saber? — la moza se arrepintió inmediatamente de lo que había acabado de decir, mas el lord apenas rió de su impertinencia. Entonces ella prosiguió. — El duque cree que el señor no se importa con la salud de él.

Benedict arregló la chistera en la cabeza y la encaró, ahora muy serio, los ojos tan cargados de odio que la hizo erizarse.

— Él está cierto, señorita Clarke. Yo realmente no me importo. — su voz salió ronca, y ella automáticamente sabía que era de rabia.

Apretando el saquito de dátiles contra el pecho, Catherine quedó quieta, entendiendo en aquel momento que las cosas eran más difíciles de lo que ella imaginaba en aquella familia.

— Mas él es vuestro hermano, señor. Si me permitís preguntar, ¿qué os hace odiarle tanto? — cuestionó ella, los ojos vistoriando el rostro de él.

El lord la sostuvo por el codo, para el lado, para evitar que otras personas que pasaban chocasen en ella, de esa forma dejándola bien próxima de él. Estaban debajo de una marquesina, mientras una carreta pasó cargada de suministros.

— ¿Mi hermano no os contó nada? — inquirió, mirándola de arriba.

— ¡Lógicamente que no, milord!

— Bien, si él no dijo ninguna palabra sobre, no soy yo quien hacerlo. Como podéis imaginar, mi dulce señorita, hay muchos secretos en nuestra familia.

— Yo entiendo. — la joven suspiró. — No quiero involucrarme en la familia del señor y del duque, mas creo realmente que deberían intentar entenderse.

— ¡Ah, dulce niña inocente! — Benedict meneaba la cabeza, pareciendo divertirse. — Nada es así tan fácil. Y las oportunidades para que eso acontezca se acabaron. — indicando que ella siguiese el camino, mudó deliberadamente de asunto. — Perdonadme la indelicada curiosidad, señorita, mas ¿sois comprometida? — antes de que ella respondiese, el hombre continuó. — Creo que no, pues no estaríais cuidando de un hombre con el pie en la fosa.

Catherine quedó lastimada con la forma con la cual se dirigía al duque.

— ¡No digáis una cosa tan horrible de vuestro hermano, señor! ¡Él no morirá!

— ¿No? — él no disfrazó un tono de desánimo.

— ¡No tan breve como el señor desea! — retrucó bajito, tomada de coraje que no debía tener.

Benedict irguió una ceja y un canto de la boca, maliciosamente.

— ¿Cómo podéis saber lo que yo deseo?

Catherine sintió las mejillas calientes, sabiendo que se ruborizaba, cuando notó el flirteo descarado del noble. Desvió la mirada y se hizo de desentendida.

— Mas, — St. John proseguía. — ¿creéis mismo en eso? ¿Que él no morirá tan pronto? — cuando ella señaló que sí, el mismo continuó. — Debería estar gastando vuestro precioso tiempo pensando en otras cosas, señorita Clarke. Podría estar divirtiéndoo, por ejemplo. — la sonrisa maliciosa y de un verdadero pecador nunca salía de sus labios.

— ¿Perdón? — ella no entendió adonde el hombre quería llegar.

El hombre sacó un papelito de dentro del bolsillo del casaco y colocó en las manos de ella. Había una dirección escrita allí.

— Podemos beber alguna cosa, jugar y divertirnos. — parpadeó para ella, llevó su mano a los labios, besándola más demoradamente de lo que debería y, con un gesto de cabeza, él se despidió de ella, dejándola aturdida, chocada con el convite audaz. — Hasta luego, señorita Clarke. Mandad recuerdos míos al duque. Y pensad con cariño en mi convite.

Él se fue, mientras Catherine aún tenía el papel en la palma de la mano. Ella aún se encontraba en completo choque, sin conseguir creer que Benedict St. John había acabado de insinuar que ellos podrían encontrarse para... ¡Por Dios!

— ¡Señorita Clarke! — era la señora Elkins aproximándose con tres cajas atiborradas de ropas en los brazos. — El cochero está esperándonos.

— Podemos ir. — Catherine la acompañó, arrugando rápidamente el papel y lanzándolo dentro de la bolsita.

— ¿Qué compró la señorita ahí? — quería saber la criada.

— Dátiles. — la joven respondió sin prestar mucha atención.

Luego ellas estaban dentro de la carroza rumbo a la casa del duque. La señora Elkins parloteaba mucho, hablando de las nuevas estampas que

había visto en la modista, mientras degustaba uno de los dátiles que Catherine le diera. Esta seguía en silencio. Tenía mucho en qué pensar. Ya había entendido que Benedict era un hombre conturbado, por lo que habló el duque y la vizcondesa, mas no imaginaba que sería tan abusado. Cuanto a lo que aconteció en aquella tarde, no diría a nadie, mucho menos a lord St. John. Él no merecía sufrir por un hermano que no se importaba con él.

Más tarde, el duque aguardaba ansioso para que ella viniese a traer la comida. En verdad, esperaba que la señorita Clarke viniese a verlo, así que llegó de la modista, mas eso no aconteció. Consideró pedir que la llamase, mas creyó que sonaría inconveniente, una vez que pasara bien la tarde en la biblioteca, intentando trabajar un poco. Sus negocios estaban quedando de más en las manos de sus abogados. Confiaba plenamente en ellos, mas precisaba quedar de ojo.

Dedillando en el tope de la mesa, él notó que, últimamente, esperaba siempre por ella. Y la señorita Clarke al fin aparecía. Mas de esta vez no estaba sonriendo. ¿Qué había acontecido con ella?

— Hoy tenemos pato guisado. Y, como estáis por aquí y no en vuestros aposentos, creí que tal vez gustaría de comer en la sala de comedor.

— Es bueno. — y en seguida preguntó directamente. — ¿Cómo fue hoy?

— Bien. — dijo apenas, con una sonrisa débil. — ¿Cómo pasasteis la tarde sin mí? — bromeó, sin mucho humor.

Sebastian inspiró despacio y la contempló.

— Fue tediosa. — ella rió bajito, y él gustó de eso. — Vuestra presencia hace mi día quedar más... Movimentado. Me pregunté varias veces durante esta tarde qué sería de mí sin la señorita a mi lado. — acrecentó, teatralmente, aproximándose de ella.

— ¿Qué respuesta encontrasteis, milord? — Catherine encajó su brazo en el de él, cuando le ofreció, mientras se apoyaba con la otra en el bastón.

— Yo sería un harapo de hombre, exactamente como yo era antes de que llegase aquí. — Sebastian llevó la mano de ella a los labios y la besó dulcemente. — ¿Es malo que yo esté tornándome dependiente de la presencia de la señorita?

Ella le encaró por un momento. ¿El lord estaría hablando serio? ¿O apenas jugaba con ella?

— Creo que tendríamos un grande problema, en verdad.
Dependencias nunca son buenas...



Capítulo Diez



Sebastian miró hacia la enorme mesa de madera. Habían meses que no se sentaba allí para degustar una comida. Sonrió, mientras esperaba que Catherine le trajese la cena. Se sentía cansado, era verdad. Mas, pasar un tiempo más lejos de la cama era bueno. Frunciendo el ceño, percibió que ese pensamiento era nuevo. Sí, él quería mejorar y dejar de una vez aquella cama, aquel aposento. Mas, aunque aún tuviese por lo qué esforzarse, con la llegada de Catherine, esa voluntad de cura, de volver a ser el hombre que era antes estaba mucho más intensa.

Dedilló distraidamente sobre el tope de la mesa, cubierta por un mantel inmaculadamente blanco. Había prometido a su padre en el lecho de muerte, que no dejaría el nombre de él morir. El ducado de Eninston tenía que seguir. Cuando el duque Noah murió, Sebastian y Benedict ya eran adultos y su hermano no tenía la mínima pretensión de casarse. Cuanto a él... El lord Noah con certeza habría preferido un nieto con su sangre...

Catherine surgió trayendo su comida y le sacó de su devaneo. Y, así, simplemente, una sonrisa brotó en su boca, al verla. Aquella muchacha, de modo fácil, estaba llenando sus días de luz. De deseo. Un deseo que crecía a cada vez que la veía, o que apenas pensase en ella. Llegó a creer que eso se debía por ser una mujer bonita, joven en torno de él, después de mucho tiempo, mas ya había desistido de agarrarse en esa hipótesis. Lo que sentía era por ella. Por Catherine Clarke.

— ¿Por qué no estáis usando uno de los vestidos que trajisteis? — inquirió, cuando él terminaba de servirlo.

— Es que ellos son tan lindos que estoy esperando una oportunidad especial para usarlos. — ella le sonrió. — Bobería, ¿no es? ¿Qué oportunidad podría surgir?

— Usadlos, señorita Clarke. Cuando esa oportunidad surja, yo os compraré vestidos nuevos.

— ¡El señor no es obligado a costear mis ropas, milord! — Catherine regañó, cuando colocaba los cubiertos ante él.

Sebastian buscó su mano, llevándola a los labios.

— No soy. Mas quiero. — besó suavemente el dorso de ella, los ojos cargados de insinuaciones.

Catherine jadeó con el poder de esa mirada y retiró la mano rápidamente, antes de que algunos de los criados apareciesen.

— Milord...

— Sebastian, mi pequeño jazmín.

— ¡Milord! — la moza insistió, firme de esa vez. — Tenemos que definir límites para nuestra relación. El señor debe saber que esa situación es insostenible. Sé que no estoy a la altura de ser cortejada por un duque, no tengo siquiera posición para eso y, no soy tan inocente así. Sé que vuestra gracia quiere apenas... — ella limpió la garganta, porque era difícil decir aquellas cosas, mas, precisaba colocar un límite, porque los hermanos de la familia St. John estaban formando una idea muy errada de ella y eso tenía que acabar. ¡Catherine precisaba colocar un fin en esa historia! — jugar conmigo y eso no está cierto. ¡Por lo tanto, dejemos esa relación apenas en el ámbito profesional, por favor! — y, haciendo una reverencia, volvió a la cocina con el corazón batiendo desacompañado.

Era uno de los días en que Catherine se sentía extraña sin motivo. Había algo diferente en su corazón, que apretaba y angustiaba. Ella no sabría decir lo que era, mas tal vez, pensaba ella, se debiese a su pasado que aún permeaba su mente. Era difícil olvidar lo que había pasado, las marcas de un pasado triste estaban clavadas en su pecho como garras de un animal. Y la joven ni era tan pesimista así. Pensó en Leo. Sentía mucha la falta de él, aunque ya hicieran algunos años de su muerte. Él vivió hasta los doce años, entre altos y bajos, mas llenó los días de Catherine de mucho amor. Su madre, Arabela, la mujer más linda que ya vio en la vida, era hija de nobles y abdicó de todo para casarse con Arthur. Este nunca escondió que había escogido a Arabela por creer que conseguiría posición social y fortuna, venida de los suegros. Mas ella fue desheredada, después de no desistir de casarse con un hombre simple y sin familia tradicional. Después del casamiento, su padre se había tornado un ser amargo, que vivía lanzando en la cara de la esposa que ella, de pote de oro, se había transformado en una carga para él. Entonces, de lo poco que traía a casa, grande parte era gastada con bebidas, juego y otras mujeres. Arabela tuvo una vida infeliz. Siendo

muy culta, hizo cuestión de que Catherine estudiase, aun cuando fuese en la humilde escuela de la villa. El embarazo de Leo fue complicado desde el inicio. Arabela pasó casi toda ella de cama. Y, cuando él nació, ella ni llegó a conocerlo. La partera dijo que ella tuvo una fuerte hemorragia y partió. Fue el primer peor día en la vida de Catherine. A los nueve años, ella se vio sin su sostén. Mas, ganó un ángel en su vida. Leonard. ¡Tan pequeño e indefenso! Ella juró protegerlo con su vida y así fue. Cuando él partió, a los doce años, ella se tornó una persona solitaria, ya que no tenía amigos. Luego su padre enfermó y, que eso no la tornase una persona mala, mas ella gustó, pues él dejó de quedar en su pie, insistiendo en que ella se casase con el señor Brown, el vecino desdentado, para que le trajese dinero que había perdido en juegos y mujeres.

Desde el día en que dijo unas verdades al lord St. John, él estaba más serio. Casi no se hablaban además de lo necesario y... él nunca más se había insinuado o tocado en ella. Catherine sabía que debía ser así, mas... Tenía que admitir que sentía falta del antiguo duque.

Respiró hondo, mientras trocaba la vela del cuarto del duque. Miró hacia la pieza en su mano, frunciendo el ceño. Había hecho eso en los últimos días. Antes de dormir, siempre iba al cuarto del milord, a ver si precisaba de alguna cosa. En la mayoría de las veces, él la despedía con un gesto de mano. A veces él ya estaba acomodado para dormir, otras leyendo algo en la mesa de canto. Mientras estaba distraído, ella retiraba la vela, sustituyendo por otra y entonces dejaba el cuarto.

Para su alegría, St. John estaba mejorando a ojos vistos. Despertaba dispuesto. Muchas veces hasta aun antes de ella. Y, en los últimos dos días, el hombre ni más hacía sus comidas en el cuarto. Hacía cuestión de descender y tomar el desayuno en el atrio, cuando no había viento fuerte. El bastón ahora era usado muy esporádicamente.

Ahora, en su cuarto, sosteniendo la tal vela, un pensamiento le ocurrió. Un pensamiento bien incómodo. La mejora a ojos vistos del duque de Eninston había comenzado cuando ella pasó a retirar aquella pieza del cuarto. Ella tenía el hábito de dormir sin cualquier vela encendida, mas el milord dejaba algunas encendidas a la noche. Y aquella era una de ellas. ¿Estaba quedando loca?, se preguntó, llevando el objeto de cera hasta la nariz y retrocediendo en seguida, cuando una ola de náusea la tomó. ¿Por qué ella olía tan mal? Hasta apariencia difería, siendo un poco más opaca que las otras. ¡No! No era cosa de su cabeza.

Mas, esperad, si eso fuese realmente verdad... ¿Alguien estaba intentando envenenar al duque? Se recordó de que Sebastian había dicho que era Edward quien colocaba aquella vela en el cuarto de él... ¡El corazón de Catherine casi paró! ¿Por qué el primo estaría haciendo aquello? ¿Con qué propósito? Los ojos de ella se arregalaron cuando una sospecha le vino a la mente. ¡El hermano del lord! ¡Benedict St. John! ¿Él estaría pagando a Edward para hacer aquello? Oh, ¿él tendría coraje de hacer eso? A propósito, ¿era posible envenenar a alguien a través de una simple vela?

Su cabeza estaba a mil. No diría nada a Sebastian, porque al fin y al cabo, era apenas una sospecha. Muy fuerte, mas aún una sospecha. Ella quedaría alerta a partir de aquel momento.

En la mañana siguiente, ella batía a la puerta. Entró después de tener permiso.

— Buenos días, vuestra gracia. — ella dijo, encontrándolo a la mesa, acabando de escribir una carta.

— Buenos días, señorita Clarke. Preparad la mesa del desayuno. Yo ya desciendo. — Sí, él ya hasta conseguía descender los peldaños de la larga escalera ahora solo.

Del lado de afuera, Catherine pensaba estar viviendo en un terrible y turbulento mar de confusión, había comenzado a trabajar para un hombre que tenía cerca a una persona, la cual ella consideraba ambicioso, cínico y, a lo que todo indicaba, cruel al punto de intentar matar al propio hermano. Mientras ella descendía hasta la cocina, reflexionaba si debería investigar sus sospechas. Mas ¿cómo? ¿Qué tipo de conocimiento ella tenía para tal hecho? Oh, ¿debería buscar ayuda de una persona externa? Ella solo sabía que lord St. John no podría desconfiar de nada, y ella continuaría trocando las velas, sin que cualquiera, inclusive el villano de este embate, desconfiase.

Cuando llegó a la cocina, se detuvo al encontrar a Edward conversando con la cocinera.

— ¿Él despertó? — el hombre preguntó, mientras llevaba una taza de té a los labios.

— Sí. — respondió con una sonrisa forzada en los labios. — ¿El desayuno de él está listo? — ¿cómo podría convivir normalmente con el primo, si sospechaba de que estuviese intentando matar al duque?

— Casi listo, señorita Clarke. — la señora Elkins informó, moviendo en las ollas. — ¿Cómo despertó hoy?

— Muy bien, para hablar la verdad, mejor que ayer. Él ha mejorado mucho, ¿no creéis, primo? — preguntó al hombre que dio apenas de hombros.

— Vamos a ver hasta cuándo. — dijo apenas.

Catherine tragó en seco. Ella le examinó, mientras volvía a conversar animadamente con la cocinera.

— Gustaría de preparar cordero para el almuerzo hoy. — sugirió, recogiendo la bandeja que la señora Elkins había acabado de preparar. — ¿Pueden conseguir una pieza de carne para eso?

— Con certeza, prima. Yo mismo me encargaré de comprar. — Edward luego salió de la cocina, dejando el té humeante sobre la mesa.

Catherine paró un instante, pensativa. ¿Habría algún riesgo de que el sujeto intentase colocar algo en la carne? Ella tragó en seco, pensando que tendría que redoblar sus cuidados a partir de aquel momento.

Señora Elkins estrechó los ojos hacia Catherine, que continuaba parada allí en su frente, contemplándola con interés.

— ¿Está todo bien, señorita Clarke?

Sobresaltándose, Catherine notó que estuviera parada, mirando hacia la nada con la bandeja en la mano.

— ¡No! ¡Nada! ¡Bobería! Tal vez yo solo esté más alegre por el hecho de que tengo abrigo para protegerme del frío en este invierno. Oh, oí a las criadas decir que este será uno de los inviernos más rigurosos de los últimos años. — rodeó, rápidamente.

La mujer suspiró, volviendo a mover la olla en el fuego.

— La primera nieve ya llegó, hacía algunos días, mas dicen los más viejos, que la próxima nevada será más intensa. — ella posicionó la mano sobre el pecho y sonrió. — Soy una admiradora de los días que la capa blanca cubre el suelo.

— De facto, es muy emocionante. — Catherine concordó. — Preciso llevar la comida del duque. Gracias, señora Elkins.

— Imaginad, niña. ¡Es mi trabajo!

Cuando alcanzó la sala de comedor, donde el duque se había acomodado, ya que la mañana estaba bien fría en aquel día, le encontró vestido impecablemente, con una camisa blanca, pañuelo gris, y casaco, pantalón y bota negras muy bien lustradas. El cabello estaba peinado para el lado, y él parecía un hombre de perfecta salud. Ella suspiró. ¡St. John era muy hermoso!

Aún más ahora que se recuperaba. El corazón de ella disparaba a cada vez que le examinaba. Estaba quedando muy recelosa de sus sentimientos en relación al duque de Eninston.

Notó que él tenía los ojos fijos en el arreglo en el centro de la mesa, como si estuviese muy distante.

— ¿En qué estáis pensando, vuestra gracia? — ella se atrevió a preguntar, cuando comenzó a servirlo.

Sebastian la encaró, quieto, por algunos segundos. Entonces suspiró y una leve sonrisa maliciosa se formó en el canto de su boca y él dijo, bajo y roncamente:

— Creo que yo os dejaría chocada si os dijese mis pensamientos en ese momento.

La moza se ruborizó, bajó su mirada de la de él y terminó de colocar la mesa en silencio. Después se retiró con una reverencia.

Él no había mentido. Realmente la chocaría, si le contase que el pensamiento de tomarla sobre aquella mesa le asombraba, instantes antes de que ella apareciese. Con su mejora, sus instintos también estaban más aflorados, coincidiendo con el pedido de ella para alejarse. Mas, aun cuando no la tocase más, que no la besase, solo de tenerla en torno de él, ya era más que suficiente para dejarlo atizado. Ella era dulce, inteligente y estaba aún más bonita en los vestidos nuevos. Tenía sueños calientes con la señorita Clarke, donde ella le recibía entregada. Sebastian estaba al punto de enloquecer de deseo, mas... ¿Qué podría ofrecer en trueque? ¡Era obvio que ella nunca aceptaría ser solamente su amante! Y él no pretendía proponerle matrimonio. Ni a ella y ni a nadie.

Mientras masticaba un pedazo de pan, Sebastian se recordó de que el hermano había mandado avisar que le visitaría en aquella tarde, y, dada la última visita de Benedict, de lo que le traería allí: dinero. Muy probablemente acabaría cediendo, mas sería más duro de esa vez. Estaba cansado de ser bueno y comprensible con Benedict. ¡Él ya no era ningún niño! ¡Estaba a punto de completar treinta años! ¡Debía arreglar una buena moza para casarse! Desconfiaba de que el otro evitaba el matrimonio, justamente por saber que era lo que Sebastian esperaba de él. Es obvio que existían muchos motivos para que el hermano le odiase, mas el duque pensaba que simplemente no tenía culpa de nada. Él, más que nadie, era víctima de un pasado fatídico.

¿Cómo estarían sus padres si viesen en lo que la familia se tornara? Los mismos padres que se habían amado, aun con todos los percances, que habían constituido una familia, aun cuando con diferencias consistentes entre los hijos... Realmente, ellos se sentirían desilusionados por toda la desunión que imperaba ahora.

Mas ¿qué Sebastian podía hacer? Anthony aún tenía la excusa de que estaba estudiando. Mas, ese era otro que no le engañaba. Sí, estaba estudiando, para Sebastian bien sabía que el joven vivía colocándose en confusiones por causa de mujeres por donde pasaba.

Ahora, con Benedict, había problemas aún más serios. Él ya había sido jurado de muerte por varios maridos traicionados de la alta sociedad. Y, rumores fuertes llegaban hasta sus oídos, que él estaba recurriendo a sustancias no usuales. Entonces, Sebastian vivía en la expectativa de que un día recibiría la noticia de que el hermano fue muerto o preso.



Capítulo Once



Por la tarde, lord St. John esperó por el hermano en su escritorio, mientras bebía a sorbos una copa de vino, aun con la reluctancia de la señorita Clarke sobre eso. Él mismo hizo cuestión de abrir una botella de la mejor cosecha. Sebastian ofreció una copa a ella, mas Catherine se negó a beber, porque simplemente para ella no hacía sentido beber en su horario de trabajo.

Benedict llegó faltando dos minutos para las tres horas de la tarde. Edward le recibió, y él entró en el escritorio abruptamente.

— ¿Hermano? — Sebastian se colocó de pie para saludarlo, mas también para mostrar cuánto estaba bien. Casi sonrió de satisfacción al notar la mirada sorprendida del otro. — Sentaos.

Sosteniendo la mano del más viejo con fuerza, Benedict se alejó en seguida, no sentándose donde le fue indicado, mas yendo en dirección a Catherine, que estaba en un rincón, separando la correspondencia.

— Señorita Clarke, es bueno verla de nuevo. — se sentó al lado de ella.

— ¿De nuevo? — Sebastian inquirió, mientras asistía al hermano tomar la mano de la señorita Clarke entre las suyas y llevarla a los labios.

— Sí. Nos vimos en el centro, una tarde de esas. — él dijo simplemente. — Querida, ¿no contasteis a mi hermano sobre nuestro encuentro? ¡No tenemos nada que esconder! — concluía exageradamente.

— ¡Es mejor dejarla en paz, Benedict! — el duque dijo, entre dientes, notando que el hombre aún tenía la mano de Catherine entre las suyas.

Balbuceando un pedido de disculpas y licencia, la moza se fue, muy cohibida. Sebastian solo conseguía preguntarse por qué ella no le había dicho que había encontrado a su hermano.

— Ya imagino lo que le haya traído aquí. — Sebastian escribió algo en una hoja de papel blanco, deseando librarse del sujeto lo más rápido posible. — ¿De cuánto precisáis?

— ¿Qué os lleva a pensar que estoy aquí por dinero, hermano? — se mofó el más nuevo.

Una ceja del duque se elevó, en duda.

— Si no es dinero lo que deseáis, ¿de qué se trata vuestra visita, entonces, Benedict? — él estaba verdaderamente curioso.

El hombre sacó una carta de su casaco y entregó al hermano más viejo.

— Anthony está volviendo.

Sebastian corrió los ojos por la carta. Era su hermano más nuevo. Anthony. Él estaba volviendo de Delhi en breve, y sería la primera vez en meses que se encontrarían. Cuando el hermano partió, el duque aún no estaba tan enfermo cuanto llegara a quedar, y ahora cuando se encontrasen nuevamente, sería un buen momento para una conversación seria entre los miembros de la familia.

Si había una persona que conseguía hacer a Benedict y Sebastian quedar parcialmente en paz, ese alguien era Anthony. Era el hermano que los otros tres adoraban y velaban, y cuando él anunció hacía un año que viajaría a otro continente para profundizar sus estudios sobre plantas y seres vivos, los hermanos recibieron la noticia con una profunda preocupación.

— ¿Philippa ya sabe?

— Le avisé ayer. Estoy sorprendido de que nuestro hermano no haya decidido permanecer por allá. Mas ya que él volvió... Pensé que sería interesante reunirnos. — sugirió Benedict.

— Mandaré a preparar la casa para eso. — la señorita Clarke retornó, cargando una bandeja con dos tazas de té caliente.

Los dos aguardaban en silencio, mientras la moza les servía y Sebastian no gustó nada de la sonrisa boba con la cual el hermano la observaba.

— Podéis salir, señorita. — ordenó, así que ella terminó de servir, ansioso para alejarla de las miradas golosas de Benedict.

— Sí, señor. — la joven estaba dando las espaldas a ellos, cuando Benedict interceptó su camino.

— Yo estaba pensando... Después de que mi hermano muera, podríais venir a trabajar para mí, señorita Clarke. Puedo ofrecerte comida

buena, un techo, y una cama caliente. — parpadeó para ella, descaradamente.

Catherine sintió el rubor tomar cuenta de su rostro.

— Yo... Yo... — miró en pánico hacia los dos hombres, notando que Sebastian tenía la mandíbula trabada, ojos fulminantes. — Disculpadme, milord, mas vuestro hermano, el duque no morirá tan pronto, aun cuando algunas personas aparentemente quieran que eso acontezca. — soltó y, dando las espaldas a los hermanos, salió puerta afuera.

— Benedict... — comenzó Sebastian.

— Yo ya estoy yéndome, hermano. — el más nuevo dijo palmando las manos en el aire. — Sin riñas por hoy.

A la noche, Sebastian fue hasta el cuarto de Catherine, porque después de lo que aconteció por la tarde, él no la vio más. Inclusive quien llevó su cena fue Edward, que no supo decir lo que había acontecido a la criada. Tuvo la impresión de que ella intentaba evitarlo deliberadamente.

La verdad es que había pasado la tarde perturbado. ¿Por qué Benedict creía que podía tener tanta libertad con la moza? Y, ¿por qué ella no le había dicho que se encontraron?

— ¿Vuestra gracia? — ella quedó sorprendida, cuando abrió la puerta y le encontró allí. — ¿El señor precisa de alguna cosa?

— De respuestas. — él dijo simplemente, entrando en el cuarto.

— ¡No estoy entendiendo, milord. Y el señor no debería estar aquí!

— ¿Por qué no me contasteis sobre vuestro encuentro con Benedict? — fue directo.

— Bien... yo no creí eso importante...

— ¿No creísteis importante o simplemente estáis escondiéndome algo? — él paró frente a ella, mirándola con firmeza, mientras ella cruzaba los brazos sobre los senos, intentando esconderse, aun cuando el camisón color de perla y abotonado hasta el cuello no revelase nada. — ¿Sentís algo por mi hermano, señorita Clarke? — él preguntó, dando dos pasos en la dirección de ella, que batió las espaldas en la pared.

— ¡No! — dijo convicta. — ¡Yo mal le conozco!

Sebastian estrechó los ojos. Sí, el camisón nada revelaba, mas el tejido era fino, delineando las curvas de ella.

— ¿Y por mí? ¿Sentís algo? — él avanzó un paso más, quedando muy próximo, los ojos en los labios de ella. Notó la respiración acelerada de ella y pasó la mano por la cintura de la joven, trayéndola para más cerca. —

¿Conseguís mirar en mis ojos y negar que sentís algo por mí, pequeño jazmín?

— Vuestra gracia... El señor debería irse... — la voz de ella era baja, mientras él tenía los labios muy cerca de los de ella.

— No conseguís negar, ¿no es así? — insistía él, la otra mano tocando su faz.

El toque de él, la respiración, la proximidad... Todo contribuía para que ella se sintiese cada vez más envuelta. El deseo pulsaba entre sus piernas, su cuerpo ardía. ¡Aquello era muy prohibido!

— Sebastian, por favor. — su respiración salió entrecortada.

— Por favor, ¿qué, dulce Catherine? Decidme lo que deseáis... Y yo lo haré. Solo no me pidáis que me vaya. Porque seré incapaz. — así diciendo, la abrazó fuerte, pegando sus cuerpos y aplastó sus labios en un beso posesivo.

Catherine se dejó besar, pues la grande verdad era que precisaba de aquello. Ella no había sido besada antes y, teniendo como pretendiente a alguien como el señor Brown, con su boca asquerosa, nunca ansió por tal contacto. No obstante, ser besada por Sebastian St. John era como tocar el cielo. Aun ahora, cuando exigía de ella con voluptuosidad, aun ella no sabiendo bien cómo corresponder, era deliciosamente pecaminoso.

— Entregaos a mí, Catherine. — Sebastian susurró, comenzando a desabotonar el camisón de ella despacio.

— ¡No me pidáis eso, vuestra gracia! — imploró ella, trémula, sin, no obstante, detenerlo, cuando abrió totalmente el frente de su vestimenta y expuso sus senos, los ojos golosos degustando la visión.

— Vos también queréis esto, ángel. Yo siento. ¡Tan lindos! — balbuceó, los dedos contorneando un pezón y después el otro.

— ¡Mas yo no debía!

— No resistáis, mi pequeño jazmín. — el duque humedeció los labios, sostuvo un seno con la mano y bajó su cabeza, tomando el piquito túrgido en su boca, succionándolo demoradamente.

— ¡Oh! — Catherine exclamó, sosteniéndose en los hombros de él, cuando sus piernas vacilaron.

— ¡Preciso de vos desnuda, Catherine! — declaró él, posesivamente, jalando el borde del camisón y quitando por la cabeza de ella en un gesto rápido.

La moza ni tuvo tiempo de impedirlo y se vio desnuda bajo la mirada escrutadora de él, pues, cuando llegó al cuarto, ella aún no había vestido su pantaleta.

— ¡Santo Dios, Catherine! — fue la vez de Sebastian exclamar, jadeando. — ¡Vos sois tan linda! — tomando el rostro de ella entre las manos, la besó nuevamente, de forma sófrega. — ¿Tenéis idea de cuánto quemo por vos? — Él metió las manos bajo las rodillas de ella, la trajo a su regazo y la llevó a la cama. Sonrió internamente. Pocos días antes, sería incapaz de realizar aquel simple gesto.

Sebastian la acostó sobre las cobijas, besó sus labios una vez más, descendiendo por su cuello, alcanzando los senos donde se delició, bajó hacia su vientre chato y siguió descendiendo.

Catherine se alarmó cuando él separó sus piernas.

— ¡Vuestra gracia! ¿Qué vais a hacer?

— Darte placer, mi pequeño ángel.

— Mas... El señor no debería...

— Apenas relajaos, querida. — él colocó las rodillas de ella sobre sus hombros.

Ella hasta intentó. Mas todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. ¡Simplemente no debía permitir que él hiciese aquello! ¡Era totalmente inmoral! ¡Indecente! Mas tan, tan delicioso!

Cuando él la besó... Allá, Catherine sollozó. Una vez, una monja, en una de las clases de religión que tuviera, dijo que tocarse en aquel lugar era el mayor de los pecados. Entonces ella no lo hacía, a no ser en la hora de lavarse. Y nunca, en toda su vida, creyó que ser besada justo allá, podría ser sinónimo de placer. Bien, ahora descubría que era, mientras Sebastian separaba sus pliegues y la apreciaba con su lengua. Señor, que nadie pasase por el corredor en aquel momento, porque ella no era señora de sí y gemía alto, sin conseguir controlarse. Su cuerpo se doblaba involuntariamente, contrayéndose. Su mano sostenía la cabeza de él, al mismo tiempo, deseando sacarlo de allí, porque estaba asustada con la fuerza de lo que sentía, y también queriendo más y más de aquel dulce pecado.

De repente, fue tomada por un espasmo que la hizo gritar y estremecerse violentamente. ¡Era la peor y la mejor sensación que ya había sentido en la vida! Sintió cuando Sebastian subía por su cuerpo, mas no le divisaba, pues lágrimas calientes la cegaban. Sin conseguir contenerse, se vio sollozando un llanto que ella no sabía por qué acontecía.

Sebastian vino a abrazarla, acunándola.

— ¡No lloréis, dulce Catherine! — su voz tenía una nota de preocupación. — ¿Yo os lastimé?

Ella apenas meneó la cabeza, escondida en el pliegue del brazo de él, negando.

— Entonces, ¿por qué lloráis, ángel?

Aún entre sollozos, ella consiguió balbucear con dificultad.

— Es que... Estoy asustada... Como lo que... Vuestra gracia me hace sentir...

Sebastian rió bajito, estrechándola aún más en sus brazos y besando el alto de su cabeza.

— Apenas dormid ahora, mi querida.

— Mas... mas... ¿y vos? ¿También no precisáis... de alivio?

— ¡Con certeza yo preciso! Mas ya tuvisteis mucho por una noche. Hoy era sobre vos...



Capítulo Doce



Cuando ella despertó en aquella mañana, estaba en los brazos de él. En el cuarto de él. Cómo fue a parar allí y aún por encima desnuda, era un misterio. Fue fácil constatar lo que aconteció. Catherine había cedido a los avances de Sebastian, y prácticamente se entregó a él. Tenía una idea de que el acto en sí no había sido consumado, pues, como él dijo una vez, la parte específica de él no había... entrado en su parte. Mas, le permitió desnudarla y... Bien... Ella quedaba avergonzada, solo de recordar lo que él hiciera.

Volviendo la cabeza hacia él, le encontró de ojos bien abiertos, examinándola, con una sonrisa de lado en la boca bien hecha. Ella sonrió, tímida y se acurrucó en la curva del cuello de él, escondiendo el rostro.

— Buenos días, mi pequeño jazmín. — el duque corrió las manos por las espaldas de ella, mientras sentía el olor fresco de sus cabellos.

— Buenos días, vuestra gracia. — ella ronroneó bajito.

— Sebastian, ¿recordáis? — insistió él, suspirando largamente, apretándola más en sus brazos.

— ¿Estáis despierto hacía mucho tiempo?

— Un poco. No obstante, vos dormíais tan lindamente, que yo no tuve coraje de despertaros.

— ¡Mas debíais! Deben haber notado mi falta en la cocina, una vez que siempre preparo vuestro desayuno.

— Avisé que estabais indispuesta, que la dejaran dormir hasta más tarde.

Catherine rió.

— ¡Un duque lleno de artimañas! A propósito, ¿por qué me trajisteis a vuestro cuarto?

Él hizo una mueca, estremeciéndose.

— ¡Vuestro cuarto es muy frío! ¿Cómo conseguís quedar allá?

— Mi señor, si imaginase el lugar donde yo dormía antes de venir para acá...

— ¡Pues bien! ¡Tratad de encender vuestra chimenea todas las noches, para manteneros calentada!

— ¡Yo lo haré, prometo! A propósito, debéis estar con hambre. ¿Qué queréis comer esta mañana?

El duque se volvió para coger el reloj de bolsillo que estaba sobre la mesita al lado, verificando que pasaba de las diez de la mañana.

— Es tarde. No quiero comer nada hasta el almuerzo. Mas si queréis, podéis descender y comer un poco. — sugirió él.

Ella pensó por un momento.

— Quedaré aquí con el mi... Vos, Sebastian. — dijo, removiéndose y acurrucándose más a él y recibiendo un beso en el alto de su cabeza.

Sebastian usó los dedos para erguir su mentón y hacerla encararlo. Catherine notó que los ojos de él tenían un tono acinzentado en aquella mañana.

— ¿Vos gustasteis de lo que hicimos ayer?

Ella cerró los ojos, avergonzada.

— ¿Vos vais mismo a hacerme hablar sobre eso?

— Sí, porque quiero oír de vos.

Suspirando profundamente, Catherine sostuvo la mirada de él.

— Vos sabéis que gusté. Vos me dijisteis una vez que mi cuerpo demuestra lo que siente.

— Eso es verdad...

— Y... — de forma desajustada y tímida, ella dejó que su mano posase en el pecho de él, expuesto por la camisa abierta. — ¿Qué dijo mi cuerpo ayer?

— Que vos gustasteis mucho. — una sonrisa sin vergüenza se formó en la boca de él.

Catherine rió, meneando la cabeza.

— ¡Ahí está vuestra respuesta, señor duque! Mas... — antes de formar la pregunta, la moza bajó la cabeza, interrumpiéndose.

— ¿Mas? — insistía el lord. — ¿Tenéis alguna pregunta a hacer? ¡Si estáis pensando que yo os embaracé con mi lengua, os afirmo que eso es humanamente imposible! — el hombre reía de lo que había dicho.

Catherine batió en el pecho de él, para hacerlo parar de reír.

— ¡Vuestro tonto! ¡No es eso! ¡Yo me acuerdo de lo que me dijisteis otro día!

— ¿Entonces? ¿Cuál vuestra duda?

— Es que... Tuve mi alivio ayer, si puedo decir así. Mas, ¿y vos? Sebastian prendió la respiración, imaginando adonde ella quería llegar, sintiendo una erección formarse muy rápidamente.

— ¿No precisáis aliviaros también?

— Sí, yo preciso. — dijo simplemente.

— ¿Y... puedo ayudaros?

El duque quedó quieto, mientras ella evitaba encararlo y sus dedos dibujaban círculos desconexos sobre el tórax largo, cubierto por una fina capa de pelusilla suave. ¿Habría dicho algo imprudente?

— Catherine... Estáis ofreciéndome... — el pecho de él se irguió, cuando él respiró profundamente. — Yo no creo que deba poseeros aún, mi pequeño jazmín.

— No, no es eso. Yo también creo que aún no estoy lista. Es que... Yo gustaría de retribuir lo que hicisteis por mí... De alguna forma.

— Vos no precisáis retribuirme nada. Creed, fue placentero para mí también.

Catherine mordió el labio. ¿Cómo decir lo que quería decir?

— Sebastian, yo... Quiero tocaros. — con un coraje que ella no sabía de dónde había sacado, le contempló con sus ojos negros. — ¿Eso es errado?

— No, no, ángel.

— Quedo aliviada. Creí que yo estaba siendo muy... disoluta.

Sebastian rió y la apretó más junto al cuerpo.

— ¡No! ¡Disoluta es algo que vos no sois, pequeño jazmín! Vos estáis apenas siguiendo los instintos de vuestro cuerpo.

— ¿Instintos?

— Sí. Eso quiere decir que vos me deseáis tanto cuanto os deseo. — él sostuvo el mentón de ella y besó sus labios dulcemente.

— ¿Sebastian?

— ¿Qué, dulce ángel?

— ¿Puedo veros?

— ¿Queréis decir... Verme desnudo?

Catherine bajó la cabeza, escondiéndola de la mirada de él, avergonzada y susurró.

— Sí...

— ¿Mas vos ya no estáis cansada de verme? ¿De cuando me ayudáis a bañarme? — el duque bromeó.

— ¡Es diferente! Yo no quedo observando... Está bien, yo admito que quedo mirando sí. Mas... son miraditas furtivas. Yo quiero hacer eso con calma ahora.

— ¡Vuestro pedido es una orden, mi querida! — así diciendo, Sebastian descendió de la cama y desvistió la camisa de dormir. Y no usaba más nada por debajo.

Sí, él ya se había desvestido para otras mujeres, sin cualquier pudor. Mas... de alguna forma... En aquel momento era diferente. Con Catherine era diferente. Por eso, aguardaba la evaluación de ella en suspenso. Solo esperaba también no asustarla, pues... ¡Estaba duro como roca! Y, por lo que ella le dijo cierta vez, cuidó del hermano especial y de su padre. No tenía idea de cómo ellos eran, mas, Sebastian era... ¿Cómo decir? ¿Grande? ¿Arriba de la media? Al menos era eso lo que las mujeres de su pasado le decían.

Ella se sentó en la cama y sus ojos se deslizaron lentamente por cada parte del cuerpo de él. Sus hombros largos, el pecho cubierto por una capa de pelos sedosos. La cadera estrecha y... Su sexo. Era obvio que ya había visto... aquello en Leo y en su padre. Empero, tal vez por considerar a su hermano como un hijo y a su padre como... Bien, ella no gustaba de él, por más duro que fuese admitir. Entonces, aquella parte en particular de ellos nunca le llamó la atención. No obstante, en Sebastian... Hizo que ella mordiese los labios, sintiese un hormigueo entre las piernas y, sin que notase, dejó la sábana que le cubría los senos caer.

— Yo ya estuve mejor... — un duque encabulado ante el examen de ella corrió una mano por la nuca. — Esa enfermedad me dejó muy delgado...

— ¡Vos sois lindo, Sebastian! — Catherine dijo bajito, quedando arrodillada en la cama, frente a él. — ¿Puedo tocaros?

— ¡Santo Dios, yo amaría si lo hiciéseis!

Ella comenzó tímidamente, corriendo los dedos por la faz de él, que tenía una barba ahora bien hecha. Dibujó sus labios y Catherine se asustó cuando Sebastian mordisqueó su dedo. Entonces siguió su recorrido, explorando los hombros largos, su pecho amplio, descendiendo por su

abdomen. Ahora, mordiendo el labio, arriesgó una mirada hacia el sexo de él. Riendo, nerviosa, colocó una mecha de cabello tras la oreja.

— ¿Eso... No duele?

— A veces... Cuando queda de esa forma por mucho tiempo.

Catherine notó que él tenía la respiración pesada y que respiraba despacio. Aun sus palabras salieron contenidas, como si él estuviese aguardando el próximo paso de ella.

Con los ojos negros semicerrados, Catherine susurró.

— ¿Yo puedo tocaros?

— ¡Vos debéis!

— Enseñadme cómo, Sebastian.

Apoyando las manos grandes en los hombros de ella, él vino a murmurar en sus oídos.

— Colocad vuestra mano en torno de él...

Ella le obedeció. Él jadeó con el toque y clavó sus dientes en la curva del cuello y hombro de ella.

— ¿Está todo bien? — la moza se preocupó.

— ¡Está todo perfecto, mi ángel! ¡Más que perfecto!

— ¿Qué hago ahora?

— Yo te muestro... — él cubrió la mano de ella con la suya y comenzó a hacer movimientos de va y ven. — ¡Dulce infierno, Catherine! Eso es... ¡Vos me dejáis loco! — tomó los labios de ella en un beso sófrego, mientras aumentaba el ritmo, la otra mano enmarañándose en los largos cabellos oscuros de ella.

— ¡Sebastian! — balbuceó ella, sintiendo de nuevo aquella presión entre sus piernas y creciendo.

El duque se curvó, sostuvo uno de sus senos y lo llevó a la boca, succionando sin piedad. Catherine gritó de dolor y, al mismo tiempo, de placer. Las respiraciones de ambos estaban descontroladas ahora. Los gemidos resonando por el cuarto.

De repente, Sebastian se estremeció, gruñó junto a su pecho y en seguida se estremeció y ella sintió algo húmedo en su cadera. La respiración de él ahora estaba mucho más agitada y él parecía débil. Asustada, ella le abrazó fuerte, temiendo que él pudiese estar teniendo un malestar.

— ¿Vos estáis bien? — su voz sonó preocupada.

Para sorpresa de ella, él rió, tomando el rostro de él entre las manos.

— ¡Yo no podría estar mejor! — y la besó nuevamente, de esa vez con calma, lentamente. — ¡Si así ya fue bueno, yo mal puedo esperar para estar dentro de vos!

Catherine torció la nariz.

— ¡Vos nunca cabrías dentro de mí!

— ¡Ah, cabré sí! ¡Vos vais a ver! — mordisqueó el labio de ella, con mirada disoluta. — ¡Vos vais a recibirme todito y vais a gustar de eso!

— Si vos decís... — ella dio de hombros.

Sebastian entonces bajó su mirada hacia la cadera de ella.

— ¡Mirad el desorden que hice en vos! Perdonadme por eso, mi adorada. — él usó su camisa de dormir para limpiarla.

— Yo no me importo. ¿Vos... os aliviasteis?

Él rió de nuevo, levantando los brazos de ella para que enroscasen su cuello y sus manos descendieron por las espaldas de ella, contorneando sus curvas delicadas hasta alcanzar su trasero redondo y bien hecho.

— Con certeza yo me alivié. Gracias por eso, Catherine.

— Siempre que preciséis, vuestra gracia.

Sebastian sostuvo el mentón de ella y lo irguió para encararlo, su frente recostada en la de ella.

— ¡No me ofrezcáis eso, señorita Clarke! Yo puedo viciarme.

Ahora... Confieso que nuestra pequeña aventura despertó mi apetito.

— Yo voy a preparar algo para el señor... — ella ofreció e hizo un movimiento de salir del abrazo de él.

— ¿Señor? — la reprendió, apretando su cintura.

Catherine rió, colocando una mecha de cabello tras la oreja.

— Para vos, Sebastian. — se corrigió.

— Así está mejor. — él entonces la soltó.

— Mas... esperad. — Catherine miró hacia el cuerpo desnudo, que trató de cubrir con la sábana nuevamente. Después del ímpetu de hacía poco, el pudor volvió a tomarla. — ¿Cómo volveré a mi cuarto, sin mis ropas?

Si ella aún tenía pudor, Sebastian no tenía ninguno. Caminó sin cualquier inhibición por el cuarto, hasta llegar a una cómoda, de donde sacó una camisa de dormir limpia.

Catherine mordió la punta de un dedo, mientras admiraba el trasero bien hecho de él.

— ¿Gustando de lo que veis, pequeño jazmín?

Riendo, ella bajó la cabeza, avergonzada por ser cogida en el flagra.

— Mucho. ¡Yo ya dije! ¡Yo os hallo muy hermoso!

Sebastian paró al lado de ella y le entregó la pieza de ropa.

— ¡Debíais haberme visto en mi auge!

— Vos vais a volver a aquel nivel luego. Vais a ver. Ahora volveos.

— ordenó.

Meneando la cabeza negativamente, él obedeció.

— ¿Qué vos aún queréis esconder de mí? Yo ya vi todo, ¿recordáis?

Ya conozco cada rincón vuestro. Con mis manos. Con mi boca...

— ¡Sebastian! — regañó ella.

Él volvió a reír alto. Ya hacía un buen tiempo que no se sentía tan leve. Tan feliz. Era un facto de que Catherine Clarke había traído luz para sus días. Entonces una sombra le pasó por la mente. ¿Qué estaba haciendo con la joven? ¿Qué podría ofrecer a ella? Suspiró, su ceño fruncido.

— Listo. Ya podéis volveros.

Antes de hacerlo, Sebastian se forzó a montar otra sonrisa en su boca. La observó, vistiendo su pieza de ropa. ¡Ella era tan linda! Los cabellos oscuros y revueltos, los ojos negros brillantes, una sonrisa perfecta en sus labios, mientras estaba arrodillada en su cama. Quedó asustado en constatar que quería aquello para hasta el fin de sus días.

— Ahora tratad de ir a investigar si el corredor está vacío, para que yo pueda volver a mi cuarto y vestirme.

— Cierto. Mas, primero... — enmarañando los dedos en los cabellos de ella una vez más, la trajo para un beso más, largo, lento y delicioso. — Ahora sí.

Como dos niños haciendo arte, Sebastian asomó su cabeza por la puerta entreabierta, Catherine a sus espaldas. No avistando a nadie, indicó que ella pudiese salir. Ella lo hizo, corriendo desesperada, hasta alcanzar su cuarto.

La carcajada de Sebastian la alcanzó hasta cerrar la puerta de sus aposentos.



Capítulo Trece



Catherine nunca havia visto tanta comida como a que estava sobre aquela mesa. Para o encontro dos irmãos, as criadas foram orientadas a cozinhar as melhores comidas para servir a família St. John. Havia um leitão assado inteiro no centro da mesa, e ao lado um pato ensopado, além

pasted21:27Capítulo 13

Catherine nunca había visto tanta comida como la que estaba sobre aquella mesa. Para el encuentro de los hermanos, las criadas fueron orientadas a cocinar las mejores comidas para servir a la familia St. John. Había un lechón asado entero en el centro de la mesa, y al lado un pato guisado, además de legumbres cocidas dispuestas en una bandeja. Panes de diversas calidades en una cesta de madera. Pasteles, tartas y dulces que llenaban los ojos. También, a pedido del duque, la casa fue decorada con flores blancas y rojas, venidas de fuera de la ciudad, y que dejaban el ambiente con un aroma agradable de perfume de las plantas. Los candelabros y arañas estaban encendidos, así como la chimenea en el centro de la sala. Era un ambiente acogedor realmente.

La joven estaba confirmando los últimos detalles, pues Sebastian le había dado la misión de tomar cuenta de todo. Catherine se sintió lisonjeada por la confianza en ella y estaba dando su mejor. Estaba distraída, arreglando las servilletas ya perfectamente colocadas en sus debidos lugares, cuando notó que el duque estaba descendiendo las escaleras. Muy bien vestido, usando un traje de tres piezas, todo negro, con excepción de la camisa inmaculadamente blanca. Ella se ruborizó y bajó su cabeza, cuando se recordó de que le viera completamente desnudo y... Bien... Ella no había apenas mirado hacia él. Un pañuelo de seda hacía las veces de la corbata. Era posible notar, aun cubierto por las ropas, cómo el cuerpo del hombre adquiriera más forma. Él había ganado peso, y eso era bueno. Olía a algo masculino, fuerte y amaderado. Ella gustó y deseó sentir más de

cerca. Mas se contuvo, pues una de las otras criadas podría aparecer a cualquier momento.

— Tengo que admitir que estoy impresionado. — él comentó próximo de ella, examinándola por completo. A despecho de que pudiesen ser flagrados, el duque se curvó y le susurró en el oído. — La señorita está una verdadera tentación en este vestido, pequeño jazmín.

Ella trató de alejarse, e intentó mantener la compostura.

— ¡Por favor, vuestra gracia! Comportaos y vamos a atenernos apenas al evento de esta noche. — dijo, aunque supiese que el vestido que estaba usando era mismo muy bonito y escogido para los ojos de él. Color perla, bordado con cristales en el busto, y las mangas con encajes blancos.

— Me esforzaré para eso. — cogió el reloj en el bolsillo y confirió la hora. — Ellos ya deben estar llegando. ¿Cómo estoy?

No resistiendo, Catherine se aproximó y ajustó el pañuelo en el pecho del duque, sonriendo.

— Estáis encantador, vuestra gracia. — la mano de ella paró sobre el corazón de él. — Sois el hombre más hermoso que ya tuve el placer de conocer. — confesó bajito.

— Oh, Catherine... — él colocó su mano sobre la de ella y se curvó hacia ella. — ¡No me habléis así! ¡Menos aún, miréis de ese modo!

— ¿Cómo yo os estoy mirando, vuestra gracia?

— Deseando que yo os bese...

— Bien... Eso no es mentira...

Él comenzó a bajar su cabeza en la dirección de la moza, mas paró al ver movimiento en la puerta. Edward entraba, seguido por su hermana y cuñado. De esa forma, el duque se alejó rápidamente.

— ¡Philippa! — él abría los brazos para recibirlos. — ¡Henry!

— ¿Cómo habéis pasado, Henry? — indicó que se sentasen en el sofá preparado con mantas, pues hacía mucho frío en aquel fin de tarde. — Estáis muy bonita hoy, Philippa, si me permitís decir.

— Gracias, hermano. — la mujer sonrió, sentándose al lado del marido.

— Muy bien, Sebastian. Estoy trabajando mucho en mi nuevo emprendimiento.

— Construcción de navíos, ¿cierto? ¿Vino? — ofreció el duque, con una botella en la mano. Los dos aceptaron, y mientras él les servía, trató de

hablar con Catherine. — Señorita Clarke, ¿gustaría de hacer compañía a nosotros?

— Es claro, vuestra gracia — Catherine, que estaba al lado, sonrió al aproximarse y saludar a los convidados. — Señores, buenas noches.

— Oh, ¡adoré vuestro vestido, señorita Clarke! Sentaos a mi lado para contarme cómo hago para tener uno igual.

Catherine quedó sorprendida por el convite y miró hacia Sebastian y entonces de vuelta hacia la vizcondesa.

— ¡Oh, no! ¡Yo no debo quedar! Ayudaré en la cocina...

— Quedaos. — pidió el duque. — Por favor. Será un placer teneros con nosotros esta noche.

— ¡Sí! — Philippa concordaba, sosteniendo las manos de la moza y jalándola para sentarse a su lado. — Así tengo una figura femenina para conversar, ya que luego ellos comienzan a hablar sobre negocios.

Catherine entonces asintió y sonrió. Definitivamente, gustaba de Philippa. Primero, porque creía a la mujer muy auténtica, no se parecía en nada con cualquier otra mujer de la sociedad que ya conociera antes, y eso era sí óptimo. La joven sentía que podrían tornarse próximas. ¿Sería una grande osadía a Catherine, la misma que nunca tuvo una amiga de verdad? No sabía, mas eso era un facto. Tenía consideración por la señora.

El sol ya estaba poniéndose en el horizonte, los últimos rayos dorados atravesando la cortina y reflejando en la copa de Catherine, que cedió a los insistentes ofrecimientos de la vizcondesa y del duque, para tomar una dosis de vino. Estaba sintiéndose como parte de aquella familia y eso no era exactamente bueno, porque no tenía idea de lo que el futuro aguardaba para ella. Exactamente en el medio de su devaneo, llegó Benedict, causándole un real desconforto cuando fue anunciado. Había aquella sospecha en su mente sobre el hombre. Distraída en analizar si él sería capaz de tal acto, Catherine no se dio cuenta de que la mirada del lord estaba enfocada en ella, y Sebastian notó, pues su mandíbula estaba trabada y había el dibujo de mirada mortal. Ella trató de quebrar el contacto visual, cuando este meneó la cabeza en un saludo íntimo de más.

— Buenas noches a todos. — Benedict saludó, con su ya acostumbrada sonrisa cínica en los labios. — Espero que no yo no haya demorado mucho. Tuve un problema delicioso esta tarde, — soltó, provocativamente. — que me tomó más tiempo de lo que yo esperaba... ¡No es que yo esté reclamando!

— ¡Argh! — Philippa refunfuñó, girando los ojos. — ¡Ahorrednos de los detalles sórdidos de vuestras aventuras carnales, Benedict! — y batía en el hombro del hermano, cuando este se abajaba para besar su rostro.

En seguida, las miradas trocadas entre él y Sebastian fueron de rabia, y había un aviso implícito del más viejo, como quien dice cuidado esta noche, hermano.

— Sentaos, Benedict. — el cuñado apuntaba un lugar a su frente. — Estábamos hablando sobre inversiones en el ramo naval, y oso decir que debería oír esa conversación, pues puede interesaros futuramente. — contó Henry.

El lord se acomodó, cruzando las largas piernas, de frente a las dos mujeres. Cuando recibió una copa de vino del hermano, envió una sonrisa discreta a Catherine, que nuevamente desvió la mirada.

— Para ser sincero, no estoy interesado en inversiones en el momento, Henry. Porque descubrí hace poco, otra importante inversión futura que me será muy... Placentera. — comentó Benedict, con una sonrisa perversa.

Sebastian respiró profundamente, pidiendo paciencia a los cielos, porque él con toda certeza no quería estropear la llegada de Anthony. Hacía mucho tiempo que no le veían, y él quería que ese reencuentro fuese al menos civilizado.

— No debería considerar una inversión futura como cierta, hermano. El producto en cuestión puede fácilmente ya tener dueño. — Sebastian dijo tranquilamente.

— Ora, ¿mas estamos hablando de navíos mismo? — Henry cuestionó confuso.

En ese instante, todos se volvieron para ver a Anthony St. John asomar en la puerta. Usaba un casaco grueso, botas que más parecían haber recorrido todos los campos del mundo de tan viejas, y una maleta de mano dejada al lado de la puerta.

— ¡Hola, familia! — saludaba en voz alta.

— ¡Anthony! — Sebastian dijo abriendo los brazos, yendo en dirección al hermano.

Mas, en ese precioso momento, un animal, que sin dudas llegaba a la altura de las rodillas del duque, surgió de detrás del recién llegado, viniendo de fuera, pasando por él y yendo hasta el más viejo. El animal de pelaje castaño saltó y colocó las patas en el pecho de Sebastian, casi derribándolo.

Catherine automáticamente se colocó de pie, temiendo que el animal le derribase.

— ¡Sacad a ese demonio de encima de mí! — él gritó tomado por la sorpresa.

— ¡Castaña, salid de encima de él! — con una calma que solo Anthony podría tener, él sacó al can por el collar y contempló a las otras personas con ojos arregalados para la situación. — Era para ser una sorpresa, yo solo no esperaba que fuese tan emocionante. — el joven reía, sosteniendo el collar del animal.

— ¡Bien, dejad a ese monstruo lejos de mí, hermano! — ordenó Sebastian, pasando una mano por el pecho. Había marcas de patas mojadas en su camisa. Tomó una larga respiración. — ¡Yo debería imaginar que haríais una de las vuestras, Anthony!

— ¡Oh, hermano! — era Philippa que se manifestaba, pasado el susto de la invasión e iba hasta el joven. — ¡Sentí tanto vuestra falta! — Le apretó las mejillas coloradas y le sonrió. — ¡Estáis más delgado! ¿No anduvisteis alimentándoos derecho?

— Me ejercité bastante por allá. Yo no estoy delgado. Estoy atlético. — soltó Anthony, arrancando una risa baja de Benedict. Él encaró al hermano del medio. — ¿No vais a saludarme, Bene?

Como si fuese la cosa más costosa a hacerse, Benedict se levantó de donde estaba y abrazó al benjamín. Batió en los hombros de él y cuchicheó algo en su oído, que le dejó con vergüenza.

— Y esa, ¿quién es? — el muchacho indicó a la pobre Catherine que estaba muda con tantos acontecimientos.

Sebastian se colocó al lado de ella y apoyó una mano en el codo de ella, que se encogió con el gesto un poco indiscreto.

— Esta es la señorita Catherine Clarke, mi criada particular contratada para los momentos que precisé de ayuda. Mas como podéis ver, estoy muy mejor ahora y, gracias por preguntar. — el duque usó un tono de decepción en la voz.

Anthony rió alto. Fue hasta el hermano y dio un abrazo apretado, y en seguida, Sebastian le encaró con mirada firme.

— Hubo un momento, aunque breve, que pensé que no os vería más, hermano. — contó el duque, un tanto cohibido después, por la confesión.

— Mas volví, Sebastian. Y vos estáis bien. Todos están, ¿cierto? — Anthony miró uno por uno. Su atención fue desviada nuevamente hacia

Catherine. — Es un placer conoceros, señorita Clarke — se aproximó y tomó su mano, en un saludo.

— El placer es todo mío, milord. — ella respondió en voz baja, curvándose en reverencia.

Con una sonrisa, el lord también se curvó, y le besó la mano. Y no hubo ningún incómodo en eso, porque diferente de Benedict, no tenía maldad en la mirada del joven. Era una mirada de simpatía, como veía en su hermano Leo.

— Ora, ¡vamos! ¿Por qué la señorita sonríe abiertamente para ese mocoso y no para mí? — Benedict soltó, dejando a Catherine rubra. — ¿Qué existe en él, que no existe en mí?

— ¿Modos, tal vez? — fue Philippa quien intervino, poco antes de tomar un sorbo de su vino.

Eso arrancó risas de todos. Menos de Sebastian que fulminaba a Benedict con los ojos.

— Vamos todos a sentarnos. — sugirió entredientes. — En breve comeremos. Mas antes, contadnos lo que hicisteis en Delhi, Anthony. — sugirió Sebastian.

Todos acomodados, inclusive el can al lado de la chimenea, el aventurero Anthony comenzó a hablar sobre todo lo que había hecho en otro país.

— La India es absurdamente bonita. La fauna es diversa. Encontré hasta elefantes y monos conviviendo con personas. Creed o no, vi con mis propios ojos a un mono pintando un cuadro. — reveló, dejando a la hermana boquiabierta. — Cuanto a los elefantes, es posible pasear en ellos, mas admito que eso me haya dejado un poco asustado.

— Mas no fue eso lo que os llevó hasta allá, Anthony. Queremos saber cuál fue vuestra descubierta sobre plantas que tanto escribisteis en las cartas. — Incitó Sebastian, ansioso.

Él bebió a sorbos el vino y pensó.

— Hubo una vez que decidí subir las montañas para estudiar lo que podría ser una especie nueva. Reuní comida, agua y suministros necesarios y subí por dos días hasta llegar a la montaña de los monos. Obviamente, hay muchos monos, mas no es eso lo que me llevó hasta allá. — esperó un momento, generando expectativa en todos. — Encontré una planta, que, si hecho un té con sus hojas espinhentas, es posible que el individuo que lo tome, entre en un estado de falsa muerte.

— ¿Eso es realmente posible aun? — Catherine preguntó, la mano sobre el pecho.

— Es evidente que sí, señorita. Conluí eso estudiándola y basándome en relatos de los nativos de la región. — le explicó.

Todos parecían asustados, hasta Benedict beber un largo sorbo de vino y hacer la pregunta más tonta posible.

— ¿Y cómo eran las mujeres en la India, Anthony? ¿Ellos son más modernos que los ingleses? ¿Allá los hermanos no se importan de dividir a sus mujeres? — así que terminó de hablar, el choque se instaló en la sala, con todos trocando miradas, y Catherine así como Sebastian entendieron bien adonde él quería llegar.

— ¡Benedict! — exclamó Philippa, en reprensión.

— ¡No permito que tengáis tal comportamiento en mi casa! — Sebastian se colocó de pie y golpeó la mesa. — ¡Ordeno que respetéis a nuestros hermanos y a la señorita Clarke!

— ¡Oh, la señorita Clarke! ¿Creéis que somos todos tan inocentes al punto de no notar lo que está aconteciendo entre vosotros dos? — provocó Benedict.

El duque sentía el cuerpo ardiendo de voluntad de golpear la cara del hermano. Su autocontrol estaba desvaneciéndose rápidamente.

— ¡Voy a decir apenas una última vez, Benedict! — amenazó, los ojos cerrados, los dientes trabados. — ¡Dejad a la señorita Clarke en paz! ¡Ella no está interesada en vuestros galanteos! — determinó Sebastian.

A esa altura, Catherine ya se había colocado de pie, lista para subir al cuarto, mas el duque la mantenía a su lado.

Benedict, muy cínico, sonrió largamente.

— ¿Por qué estáis hablando por ella, hermano? ¿Y por qué os juzgáis el dueño de ella? ¿No percibís que estáis al borde de la muerte y aun así queréis monopolizar a la pobre mujer, sabiendo que no podéis darle un futuro? — dejando de lado su lado cínico, se colocó de pie y encaró al duque con frialdad. — ¿Ella sabe que sois un bastardo y no podréis casaros nunca?

Sebastian intentó avanzar sobre Benedict, mas Anthony, ayudado por una chocada Catherine, le impidió de golpear al hermano.

— ¡Infierno! — Sebastian vociferó. — ¡Sé de eso, y es exactamente por eso que nunca me casé y ni tuve hijos! ¡Porque puedo ser un bastardo, mas soy un hombre honrado lo suficiente para no querer manchar la

reputación de esta familia! Y también es por eso que vos, — apuntaba el dedo en ristre. — Benedict, debéis casaros y dar continuidad a nuestra generación.

— ¡Yo ya dije que no voy a ceder a los caprichos de hombre en el lecho de muerte! ¡Voy apenas a esperar que vos partáis de ese mundo para tener lo que es mío por derecho! — vociferó el otro y entonces la sala fue tomada por el silencio.

— Vuestra gracia... — Catherine susurró para Sebastian, cuando notó el dolor estampada en su mirada.

— ¡Dejadme! — él se esquivó. — Voy a mi cuarto. — se volvió hacia el benjamín. — Siento mucho que vuestra recepción haya terminado de esa forma, hermano. Nos hablamos mañana. Tened una buena noche todos vosotros.

De esa forma, Sebastian dejó a los hermanos solos en la sala, y subió despacio al cuarto. Él no era una persona tan fuerte así que no pudiese tener voluntad de llorar y gritar a veces, aun cuando no se permitiese que eso aconteciese públicamente. Pensó en su madre, su adorable madre que había sido violentada cuando joven y así acabara cargando una vida en su vientre. El bastardo que era él. ¿Qué sería de ella si su padre no se hubiese casado con ella? Asumiendo un hijo que no era de él. Eso era amor, el más puro y genuino. Y, en respeto a Noah, un hombre digno, no osaría manchar su clan con su sangre inmunda.



Capítulo Catorce



Tímidamente, Catherine batió a la puerta. Atenta, esperó la respuesta del duque, que demoró para acontecer, mas él le dio permiso para entrar.

Cuando la avistó, Sebastian suspiró y se volvió, caminando por el cuarto, inquieto como una fiera enjaulada.

— No seré una buena compañía esta noche, señorita.

— Vine a ver cómo estabais.

Él entonces paró y la encaró. En seguida, suspiró y fue hacia la ventana, prendiendo sus ojos en el paisaje de la calle desierta del lado de afuera.

— ¿Mi familia ya se fue?

— Sí, acabaron de partir. Si sirve de algún consuelo, la vizcondesa pasó un largo sermón en el lord Benedict.

El duque bufó una risa triste.

— Ella siempre fue la más sensata en el medio de todos nosotros. — él la encaró. — La señorita ahora sabe el secreto sucio de esa familia. ¡Que no paso de un fraude! ¡Un bastardo, que ni debería osar cargar el título de duque de Eninston! — meneó la cabeza, amargamente. — A veces tengo que dar razón a mi hermano. Ese título pertenece de facto a él.

— Mas, para que él asumiese el título, la verdad de vuestro origen tendría que venir a la superficie, ¿cierto? — Catherine concluyó, aproximándose de él y tocando su hombro.

— Exactamente. ¡Y todos tendrían que saber que mi madre fue violentada por un tío a quien tenía amor, a quien trataba como un padre! — las frases salían de sus labios, su expresión contraída, como si él estuviese sintiendo dolor. — ¡Y que mi padre, prácticamente secuestró a mi madre, para casarse con ella, antes de que todos supiesen del embarazo y asumió al hijo bastardo como suyo, sin ni pensar dos veces! Y fue el hombre más honrado, me amó como si yo tuviese mismo su sangre. Confieso que

entiendo la revuelta de Benedict. Nuestra relación ni siempre fue como es hoy. Éramos inseparables. Él, Anthony y yo. Hasta un día en que Noah, nuestro padre, llegó a casa ebrio e inició una discusión con mi madre. Con miedo de que las cosas pasasen de los límites, entré en el medio, para defenderla. Él me empujó y dijo que nunca permitiría que bastardo, que ni siquiera tenía la sangre de él corriendo en las venas, le enfrentase. Y fue así que todos quedamos sabiendo de la verdad. El choque me tomó, porque yo nunca imaginé que no fuese su hijo. Aun cuando mi apariencia destonase de mis hermanos y aun de él. Cuando él quedó sobrio y mi madre le dijo a él lo que había hecho, vino hasta mí, me pidió perdón y dijo que aquello no mudaba el amor que él tenía por mí. Creo que nuestra relación se tornó aún más próxima después de eso. Mas, por consecuencia, mi relación con Benedict comenzó a deteriorarse. Mi... medio hermano no aceptaba que yo fuese el preferido del padre de él, sabiendo que yo era bastardo. Se volvió un rebelde, aun todavía joven, comenzó a beber, tenía riñas horrendas con el padre... Y cuando Noah murió, Benedict quería que yo abdicase del ducado. ¡Mas yo no podría faltar al respeto al honor de mi familia! ¡Mi madre aún estaba viva y sufriendo de más por la pérdida del amor de la vida de ella! Y, en su lecho de muerte, Fredrick me pidió que me certificase de que su nombre no muriese. — él levantó sus ojos increíblemente azules y tristes hacia ella. — Entendí lo que él quiso decir. Quería que yo tuviese certeza de que Benedict, Anthony o Philippa tuviesen sus hijos y siguiesen con la familia...

— ¡Sebastian! — Catherine regañó y le abrazó. — ¡Vos debéis haber entendido errado! Si él os amaba como un hijo, como dijisteis, él quería, sí, que vos tambiénuviéseis hijos y que fuesen considerados como parte del clan St. John.

— Vos no tenéis idea de cómo honra es importante para un noble, pequeña. — él suspiró pesadamente.

— ¡Vos sois un noble! Nadie más tiene que saber de vuestros secretos...

— Mas yo sé. Benedict sabe. Y él nunca va a dejar que yo olvide. — Sebastian tomó una mano de ella entre las suyas, la llevó al pecho, encarándola de forma triste. — Es por eso que no soy digno de casarme y tener hijos. Porque no paso de un bastardo nacido de una violencia. Es por eso que no soy digno de vos, Catherine.

— ¡Yo no me importo con nada de eso, Sebastian! — ella meneó la cabeza vehemente.

— No os importáis ahora, mas cuando vuestros hijos nazcan, vos sabréis que ellos no tienen sangre noble.

— ¡Yo no me importo para nada de eso! Nunca pensé en casarme, porque creía que los hombres eran todos iguales a los que trataban a mi pequeño hermanito con maldad, ¡solo porque él era diferente! Mas vos me mostrasteis que ni todos son así. — tocó el rostro de él. — ¡Y por eso yo os amo, Sebastian! — confesó, haciendo a Sebastian cerrar sus ojos. — Siendo o no un duque. Siendo o no un noble. ¡Yo sería la mujer más feliz del mundo en pasar el restante de mi vida con vos!

— ¡Yo no os merezco, Catherine! — la voz de él sonó embargada, mientras la tomaba para un beso.

Ella se agarraba a la camisa de él, precisando de aquel hombre. Se entregó al beso, dejando que le explorase cada rincón de su boca. Las manos de él ahora en sus espaldas, apretándola, aplastándola junto a su pecho. Catherine estaba equilibrándose en las puntas de los pies. Era un beso profundo, caliente y que terminaba con el colapso del cuerpo de ella. Ardía su piel, y ella quería más.

Irguiéndola del suelo, Sebastian la llevó y paró al lado de la cama. En seguida, con los ojos fijos en los de ella, comenzó a abotonar los botones frontales del vestido de ella.

— Yo preciso ver vuestro cuerpo, pequeño jazmín. Preciso sentir vuestra piel contra la mía... — mas, súbitamente, él se detuvo. — ¿Está todo bien para vos?

En respuesta, Catherine dio un paso atrás, terminó de desabotonar los botones y entonces hizo el vestido descender por sus hombros, hasta llegar al suelo.

Sebastian entonces se aproximó y soltó el lazo del corsé de ella. Siempre besándola, explorando su cuello, labios y hombros, luego la tenía dejado desnuda. Sosteniendo una de sus manos, se alejó para examinar su cuerpo bien hecho.

— ¡Vos sois tan linda, Catherine! ¡La más linda que ya vi! — con pocos gestos, él también se desvistió y volvió a abrazarla, envolviendo su cintura y forzándola, hasta tenerla acostada bajo él en la cama.

Ella estaba trémula. Sebastian irguió una de sus piernas, su miembro en contacto con el sexo de ella, deslizando los dedos por los muslos rollizos

de la joven.

— ¡Haré de todo para no lastimarte, mi adorada! Solo quiero darte placer. — mordisqueó su cuello y fue descendiendo, hasta alcanzar un pico oscuro y túrgido. Jugó con él, perturbándolo con la lengua, observando las reacciones de ella. Catherine jadeaba, mordiendo los labios, ondulando el cuerpo en su dirección. No resistiendo más, abocó el pezón, succionándolo sin piedad. Ella gimió alto y él sonrió de forma desvergonzada. Llevó la mano a los labios, humedeciendo los dedos y descendió hacia entre sus piernas, encontrando el pequeño botón sensible de ella. La sintió jadear cuando la tocó allí, separando sus pliegues y manipulándola rítmicamente, mientras su lengua ahora pincelaba el piquito aún más duro.

— ¡Sebastian! — la oyó balbucear.

— ¡Yo amo oír la llamar por mi nombre! — dejó su dedo deslizar un poco más y la penetró hondo. Las espaldas de ella se irguieron del colchón. — ¿Gustáis de eso, Catherine?

— ¡Sí! — después de que la sorpresa de la invasión haber pasado, una pierna de ella enlazó el muslo de él y se movía de encuentro a las embestidas de él. — ¡Sí! — sostuvo el rostro de él entre las manos y le besó.

Sebastian adicionó otro dedo, girando dentro de ella, metiendo, esparciendo su crema.

— ¡Yo preciso de vos bien mojada para recibirme, dulce ángel! — ella le encaró sin entender y él sonrió nuevamente, besando la punta de su nariz. — Cuanto más excitada vos quedéis, más mojada también quedáis. Y eso facilita un poco las cosas, mi bien. — la besó con pasión, volvió a manipular su clítoris hasta que ella explotó en placer ante sus ojos, estremeciéndose en sus brazos, las uñas clavadas en sus espaldas. Su miembro pulsó, loco para tener la atención de ella.

Sin poder esperar más, jaló las piernas de ella para envolverle la cadera, se encajó en su rincón más íntimo, restregó la punta de su pene muy duro, esparciendo más la humedad. Entonces embistió de una vez, quedando completamente inmóvil en seguida.

El grito de Catherine fue ahogado en su hombro. Él se maldijo por no poder evitar su dolor y la acunó con palabras dulces.

— Relajaos, querida. Ese incómodo ya va a pasar. Yo solo voy a moverme cuando digáis que yo puedo. — le dijo, esparciendo besos por su faz, cuello, las puntas de sus dedos acariciándole los muslos, su trasero

suave. ¡Estar enterrado hondo dentro de ella le dejaba loco! Estaba usando mucho de su autocontrol para no dejarse ir. — ¡Por Dios, Catherine! ¡Yo creo que tuve una sensación tan poderosa así! ¡Yo te quiero tanto! ¡Tanto! — llevó una mano de ella a su pecho, para que sintiese los latidos desesperados de su corazón. — Él está al punto de explotar por vos.

Ella le besó nuevamente, los ojos negros y mortecinos contemplándolo.

— Yo estoy lista, Sebastian. Tornadme completamente vuestra.

Jadeante, el duque la abrazó apretado, devoró sus labios con besos sófregos y comenzó a moverse. Primero con cuidado, hasta que se acostumbrase con su tamaño. Luego su ritmo aumentaba, siempre asegurándose de que ella estaba bien. Mas Catherine ondulaba contra él, siguiéndolo, dejándolo muy, muy cerca. Sintió cuando ella gozó nuevamente y entonces permitió su libertación, teniendo la prudencia de retirarse, para no explotar dentro de ella y sí sobre su vientre liso. Eso le dejó frustrado, quería estar enterrado en ella, cuando aconteciese, mas era necesario.

Aún jadeantes, Catherine le encaró confusa y preguntó, con voz débil, mirando hacia su barriga.

— ¿Por qué... por qué hicisteis eso?

Intentando encontrar aliento, Sebastian sonrió, juntando todas sus fuerzas para colocarse de pie.

— Para evitar que vos quedaseis embarazada.

— ¡Oh! — la expresión asustada de ella le hizo volver y besar su boca hinchada por sus besos anteriores con dulzura.

Él entonces fue hasta la cómoda, mojó un paño y volvió hasta ella.

— Perdonadme por el desorden. — su boca se disculpaba, mas su sonrisa disoluta le decía que no había cualquier arrepentimiento verdadero.

Después de limpiarla, él volvió a abrazarla.

— ¿Vos estáis bien, dulzura?

Catherine acarició los cabellos de él, con una sonrisa cansada, mas satisfecha en los labios.

— No dolió tanto cuanto yo temía.

— ¡Eso me deja aliviado! — Sebastian se acostó de lado, un dedo de él descendiendo por el cuello de ella, hasta llegar a los senos bonitos, dibujando sus contornos. — ¿Vos gustasteis?

Ella mordió el labio, las mejillas rosadas.

— Tal vez más de lo que yo debería. — y entonces escondió el rostro con una almohada.

Sebastian la quitó y volvió a colocarse sobre ella.

— Vos no tenéis que tener vergüenza de vuestra sexualidad conmigo, Catherine. — mordisqueó su labio y la dejó sentir su miembro ya erecto nuevamente, junto al vientre.

— Mas... ¿qué es eso?

— ¿Adivináis? — susurró, lamiendo toda la extensión del cuello de ella.

— Cómo... ¿Cómo vos sois capaz de ya estar así nuevamente?

— Es porque estoy loco por vos, señorita Clarke, desde la primera vez que os vi.

— Mas... — ella se removió bajo él. — Nosotros... ¿ya podemos... hacer de nuevo?

Sebastian quedó serio, corriendo un dedo por la faz de ella.

— Hasta podemos. No obstante, temo que vos estéis aún muy sensible, mi ángel.

Catherine envolvió el cuello de él, una pierna irguiéndose para enlazar un muslo de ella.

— ¿Podemos intentar? — preguntó tímidamente y la verga de él pulsó.

— ¿Tenéis certeza?

— Tengo. — Catherine susurró y mordió levemente el labio de él, irguiendo la otra pierna para envolver nuevamente la cadera de él. — ¿Vos queréis?

— Santo Dios, ¡no tenéis idea de cuánto! — ella le vio escupir en su mano y esparcir por sus pliegues, poco antes de encajarse de nuevo en su intimidad. — Decidme si sentís dolor, ¿está bien? — le oyó decir entredientes, escurriendo para dentro, ahora despacio.

— Está bien. — sí, ella estaba sensible. Empero, el deseo de tenerlo sumergido en su carne era mayor. Y no hubo el dolor de antes. Ni toda la resistencia también. — ¡Sebastian! ¡Yo te amo tanto!

— ¡Oh, Catherine! ¡Mi dulce Catherine!



Capítulo Quince



Catherine despertó acurrucada al pecho de él y recibiendo besos por todo su rostro. Sonrió, aun antes de abrir los ojos.

— ¡Buenos días, pequeño jazmín! Pensé que tal vez estuvieses un poco exhausta, entonces creí que podríamos bañarnos juntos, esta mañana. — sugirió el duque.

— ¡Yo adoraría! Solo dejadme vestir las ropas y pediré que traigan la tina... — Catherine intentó levantarse, mas él impidió.

— Yo pido. — Sebastian lanzó las cobijas para el lado y quedó de pie, completamente desnudo, dejando a Catherine avergonzada. ¿Un día ella se habituaria a aquello?

Entonces ella se alarmó, levantando el cuerpo, apoyada en los codos, teniendo certeza de cubrir los senos con la sábana.

— ¡Esperad! ¿Cómo traerán la tina, conmigo aquí, en vuestra cama? — ella se alarmó.

— Escondeos. — él dio de hombros, divertido.

— ¿Por Dios, dónde? — miraba alrededor. ¡Con certeza ella no cabría en las gavetas de la cómoda!

— Sed creativa.

Ella estrechó los ojos y le fusiló. Entonces acabó distrayéndose al observarlo vestirse. Sus músculos que estaban volviendo a quedar definidos se tensionaban. Era un lindo espectáculo. ¡Nunca pensó que un día hallaría a un hombre desnudo hermoso!

— ¿Estáis gustando de la visión? — Sebastian dijo bajito, su tono seductor.

Ella desvió la mirada, mordiendo el labio, encabulada y sonrió.

— Yo también gusto de contemplar vuestro cuerpo, cariño. Y no hay nada de errado en eso, ahora que somos amantes. — dijo con un parpadeo, mientras abría la puerta y salía.

Catherine pensó mucho sobre aquella palabra. ¿Eran amantes? ¿Qué nivel de proximidad exigía para que dos personas fuesen consideradas amantes? ¿Hacer amor? Sí, probablemente. Ellos habían hecho. ¿Exigía también que hubiese amor? Bien... Existía de la parte de ella, mas él no le había dicho lo mismo de vuelta.

Ella tragó en seco. Llevó las manos al rostro, un sollozo escapando de su garganta. ¿Por qué las cosas eran tan complicadas así? Estaba realmente confusa, no sabía qué pensar y considerar. ¿Qué acontecería ahora? Tal vez hubiese actuado por la presión de la situación, por amor. Mas la realidad la estaba alcanzando ahora. Sebastian había dejado claro que no se casaría con ella, y Catherine se entregó al duque, aun sabiendo eso. ¿Entonces qué? ¿Cómo sería de allí en adelante?

Salió de su devaneo al oír las voces de las criadas llegando. ¡Oh, Dios, se olvidara de esconderse! ¿Para dónde iría? Aún desnuda, quedó de pie, emboló sus ropas y entró debajo de la cama, sin pensar mucho, y torciendo para que nadie soñase que ella estaba allí.

Las criadas entraron en el cuarto, dejaron la tina y la llenaron con agua caliente, y mientras tanto, debajo de la grande cama, Catherine se mantenía en silencio, oyendo a las criadas conversar.

— ¿Está todo listo? — Sebastian entró en el cuarto, su mirada barriendo el lugar, y él sonrió discretamente, imaginando dónde ella se había escondido.

— Sí, vuestra gracia. — las mujeres se curvaron en una reverencia y se fueron.

— ¿Dónde estáis vos, mi pequeño jazmín? Siento vuestro olor, mas no consigo veros. — él habló aproximándose de la cama. Frunció la frente, imaginando que ella podría estar allí. — Podéis salir, la broma acabó.

Una Catherine jadeante se deslizó por el suelo, rodando para fuera de la cama. Al lado de ella, Sebastian reía roncamente, hallando gracioso en qué situación ella se había colocado.

— ¡No tuve tiempo de encontrar un escondite mejor! O era eso, o esconderme en la chimenea de la chimenea. — lamentó ella, intentando cubrirse con el vestido arrugado.

Sebastian comenzó a desabotonar la camisa que estaba vistiendo, y la derribó en el suelo, en seguida dejando al lado el pantalón. Estaba desnudo nuevamente. Sintió la mirada de ella sobre él, mas ignoró, aun cuando su miembro comenzase a despertar. Él fue hasta ella, sacó el vestido

de sus manos, dejándola también desnuda. Descendió una mirada lenta, demorada por el cuerpo de ella.

— Vos sois linda, Catherine. — susurró, sosteniendo su mano, y la condujo hasta la bañera, haciéndola entrar en el agua que ahora estaba en la temperatura adecuada.

Al lado de la tina, ella prendió los cabellos en un moño alto. Entonces colocó un pie, después el otro en la tina, con la ayuda de él. Catherine suspiró al sentir el agua en su piel. Los pezones se endurecieron, y ella sintió una necesidad grande de tocarlos, mas se contuvo. Hubo también algún tipo extraño de hormigueo en su región íntima, mas ella intentó ignorar. Cuando él entró en el agua, sentándose detrás de ella, la joven sintió el miembro erecto de él tocarle las nalgas, y eso causó aún más deseo que comenzó a hervir dentro de ella.

El duque cogió el jabón perfumado, lo restregó en la mano y comenzó a lavar las espaldas de ella, haciendo círculos, y llevándolos hasta los brazos.

— Irguíd los brazos. Así. — orientó él. Ella lo hizo, y él tuvo acceso a los senos, agarrándolos, pellizcando los pezones. — ¿Gustáis de eso?

— Sí. — la voz de ella sonó ronca de placer. Catherine lanzó la cabeza para atrás, recostando en el hombro de él.

La exploración continuó. Sebastian manipuló los pezones con empeño, apretando y masajeándolos, haciéndola ablandar en sus brazos. La mano de él descendió entonces hacia el vientre, demorándose allí, en un prenuncio de lo que vendría por adelante. Sí, ella sabía lo que quería, él también, entonces Catherine esperaba que él llegase allá luego, pues no sabía si podría esperar mucho más. Ella hizo mención de llevar la mano hasta donde precisaba, mas él la impidió.

— No hagáis eso. Yo os daré placer, en el momento cierto. — le mordió la oreja, y volvió el rostro de ella hacia el suyo, para besar las comisuras de la boca de la joven. — Decidme, Catherine, ¿vos ya os tocasteis alguna vez?

— Sí-sí. Después de que vos... — se interrumpió, bajando la cabeza, avergonzada.

— ¡Vamos! ¡Decid! No tenéis que esconder nada de mí.
Tomando coraje, ella admitió.

— Después de que vos... me besasteis allá.

— ¿Yo haberos hecho gozar despertó vuestro interés por placer? — él preguntó a su oído.

— Creo que sí. Había aprendido en las clases de religión, que una muchacha no debía tocarse allá abajo. Después... Que quedamos juntos, no conseguía entender por qué no se podría tocar, ¡cuando es algo tan bueno!

— ¡Muchacha esperta! — Sebastian sonreía entre sus cabellos. — ¿Y pensabais en mí cuando hicisteis eso? — probó él, curioso.

Catherine bajó de nuevo la cabeza, mordiendo el labio, una sonrisa culpada en su boca.

— ¡Respondedme, jazmín! — la sacudió levemente.

— Sí. — admitió la joven. — Yo pensaba en vos, Sebastian.

Él se sintió satisfecho en saber que ella había dado placer a sí misma pensando en él, y más aún por ella comprender que era de él, y que debería usar su nombre de bautismo para referirse a él.

— Ahora, seré yo quien os toque. — la mano de él se deslizó entre las piernas de ella, separando los pliegues, encontrando la perla de placer que tenía allí, los dientes mordisqueando el lóbulo de la oreja de ella. Contorneó despacio, sacando un gemido de la garganta de ella. Después, al verla agarrándose con fuerza en los bordes de cobre de la bañera, aceleró los movimientos. — ¿Gustáis de eso, Catherine?

— ¡Sí! — ella gemía, el cuerpo ondulando en dirección al toque de él.

— ¿Vos queréis más?

— ¡Sí! Preciso de más, Sebastian. — pidió, moviendo la cadera contra la mano de él.

— Es todo para vos, mi pequeño jazmín. — sosteniendo con una mano el rostro de ella, los labios de él besando la mejilla de la mujer, mientras con otra mano la hacía alcanzar un orgasmo poderoso.

Catherine alzó vuelo en dirección al cielo, cuando sintió la sensación abrasadora apoderarse de ella. Y cuando cayó de vuelta a la Tierra, estaba en los brazos de su amado. De su amante. Ah, ella entendía entonces. Eso era ser amante.

— ¿Tenéis certeza de que no se puede morir de eso? — preguntó, volviéndose hacia él, que sonreía lindamente hacia ella.

— ¿Morir de placer? No creo que sea posible. Mas si aconteciese, creo que sería una buena manera de morir. — bromeó Sebastian.

Ella se sintió más relajada, al fin y al cabo estaba en los brazos de él, estaba envuelta por él. Y ahora sabía, no importaba mucho el futuro, ella quería aprovechar el momento, no sabía hasta cuándo estaría así... Al lado de él.

— Habladme de cuando erais niño.

— ¿Cómo así? — él quedó confuso con la pregunta.

— Quiero conoceros mejor. Por ejemplo, decidme cuál fue vuestra diversión favorita cuando erais pequeño. — preguntó Catherine, la cabeza escorada en el hombro de él.

El pecho de él se sacudió, una risada genuina saliendo del fondo de su garganta.

— Que nadie me oiga decir eso, mas yo gustaba de escondite. Tipo lo que hicisteis ahora poco debajo de mi cama. — él hundió su nariz en los cabellos de ella. — ¿Ya dije que vuestro perfume es mi olor preferido?

Ella sonrió, entrelazando los dedos a los de él.

— ¿Es un jabón que usáis?

— Sí. Yo misma hago. Aprendí en un libro de receta de mi abuela. ¡El libro es realmente una reliquia! Las recetas que tengo hecho para vos también vienen de allá.

Sebastian besó el alto de la cabeza de ella.

— ¡Libro bendecido! ¡Las recetas de él pueden haber salvado mi vida!

Catherine mordió el labio, al oírlo hablar aquello.

— Sebastian... ¿Qué pensáis sobre vuestra mejora?

— ¡Que fue vos quien consiguió el milagro, señorita Clarke! — él la estrechó en sus brazos. — ¡Mudasteis toda mi alimentación, hicisteis que yo me moviese nuevamente! ¡Vuestros tés medicinales también deben haber contribuido mucho!

— Mas... ¿Vos no pensáis en el facto de cómo quedasteis tan enfermo?

— Bien... ¿Qué yo podría pensar? ¡Ni mismo los médicos descubrieron lo que yo tenía!

Catherine quedó pensativa. ¿Debería comentar sobre sus sospechas? No tenía ninguna prueba, mas ya estaba obvio que la causa de la enfermedad de él había sido envenenamiento. Y, hasta el momento, estaba consiguiendo contornear la situación, trocando la vela, sin dejar que el primo notase eso, mas... ¡No podía dejarlo cerca del duque! Él podría

descubrir lo que ella estaba haciendo y... Dios no permitiese, mas podría mudar de táctica. Y aún había la sospecha de que el hermano del duque era la mente por detrás de todo. ¿Cómo decir aquello a Sebastian? Simplemente no sabía qué hacer.

— Quedasteis quieta de repente...

Catherine se acurrucó a él.

— Es solo que yo no quiero que quedéis enfermo de nuevo.

— Yo no voy. Quedaos tranquila.

— ¡Es bueno aun! — ella resopló.

— Desde que mi amado hermano se fue, preciso que sepáis que este es el momento que más feliz en la vida. Aquí con vos. — la respiración de ella aceleró, nerviosa. El duque trazaba pequeños dibujos en el hombro de ella. — Si esto acabase hoy, yo aún estaría feliz, Sebastian. Por lo poco que viví con vos hasta aquí. Ya hizo toda mi existencia valer la pena, ¡porque yo os amo!

— ¿Por qué estáis hablando de ese modo? — él se dobló de lado, para encararla. — Esto no va a acabar...

Catherine se alejó de él, yendo hacia el otro lado de la bañera, quedando de frente, abrazando las rodillas. Tenía los ojos rojos, y una expresión triste.

— Soy consciente de que esto no producirá buenos frutos. Si yo fuese una mujer correcta, ni mismo debía haberme involucrado con el señor. Mas yo... — se miró, cubrió los senos y salió del agua. — Disculpad.

Mientras ella se secaba y se vestía, Sebastian salió de la bañera, haciendo lo mismo. Estaban en silencio, él no sabía qué decir, no esperaba que un momento de intenso placer fuese a transformarse en aquello.

— Preciso trabajar, vuestra gracia. — ella dijo arreglando mejor sus cabellos en el moño. — Si precisáis de mí, tocad la campanilla y yo vendré.

— Catherine. — él la hizo parar cuando ella estaba cerca de la puerta. Se volvió hacia él, encarando con una mirada de decepción. — Preciso de vos ahora.

— Estoy aquí para serviros, vuestra gracia. ¿Cómo puedo ser útil?
— Catherine estaba con las manos juntas en frente del cuerpo, los hombros encogidos.

Sebastian frunció el ceño, sin entender el repentino comportamiento de ella. Caminó en su dirección y ella no se esquivó. Continuó parada

esperando que él llegase hasta donde estaba. Y cada paso que él daba en su dirección, más ella sentía el corazón disparar.

— ¿Por qué quedasteis así? ¿Qué puedo hacer para dejaros feliz? — sonrió, tocando su rostro.

Catherine pensó en aquello. ¿Casarse con ella? ¿Darle los hijos que ella nunca esperó? ¿Decirle que la amaba? No, aquello nunca acontecería. Él ya había dejado aquello claro antes.

— Quedaos bueno luego, vuestra gracia. Porque sentiré que hice bien mi trabajo y podré partir tranquila...

Él cerró la cara y la sostuvo por el brazo.

— ¿Partir? ¿Por qué estáis hablando de eso? ¡No permitiré que os vayáis tan pronto! Catherine. — Al ver la confusión en la mirada de ella, su tono fue más blando. — Quiero decir que preciso de vos a mi lado por mucho tiempo. — ante la mirada persistente de ella, Sebastian inspiró con dificultad y la soltó. — Yo no puedo dar aquello que tanto queréis, Catherine, por todas las razones que ya conversamos. Mas puedo, donarme completamente a vos mientras sea posible. Podemos hacer que esto sea bueno para los dos.

Él aún no había dicho que la amaba... Eso ya bastaría para dejarla feliz. Catherine intentó alejarse, mas él la sostuvo y la besó.

Y, tal vez aquel haya sido el beso más dulce y más puro que ya habían trocado, pues el corazón de ella gritaba que estaría al lado de él hasta el fin. Aun cuando en el de él, estampase una banderola las palabras "no puedo ser aquello que deseáis".

¿Sería suficiente amar sola?

— Preciso ir. — ella le empujó delicadamente y se fue. Precisaba de un tiempo para sí.

Solo, Sebastian pasó la mano por los cabellos, exasperado y suspiró. ¿Qué había mudado? Ella dijera que le aceptaría, aun siendo un bastardo. ¿Habría mudado de idea, después de que la fiebre de la pasión se enfrió?



Capítulo Dieciséis



Después de la noche que comenzó desastrosa, se tornó maravillosa y terminó extraña dejándolo frustrado, el duque de Eninston, resolvió procurar al hermano. No le había dado debida atención, después de tanto tiempo sin verse y estaba sintiéndose culpado por eso.

Era la primera vez desde que llegara a Londres que saldría de casa, la ansiedad le tomaba, porque estaba recomenzando su vida lentamente, y ese era un grande paso.

— ¿Vuestra gracia tiene certeza de que yo no preciso ir junto? — insistió una seria Catherine, arreglando el casaco de él, mas sin encararlo.

— Quedaos tranquila. Quedaré bien. Esperadme, y yo volveré mejor de lo que estoy saliendo. — Sebastian capturó la mano y la sostuvo firme, cuando ella intentó alejarse y besó su palma, en seguida depositándola en su pecho. — Estoy confuso con lo que aconteció en el final de la noche.

Ella sonrió tristemente y bajó sus ojos hacia las manos entrelazadas. Eran muchas cosas, en verdad. Sus dudas, sus anhelos... Mas no quería lanzar todo sobre el lord en aquel instante. Él en realidad no tenía culpa de nada. Ellos no tenían. ¿Quién imaginaría que se involucrarían de aquella forma? El destino era traicionero...

— Debería saber que las mujeres son complicadas, vuestra gracia. — tocó el rostro de él levemente, estaba recién afeitado, lo que ahora él mismo conseguía hacer con sus propias manos, y que era motivo de orgullo para ella. — Id y divertíos. No os olvidéis de protegeros del frío. Temo que nieve esta noche.

Los ojos azules de Sebastian brillaron en la dirección de ella, mientras llevaba la mano de ella a los labios, para un beso más. ¿Cómo un hombre podía ser tan hermoso? Los ojos del color del cielo, las cejas gruesas muy bien dibujadas armonizando con el restante del rostro.

Catherine se vio hipnotizada por aquella mirada. Se recordó de todo lo que habían compartido en la cama de él y mordió el labio.

El duque tal vez haya visto la lasciva en su mirada, al comenzar a bajar su cabeza... Y en ese instante, alguien batió a la puerta, y ellos se alejaron inmediatamente.

Maldiciendo bajito, él se alejó de ella.

— Entrad. — el duque dijo aproximándose de la puerta, sin disfrazar el malhumor.

Edward apareció, los ojos recorriendo de uno para otro, pareciendo desconfiado. Catherine bajó el rostro, las manos cruzadas en frente del cuerpo, mientras un clima extraño tomó cuenta del cuarto. Ella intentaba disfrazar, mas había mudado su comportamiento cerca de él. ¡Ya no conseguía más quedar a la voluntad con él, cuando desconfiaba de que ella estaba intentando matar al hombre que ella amaba!

— Su carroza está lista, señor. — anunció el ayuda de cámara.

Sebastian dio una última mirada hacia Catherine, y pasó por Edward sin decir ninguna palabra y salió.

Cuando el duque partió y ella y el primo quedaron a solas, el clima en el aposento quedó aún más incómodo.

Intentando desnublar un poco, Catherine forzó una sonrisa.

— Creo que voy hasta la cocina a preparar el postre del duque.

— Voy con vos. — él estiró un brazo, para que ella tomase el frente.

La moza siguió por el corredor al hombre, sintiendo el corazón disparado en el pecho. Era extraño pensar que estaba caminando al lado de un posible asesino y él tenía en las venas su misma sangre.

Entonces, ellos entraron en la cocina, caliente y con olor de comida, y la cocinera sonrió al verla. Era gracioso cómo Catherine ya se sentía parte de aquella casa, como cada detalle de aquel lugar hiciese como si ella fuese de aquel lugar mismo. Tal vez fuese la proximidad con el duque que hiciese eso, pensó.

— Preciso de fresas, por favor. — pidió con una sonrisa.

Cuando la criada fue a buscar en la despensa, ella dio la vuelta a la mesa y se sentó en el banco. Sus ojos no dejaban a Edward, que en ese momento estaba confiriendo la comida en las ollas.

— ¿Habéis notado cómo el duque mejoró en los últimos tiempos, primo?

El hombre la encaró, serio y mudo. Demoró a esbozar reacción, y cuando lo hizo, movió un único músculo en el rostro.

— Sí, noté, prima. Eso es bueno, ¿cierto? Aunque yo no entienda lo que de facto aconteció. — comentó él, sentándose en el banco en frente de la joven.

Catherine colocó el codo sobre la mesa y apoyó el rostro sobre la mano, contemplándolo con una mirada curiosa. Precisaba controlarse, pues su voluntad era de gritar, acusarlo, mas intentaría otra táctica. Tal vez hacer lo posible para desestabilizarlo.

— Contaré algo que me ha hecho desconfiar de lo que sea el factor principal para la enfermedad del duque. — la joven miró hacia los lados, se certificó de que nadie estaba por allí, y susurró. — Tengo fuertes indicativos para creer que lord St. John esté siendo envenenado. — y quedó investigando las reacciones del hombre.

Edward la contempló por un largo instante.

— ¡Esa es una sospecha muy seria, prima! ¿Quién podría estar haciendo eso? — quiso saber él, aturdido.

Ella no dijo nada por un instante, encarándolo con desconfianza, mas él ni siquiera parpadeaba. Obviamente una forma de no entregarse.

— Pensé en el hermano del duque, lord Benedict. — concluyó ella y siguió examinándolo. — ¿Creéis que puede ser él?

Él sostuvo la mirada. En seguida cayó una carcajada sonora.

— ¡Por Dios, mujer! ¿De dónde sacasteis una idea tan absurda? Todos que viven en esta casa saben que los hermanos St. John más viejos no son muy amigos, mas pensar que lord Benedict podría descender tan bajo... ¡Aceptad un consejo, Catherine! ¡No digáis esas tonterías a más nadie! ¡Van a creer que vos sois loca!

Catherine sintió el estómago retorcer. Era triste y asqueroso, notar cómo el primo era disimulado.

— Es apenas una desconfianza, como podéis ver, primo. Lo importante ahora es que lord St. John está bien, y quedará mejor a cada día. — comentó ella, animada.

— Realmente, la mejora de él es notable a cada día. — Edward sonrió. — El duque está tan autosuficiente que decidió que no precisaba de mi compañía hoy.

— Él está sí. Estoy orgullosa de la evolución de él. — Catherine estaba sonriendo de nuevo, y eso hizo al primo fruncir la frente,

encarándola.

— Más que nadie, vos debéis estar orgullosa, ya que sois tan próxima del duque. — insinuó él y ella notó una punta de desprecio en la voz de él.

Catherine tragó en seco. ¿Qué él estaría sugiriendo? ¿Será que el primo sabía de su involucramiento con Sebastian? ¿Estaba tan explícito así? Ella estaría arruinada y, posiblemente, ¡nunca más conseguiría un trabajo digno!

La joven fue salvada cuando la señora Elkins apareció con una cesta de fresas. Ella dejó sobre la mesa, en frente de los primos, y ni desconfió de la conversación que había acontecido hacía instantes.

— Escuchad todos. — Catherine paró en el centro de la cocina y habló alto, llamando la atención de todos los criados por allí. — A partir de hoy, seré la responsable por toda la alimentación del duque.

— ¿Por qué eso, niña? — la señora Elkins quiso saber.

— Porque organicé una dieta especial y rigurosa para él, para fortalecerlo. De esa forma, nadie, absolutamente nadie, — sus ojos posaron en el primo. — está autorizado a dar nada a él. ¿Estamos entendidos? Ni mismo un simple té. ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

La mayoría la miró con extrañeza, Edward dio de hombros y la señora Elkins, una mujer sensata y muy bondadosa como era, asintió de pronto.

— Si me permiten, tengo que comprar algunas cosas para la cena. — Edward se levantó y salió rápido.

Solas, la cocinera y Catherine se miraron y sonrieron una para otra.

— ¿Precisa de ayuda, señorita?

— No es necesario. — la joven quedó de pie, lista para batir la nata hasta volverse crema, y cortar las fresas. — Espero que ese postre caliente el corazón del duque.

— Ah, ella va, señorita. — la cocinera parpadeó para la amiga. — Aún más hecha por vuestras manos.

Catherine rió, encabulada con el comentario.

Sebastian descendió en frente de la casa del hermano. Él ni debería estar allí. Él prometiera visitar a Anthony en aquel día. No a Benedict. Mas el duque hizo lo que mandó su corazón, y él ni era dado a hacer eso. Respiró hondo, aún sintiendo dolores leves en el pulmón. Estaba frío, no tanto como los otros días, mas congelaría si continuase allí.

Mas, la puerta fue abierta, y Benedict apareció, siempre bien vestido, y estaba serio mientras descendía las escaleras, llegando hasta el hermano más viejo, mirándolo de abajo hacia arriba. Sebastian sabía de una verdad; el hermano era muy orgulloso, y vanidoso también. Mientras Philippa y Anthony se mostraban tener un corazón bello, el otro era desde niño el más difícil de todos.

— Parecéis bien hoy, hermano. — comenzó Benedict, reticente. — Cuando recibí el aviso de que vendríais hoy, quedé pensando si debería o no aceptar la vista, después de lo que aconteció en la otra noche. — decía, no pareciendo arrepentido de sus palabras y haciendo un gesto para que el otro entrase.

El duque avanzó algunos pasos, retiró el sombrero y el casaco pesado, entregándolos al ayuda de cámara.

— Olvidemos la otra noche, Benedict. El futuro es más importante que el pasado. — indicó Sebastian, caminando despacio, examinando la sala que hacía años no veía, ya que hacía tiempo que no visitaba al hermano. Gustó de la decoración, aunque fuese lujosa de más para su gusto. Había dorado de más por allí. Una señal de ostentación. Bien el estilo de Benedict, pensó.

El más nuevo, indicó que él se acomodase en una poltrona al lado de la chimenea, mientras seguía hacia una mesa muy bien servida de bebidas y colocaba whisky en dos vasos.

— Confieso que me admira que aún penséis en el futuro cuando estáis en el pie de la fosa. — alfileró, entregando uno de los vasos al hermano.

— Dejemos una cosa clara, Benedict. — Sebastian probó un sorbo, mas lo abandonó en seguida, en la mesita al lado. Salir de casa ya había sido un grande paso. Beber ya debería ser otro. — Yo no voy a morir, al menos no por ahora. Me siento bien y fuerte. — declaró Sebastian. — Sé que vos no tenéis ningún sentimiento por mí, y que queréis verme muerto, Bene, mas yo solo quería que entendieses que la única cosa que quiero, es la certeza de que esa familia no se extinguirá. Philippa es la única casada. Y, infelizmente, no hay señal de que tendrá un hijo tan pronto... O si un día conseguirá embarazarse. — suspiró tristemente, pues sabía del deseo de la hermana de tornarse madre.

El lord más joven pensó por un momento.

— ¿Vos realmente vinisteis hasta aquí para cobrarme que yo me case y que tenga un hijo? ¡Nosotros ya pasamos por eso tantas veces! ¡Eso ya está quedando aburrido, hermano!

— ¿Hasta cuándo planea llevar esa vida disoluta?

— Primero. — apuntó con el dedo en ristre. — Si vos estuviéseis saludable, yo apuesto que aún estaríais viviendo vuestra vida de libertino. Segundo... — abrió los brazos, irguiendo un hombro. — ¿Por qué yo pararía con algo que me da mucho placer?

— ¿Será que vos no veis lo que está siendo discutido aquí? — Sebastian se exaltó y levantó la voz, batiendo el bastón en el suelo.

— ¡Sí, yo veo! — retrucó, torciendo los labios. — ¡No subestiméis mi inteligencia!

— Entonces, ¿por qué toda esa insistencia en ir contra vuestras obligaciones familiares?

— ¡Yo ya dije! — Benedict se colocó de pie, también exaltado. — ¡No voy a curvarme a las voluntades de un hombre que no reconoció mi lugar en esa mierda de familia!

Sintiendo súbitamente las piernas más débiles, Sebastian tuvo cierta dificultad en colocarse de pie.

— ¿Vos estáis haciendo eso por berrinche? Porque nuestro padre...

— ¡Mi padre! — el lord batía en el propio pecho.

— ¡Nuestro padre, desde que él me aceptó como su hijo! ¿Y estáis todo rabioncito porque Noah no os nombró duque...? ¿Es serio que no veis todo lo que eso implicaría? Creedme, yo no soy apegado a ese título. ¡Yo lo entregaría de buen grado! Mas, ¿será mismo que no pensáis por un segundo, en lo que eso acarrearía para la reputación de esa familia? ¿De nuestra madre?

Al final, los dos se entre-miraban, furiosos, jadeantes.

— Nuestra madre no está más aquí para sufrir con eso...

— ¡Mas Philippa está! — argumentó. — ¡Anthony está! Vos podéis no preocuparos con lo que sería de vos, si ese escándalo fuese descubierto. Yo también no me importo. Mas pensad en nuestros hermanos. Siendo apuntados en los bailes, en la corte o por donde pasasen, como blanco de chismes. ¡Eso acabaría de una vez la estabilidad emocional de nuestra hermana!

— Estáis errado, Sebastian. No soy el monstruo que me pintáis. Yo... Tengo consideración, sí, consideración por nuestros hermanos. —

rebatíó Benedict.

— Entonces, ¿por qué aún actuáis de esa forma?

El lord se alejó hacia un lado de la sala, retiró una pequeña cajita de uno de los bolsillos del chaleco, abrió y llevó un poco del polvo allá de dentro a la nariz y aspiró. Sebastian solo esperaba que fuese apenas rapé...

— Porque soy rebelde...

— ¿No estáis un poco viejo para eso?

— Vinisteis a buscar una respuesta, ¿cierto? Bien, ella no mudó desde la última discusión. Yo no pretendo casarme. No pretendo tener un hijo. ¿Estáis satisfecho?

— ¿Aun yo siendo un bastardo? — inquirió el otro.

Sebastian tosió un poco, algo que hacía días no hacía más y se apoyó en el bastón.

— Vinisteis con otro pedido hoy también.

Benedict sonrió de forma cínica.

— ¿Por qué creo que ya sé de lo que se trata?

— ¡Quiero que dejéis a la señorita Clarke en paz!

— ¡Yo sabía! — el otro reía. — Sabéis que no, hermano. Quiero a aquella mujer para mí.

Los dos ya sabían eso, debido a las actitudes del lord. Mas ahora él, colocando en palabras, le dejaba aún más perturbado.

— ¿Aun sabiendo que tengo interés en ella?

— ¿Pretendéis casaros con ella?

Sebastian corrió una mano por la nuca, cogido de sorpresa por la pregunta. Él no sabía lo que el futuro le aguardaba. No sabía si viviría lo suficiente para dar a Catherine una vida segura. Y ella merecía a alguien mejor que él. Alguien que no fuese un bastardo, sangre sucia. Aun cuando ella dijese que no... Bien, ella había mudado después de todo lo que habían pasado juntos. Tal vez ella hubiese visto con claridad cómo sería si se casase con un hombre como él.

— ¡Vos también no! — él cerró los ojos por un instante, cuando sintió un fuerte vértigo tomarlo.

— Mas seré sincero con ella, cuanto a eso. ¿Vos también estáis siendo?

Gotitas de sudor se acumularon en la frente de Sebastian, aun con el frío que hacía. Él se sintió caliente y comenzó a jadear. Se dejó caer de

vuelta en la poltrona, sintiendo el temblor apoderarse de él. ¿Qué estaba aconteciendo?

— Ora, ¿hombre estáis sintiéndoos bien? — Benedict le sostuvo, cuando el hermano perdió las fuerzas. — ¡Bah, habladme!

— Yo solo preciso volver a casa, Bene. Llevadme a casa. Llevadme a Catherine. — el duque pidió, jadeante.

Benedict pasó el brazo del hermano sobre su hombro y comenzó a gritar por los criados, para que preparasen la carroza rápidamente. Prácticamente arrastrando a Sebastian, llegó al frente de la casa con dificultad, pues el hermano era muy grande y pesado. Casi que juntamente con ellos, la carroza paró en la calle, donde le hizo subir en la carroza con la ayuda de dos criados, y se colocó al lado de él en el banco, el duque cerrando los ojos inmediatamente después de que su cuerpo posase sobre el asiento.

Catherine había terminado sus quehaceres y conversaba con algunas criadas, cuando fue informada de que había acontecido algo con el duque. Y ella solo quedó al tanto de la situación realmente cuando vio a Benedict entrar en la casa arrastrando al hermano, que estaba agarrado al más joven con empeño para no caer.

— ¿Qué aconteció? — ella se alarmó, al verlo tan pálido y casi desfallecido. — ¿Vuestra gracia?

— Ayudadme a llevarlo hasta el cuarto. — pidió Benedict, recibiendo ayuda de la joven, los dos cargándolo escalera arriba. — Precisamos llamar a un médico, señorita.

— Nada de médicos. Quedaré mejor con los cuidados de Catherine. — un exhausto y enfermo Sebastian murmuró cuando llegaron al alto de la escalera.

Ella no tuvo tiempo de preocuparse con él llamándola por su nombre, frente a los criados de la casa de Benedict. Él precisaba de cuidados y rápido.

— Este cuarto aquí. — apuntó Catherine. Ella abrió la puerta. — Vamos a colocarlo en la cama.

Cuando el duque fue dejado sobre la cama, él cerró los ojos y suspiró débilmente. Catherine colocó la mano sobre el pecho de él, sintiendo el corazón acelerado. Usó también un pañuelo para secar el sudor acumulado en la frente. Él estaba con fiebre. La joven se olvidó de que Benedict estaba allí y se puso a cuidar del duque. Vertió de una jarra un

poco de agua en una palangana, mojó el pañuelo y pasó por el cuello del hombre, refrescándolo.

— Estáis tan linda hoy, mi pequeño jazmín. — balbuceó Sebastian, delirando.

— ¿Qué tiene él? — Benedict preguntó al lado de la cama, mirando hacia el hermano, de arriba.

Catherine le lanzó una breve mirada mortal. Aparentemente, ellos estaban juntos. ¿Benedict habría hecho algo?

Estaba sentada en la cama, del lado del duque, y sostenía la mano de él en la suya, muy preocupada.

— Una fiebre intensa y algunos delirios. Mas va a pasar. — dijo de mala voluntad, sin encararlo.

— La señorita es muy buena en lo que hace. — elogió él, un trazo de malicia en la voz de él. — Ya os ofrecí empleo, después de que...

— Debería conteneros, milord. — de esa vez ella no disfracó su mirada fulminante. — Vuestro hermano está oyendo perfectamente todo lo que decís. — alertó Catherine.

En silencio, Benedict caminó hasta la ventana del cuarto, encarando la calle allá afuera.

De canto de ojo, Catherine contemplaba al lord preocupada con la presencia de él allí. No quería que el hombre profiriese palabras amargas en el entorno del duque, pues creía que todo lo que Sebastian no precisaba era del hermano en su lecho hablando cosas desagradables para él. Ella ni siquiera sabía si no había sido el mismo quien había dejado al duque en aquel estado.

— Lord St. John precisa de descanso. — dijo, firme. — Creo que está así porque se esforzó de más yendo hasta el señor. Él estaba bien, mas no tanto para una aventura como esa. Entonces tal vez sea mejor que el señor vaya.

— Sí, sí. Creo que no hay más nada que yo pueda hacer por aquí. Mandad noticias tanto de vida, cuanto de muerte. — dijo Benedict antes de salir por la puerta.

Cuando el otro se fue, ella abrazó al duque.

— ¡Reaccionad, Sebastian! ¡Por favor! Luchad un poco más. Por mí... — susurró Catherine cerca del oído del hombre.

Sebastian sostuvo la mano de ella sin mucha fuerza, indicando que la oyera.



Capítulo Diecisiete



Después de que Benedict salió, Catherine continuó al lado de Sebastian, ahora velando su sueño, haciéndole ingerir algunos sorbos del té misterioso que había encontrado en el libro de su abuela. Él consistía en una mezcla de muchas hierbas, acababa quedando con gusto bien fuerte, mas ella lo endulzaba con miel, colocaba algunas gotas de limón y la bebida se tornaba tragable. Tenía certeza de que él había ayudado mucho en la recuperación del duque antes. Entonces, si antes le daba en dosis homeopáticas, en aquella tarde, le hacía beber en más cantidad. Si había algo extraño en su sistema, esperaba que el té tuviese la función de hacer una limpieza.

Estaba muy preocupada con el estado de salud de él. Y confusa. Ya no creía que su enfermedad tenía que ver con el frío. Él estaba siendo envenenado. Catherine ya tenía certeza de eso. Y tenía certeza también de que Edward estaba involucrado en todo aquello. No obstante, de esa vez... Sin informarle, el duque había ido a ver al hermano. Y volviera pésimo de allá. No dudaba de que Benedict estaba por detrás de aquellos eventos, mas... ¿Sería capaz de atentar contra el hermano, tan descaradamente? Bien, no dudaba de eso, ya que Sebastian mejoraba a ojos vistos. Tal vez tomado por la rabia o prisa de librarse del duque, lord St. John resolvió actuar por cuenta propia. Ella se sintió inútil por no conseguir proteger a Sebastian. Y se sentía impotente también por no saber con quién hablar sobre aquello todo. Temía contar al duque y él no creer. Porque sería un grande choque para ellos y sus hermanos. Y había aún que no tenía ninguna prueba. Sería la palabra de una criada contra la de un lord.

Ella continuó mojando el pañuelo en el agua fría y pasando en el rostro de él, había abierto la camisa, revelando el pecho del hombre, y su mano posó allí sobre el corazón, viendo que él se había calmado. ¡Buen Dios! ¡Le amaba tanto! No sabía lo que haría si él partiese.

Era casi noche cuando Sebastian despertó. A pesar de los dolores por el cuerpo, abrió una sonrisa al ver que la primera imagen que tenía era de la señorita Clarke. Tenía un libro en sus manos, mas sus ojos estaban perdidos en algún punto fuera de la ventana. No había percibido que él despertara, entonces el duque aprovechó para estudiar su rostro de expresión fruncida y concentrada, admirando los trazos delicados de la nariz y de los labios bien dibujados. Era bonita, la más bonita de todas que ya conociera, precisaba admitir ahora.

Él quería entender lo que acontecía cuando estaba cerca de Catherine Clarke. El duque simplemente no actuaba como un hombre racional cuando tenía la presencia de la bella mujer a su lado. Su aroma le inebriaba, la dulzura de sus labios le hacía perder la razón, y la suavidad de su piel ante el toque de sus manos era el paraíso. La señorita Clarke era como un vicio, más peligroso que el opio, mas él no se importaba, desde que la tuviese para sí. Sebastian era consciente de que no podría tenerla para siempre... En verdad, no sabía cuánto tiempo él tendría, una vez que había recaído misteriosamente. Tal vez no estuviese así tan fuerte cuanto juzgaba.

De repente, una preocupación le rondó. ¿Qué sería de Catherine, si él partiese bruscamente? Suspiró bajito y eso llamó la atención de la joven.

— Vuestra gracia despertó finalmente. — dijo ella, aproximándose con una sonrisa que le dejaba absolutamente encantado y le ayudó a sentarse en la cama. — ¿Cómo os sentís?

— Como si una carroza hubiese pasado por encima de mi cuerpo. — reclamó, acomodándose en las almohadas. — ¿Cuánto tiempo yo dormí?

— Algunas horas. No debéis levantaros aún. — ella argumentó, cuando le vio alejar las cobijas, mas él la impidió con un gesto de mano. Entonces cogió el bastón dejado al lado de la cama y quedó de pie con un poco de dificultad.

— Entended, si yo vuelvo a esta cama, no saldré más de ella. Preciso apenas... Vivir, señorita Clarke. — determinó, convicto de que sería inútil quedar acostado allí. Ahora, más que nunca, tenía otra razón por la cual luchar por su vida.

Catherine meneó la cabeza reprobando, no obstante, no le impidió, pues le entendía. Tal vez un poco de caminata fuese de facto bueno para él.

— Está cierto, vuestra gracia. Debéis estar con hambre. Preparé una cena especial, bien reforzada, con carne de cordero, patatas y aquella tarta de nata que tanto gustáis. — Catherine dijo dulcemente.

Sebastian sonrió maliciosamente, colocándose en frente de ella, rodeando su cintura con una mano y trayendo para cerca de su cuerpo. Entonces inhaló el perfume detrás de su oreja. Ella se erizó, rió bajo y sabía que debería alejarlo, mas simplemente no tenía fuerzas.

— Quiero cenar, sí. Mas hay otra cosa de la que yo gustaría mucho deliciarme esta noche. — las palabras estaban marcadas por una voz ronca y sensual.

Catherine cerró los botones de la camisa de él, mientras Sebastian jugaba en su cuello, mordisqueando su piel. Ella precisó concentrarse el doble de lo que normalmente precisaría para efectuar aquel pequeño trabajo. Estaba inebriada por lo que él hacía, su piel eriziéndose, su respiración tornándose jadeante.

— Mis vestidos nuevos llegaron hoy a la tarde. — contó ella, para intentar distraerlo. — El más bonito de todos es uno verde, y espero usarlo en un momento especial, vuestra gracia.

— No precisáis esperar el momento cierto para usarlo. Yo gustaría de veros usándolo para mí esta noche, mi pequeño jazmín. Tal vez en una cena especial. — susurró en el oído de ella.

— ¡Yo adoraría! ¡Mas no puedo! ¡Soy apenas una criada aquí! — lamentó la joven. — ¿Qué dirían los otros criados?

— ¡Maldición! Entonces apenas vestidlo para mí. Y entonces venid a verme, más tarde esta noche. — Sebastian mordisqueó el lóbulo de la oreja de ella, en la tentativa de persuadirla. — No se debe rechazar un convite de un noble. Y no estoy mandando, señorita Clarke. Es un pedido. Por favor. — uniendo las dos manos de ella, las llevó a los labios, besando una, después la otra, los ojos azules centellantes, fijos en los de ella.

¿Cómo decir no a aquel hombre? ¿Cómo resistir a los encantos de lord St. John? Era imposible.

— Yo vendré. — concordó ella, dándose por vencida. Le alejó. — ¿Precisáis de ayuda para trocaros?

— Puedo hacer eso solo. Estoy aún un poco adolorido, mas creo que doy cuenta.

— ¿Vos tenéis idea del porqué haber quedado tan mal de repente? Él quedó pensativo.

— Creo que exageré un poco. Tal vez debiese haberme preparado más para antes de salir de casa. Y el frío debe haber contribuido también.

— ¿No comisteis nada o bebisteis, mientras estuvisteis en la casa de vuestro hermano? — siguió investigando ella.

— Apenas una pequeña dosis de whisky.

— ¿Fue el lord Benedict quien sirvió?

— Sí, mas... ¿Por qué tantas preguntas sobre eso? — el duque extrañó.

— Ah... no es nada. Apenas intentando descubrir si algo que comisteis pudiese haberle hecho mal. Traeré vuestra cena ahora. Y... — corrió una mano por la nuca, encabulada. — Volveré más tarde.

— Estaré a vuestra espera, dulce ángel.

Después de servir la cena del duque, Catherine dejó el cuarto y fue hasta el suyo propio, lanzándose en la grande cama de dosel en un salto, siendo abrazada por las almohadas de pluma de ganso y por el colchón suave. Llevó la mano a la frente para saber si estaba con fiebre también, mas era apenas pasión, ella consideró. Porque la verdad es que estaba totalmente envuelta por Sebastian, tanto sexualmente, porque había descubierto maravillas en los brazos de él, tanto cuanto románticamente, ya que el hombre envolvía todas las emociones de ella.

No obstante, en el auge de sus veinticinco años, no era tan ingenua cuanto deberían todos pensar al ver su rostro de niña. Sabía que todo lo que estaba viviendo al lado de Sebastian, no tendría futuro. No se importaba más, para decir la verdad. Había algo que ella comprendiera con la muerte de personas que amaba; la vida era única, los momentos eran únicos, y deberían ser vividos como bien eran, y sobre todo, sin arrepentimientos. No, Catherine no se arrepentía de haberse entregado al duque, y si eso la convertía en una promiscua, ella, sí, lo era. Amaba al duque de Eninston y pasaría al lado de él, el tiempo que le fuese posible. Él haber enfermado de nuevo y de forma tan rápida la dejara asustada. Y... si un día Sebastian se fuese... Catherine al menos sabría que había vivido su grande amor.

Se lavó usando el jabón perfumado, y colocó el vestido verde, aquel la dejara encantada. Como no podría llamar a alguien para ayudarla, porque, ¿cómo explicaría estar vistiéndose de aquella forma, a aquella hora de la noche? Así, tuvo que hacer mil contorsionismos para cerrar la pieza, mas, aun así, los tres últimos botones quedaron abiertos. Prendió el cabello, que había lavado en aquella tarde y que tenía el olor especial de jazmín, en un arreglo bonito en el alto de la cabeza.

Catherine calzó los zapatos y fue hasta la ventana, costumbre que ella tenía todas las noches, de mirar hacia la calle y la noche, el cielo que estaba estrellado. Suspiró largamente. Era como si por la primerísima vez su corazón estuviese en el lugar cierto. En el lugar que pertenecía. Y sabía que eso era apenas una falsa sensación. Empero, era lo que tenía para vivir en el momento.

Disfrazando el sentimiento extraño, aguardó que toda la casa se tornase silenciosa para entonces ir al encuentro del duque. Después de escabullirse por el corredor, le encontró a la puerta del cuarto, esperándola. Se había arreglado también. Usaba una camisa blanca, pantalones negros y botas. Los cabellos estaban húmedos, lo que sugería que él había tomado un baño también. ¿Sería posible que escuchase los latidos desenfrenados de su corazón cada vez más rápidos a cada paso que se aproximaba del duque? Esperaba que no.

Cuando llegó en frente de él, se encararon, y Catherine hizo una medida rápida.

— Buenas noches, lord St. John. — saludó ella.

Él abrió una sonrisa discreta, los ojos presos en los de ella.

— Yo diría que es una linda noche, señorita Clarke. ¡Mirad hacia vos! — decía él, examinándola entera. — ¡Estáis simplemente una visión!

— Gracias, vuestra gracia, mas... — ella se colocó de espaldas. — ¿Podríais ayudarme con esos botones pequeños aquí?

Sebastian paró bien próximo de él y corrió las puntas de los dedos por la porción de carne expuesta.

— Yo no debería hacer, una vez que quedaría más fácil...

— ¿Más fácil? — quiso saber la moza.

— De quitar más tarde. — susurró contra la oreja de ella, antes de besar su hombro y entonces abotonar la pieza.

Catherine rió bajito, nerviosa.

— Venid. — el duque cogió la mano de ella y la llevó para dentro de su cuarto y entonces la acomodó en la poltrona. — No podemos cenar juntos, mas podemos degustar un vino. — apuntó hacia la botella y dos copas dispuestas sobre la mesita de centro.

— No sé si es una buena idea que el señor beba hoy. No pasasteis muy bien el día...

— ¡Solo una copa. Prometo! — dijo, sirviendo dos dosis pequeñas.

— ¿Qué fuisteis a hacer en la casa de Benedict, al fin y al cabo? —
inquirió ella, cogiendo la copa que le era ofrecida.

El duque se acomodó al lado de ella y suspiró.

— Fui a intentar, una última vez, colocar juicio en la cabeza de aquel hombre que cree que aún es adolescente. Hacerle entender que él tiene obligaciones con esa familia. No obstante... Como podéis imaginar, fue en vano una vez más. Mas había otro asunto importante que quería discutir con él. — la miró sugestivamente. — Fui a dejar bien claro que no aceptaré que él se aproxime de lo que es mío.

— ¿Vuestro? — ella arqueó una ceja. — ¿Qué es vuestro, vuestra gracia?

— Hay algo que me pertenece, señorita Clarke. Algo más valioso que toda mi fortuna, más bonito que todos mis caballos pura sangre, y más delicioso que cualquier postre. — volvió a contemplarla. — ¿Sabéis de lo que estoy hablando?

— No hago la mínima idea de lo que sea.

— Fui a decirle que os deje en paz.

— ¡Oh! ¡El señor no tiene que hacer eso!

— Sí, yo tenía. Él no tiene el derecho de quedar en vuestro entorno, actuando como si vos... — el duque se interrumpió.

— ¿Como si yo qué, vuestra gracia?

Tomando una larga respiración, él la encaró.

— Como si la señorita fuese una... Mujer sin compromiso.

Ella tragó en seco y quedó en suspenso. ¿Qué él quería decir?

— Oíd, Catherine. Sabéis que no tengo mucho a ofreceros. Soy solo yo. No hay un paquete. Casamiento, hijos... ¡Yo no puedo prometeros eso!

Bajando la cabeza, la joven, fijó los ojos en las manos cruzadas sobre el regazo.

— Y, después de hoy... — proseguía él. — ¡Yo ni mismo sé cuánto iré a durar!

— ¡No digáis eso, Sebastian!

— Estoy siendo realista, mi dulce ángel. Entonces, — él abandonó su copa y vino a arrodillarse en frente de ella, tomando sus manos. — si me dejáis cuidar de vos...

— ¿Cuidar de mí? ¿Estáis pidiéndome... que yo sea vuestra amante? Sebastian bajó su mirada, súbitamente avergonzado.

— Vos dijisteis que no planea casaros. Si vos tuviéseis planes de matrimonio, yo juro, yo me alejaría para que siguiéseis vuestra vida. Mas gustáis de estar conmigo, ¿cierto?

— Sí. Yo gusto, vuestra gracia. — confesó en un hilo de voz.

— Entonces, sed mía. Prometo que tendréis vuestro futuro asegurado. No tendréis que preocuparos con nada...

— Yo acepto, Sebastian. — le interrumpió ella, una mano sobre el rostro de él. — No por lo que estáis ofreciéndome materialmente. ¡Mas porque yo os amo!



Capítulo Dieciocho



Sebastian se colocó de pie y tomó el rostro de ella entre las manos.

— Solo conocí el amor de mis padres y hermanos. Nunca amé a una mujer. Entonces... yo no sé con claridad si lo que siento ahora es amor. Solo sé que vos me hacéis bien. Siento aún más voluntad de vivir... por vos, mi adorada. — él la besó, al mismo tiempo, de forma tierna, exigente, inflamada.

Las manos nerviosas buscando por los botones, él del vestido de ella. Ella, de la camisa de él. No demoró mucho y luego estaban desnudos, los cuerpos entrelazados, uno siendo la extensión del otro, los besos nunca cesando.

Sebastian la llevó a la cama, en seguida, separó sus piernas y hundió su cabeza entre ellas. Catherine jadeó, gimiendo alto, cuando le sintió besar su íntimo, succionando su botón delicado. Enmarañó sus dedos en los cabellos de él, moviendo la cadera en dirección a su toque, porque gustaba de eso y ya había aprendido que él también.

Metiendo una mano sobre el trasero de ella, la sostuvo en suspenso, castigando su clitoris con pinceladas rápidas, otra mano apretando un seno, los ojos investigando las reacciones de ella. Fue despiadado, no parando hasta tenerla explotando en éxtasis, bajo el comando de su lengua. Ahora subiendo por su cuerpo, recorriéndola con besos, llegó hasta su oreja, mordisqueando su lóbulo y susurrando.

— Abríos para mí, Catherine. ¡Preciso poseeros ahora!

Ella prontamente envolvió su cuello, irguió sus piernas para enlazar su cadera y también elevó su pelvis para él, ofreciéndose.

Sebastian sonrió contra su boca, una mano arreglando su miembro, encajándose entre los pliegues resbaladizos.

— Buena niña. ¿Vos me queréis dentro de vos, mi jazmín?

— ¡Sí! — gimoteó ella, ansiosa, ondulando bajo él.

Él arremetió, penetrándola totalmente.

— ¡Vos me tenéis todo, mi adorada! — movió hacia adelante y hacia atrás, en una fricción erótica, deliciosa. — ¡Mi cuerpo, mi alma! ¡Cada mínima nuanca de mi ser! ¡Vivo por vos, Catherine Clarke!

La nieve había llegado durante la noche, y por la mañana, cuando Sebastian despertó, se levantó con cuidado, desvencijándose de las piernas y brazos de Catherine, intentando no despertarla. Fue hasta la ventana y vio la fina capa blanca en la calle, y no hesitó en sonreír, pensando que sí, había conseguido ver la nieve en aquel año. Y eso era un milagro, y él ni era un hombre religioso para creer en tales cosas. No obstante, en aquellos últimos tiempos, la verdad es que comenzara a cuestionarse internamente sobre el sentido y la esencia de la vida. Lo que antes importaba tanto, ahora no tenía más el mismo valor. El dinero no ordenaba su vida, la lujuria de procurar a las mujeres más bonitas por allí, no eran más necesidades. Sebastian prefería ahora la calma de una casa acogedora, una comida bien hecha, y los cariños de una única mujer...

Ella despertó bien en ese instante, bostezando y rascando un ojo. Él la halló la mujer más linda del mundo, despertando toda desordenada por el sexo que hicieron durante la noche.

— ¿Por qué estáis mirando hacia la nieve como si fuese un niño queriendo jugar, vuestra gracia? — preguntó Catherine con una sonrisa dulce, con voz ronca.

— Porque, en el fondo, tal vez yo quiera mismo. — él volvió a la cama y se metió en el abrazo que ella le ofrecía. — Mis abogados vienen hoy para ponerme al tanto de los resultados de las últimas inversiones. — llevó la mano de ella a los labios y la besó. — Tendréis la tarde libre, mi señorita.

— Creo que voy a aprovechar ese tiempo libre para ir de compras. ¿Es posible? — cuestionó, jugando con los cabellos ya medio crecidos de él.

— Es una buena idea. Mas abrigaos muy bien. No quiero que quedéis enferma. Yo os daré dinero para que compréis lo que queráis...

— No es necesario, vuestra gracia. Aún tengo todo el pago que recibí hasta ahora conmigo.

— No precisáis contentaros solamente con un salario ahora. Yo dije que cuidaría de vos.

Catherine quedó quieta, sintiéndose extraña con las palabras de él.

— Yo le informaré si precisar de algo más... — dijo bajito, en un tono distante.

— Estaba pensando en algo.

— ¿En qué?

— ¿Vos gustáis del campo?

— Bien... sí. Creo que gusto. Pasé mucho tiempo allá, una vez que tenía a Leo para cuidar y entonces a mi padre. Mas aproveché mucho de lo poco que pasé en aquel lugar.

— Estoy pensando en comprar una casa para vos, no muy lejos aquí de la ciudad.

Ella prendió la respiración, asustada por la novedad.

— Mas, ¿por qué haríais eso?

— Para que podamos quedar más a la voluntad. Contrataré un buen equipo de criados, que sean bien discretos y de mi total confianza, para servirlos. ¿Qué creéis?

Ella le abrazó, haciendo que él abrigase su cabeza luego arriba de sus senos, para que no viese su expresión. Ahora que eran amantes, él... ¿quería esconderla?

— Podemos pensar sobre eso después, cuando vos estéis más fuerte. ¿No creéis mejor?

— Sí, vos tenéis razón. En ese medio tiempo, tendremos que tener cuidado. No quiero a los criados de la casa cuchicheando por los rincones sobre vos. Y tiene aún a vuestro primo.

Ella quedó alerta.

— ¿Qué tiene él?

— Bien, él es vuestro pariente y más viejo. Si sospecha de lo que está aconteciendo entre nosotros, temo que os envíe para lejos de mí.

Catherine le estrechó aún más en el abrazo.

— ¡Nunca! ¡Nadie me alejará de vos, Sebastian!

— Yo nunca permitiría eso, de cualquier forma, mi jazmín. Mas es mejor evitarnos un clima entre vosotros dos, una vez que sois parientes.

Evitar un clima... ella pensó. Él ya existe, mas por un motivo mucho más serio.

— Vuestra barba está creciendo. — dijo, pensativa, cuando corrió una mano por el rostro de él.

— ¿Creéis que yo no quedo bien de barba? — Sebastian la interrogó, mientras deslizaba una mano por el propio rostro.

— Creo que sois tan hermoso que aun cuando uséis trapos, quedaréis atractivo. — confió Catherine. — Mas no dejéis que eso infle vuestro ego, vuestra gracia.

— ¡Tarde de más, señorita! — rió él, encajándose entre las piernas de ella.

— ¡Ni penséis en eso! — empujó, sin mucha fuerza, los hombros de él, cuando sintió la erección insinuarse junto a su sexo. — ¡Nosotros no tenemos tiempo para eso!

No obstante, luego en seguida, él la penetraba largamente, mientras abocaba un pezón.

— ¡Tarde de más, señorita! — repitió.

A la tarde, el duque de Eninston se reunió con sus abogados. Mientras tanto, muy bien abrigada, y rechazando vehementemente la compañía de la señora Elkins, cuando el duque sugirió que la mujer debería ir con ella, Catherine fue al centro de la ciudad, cargando su bolsita azul, donde guardaba su dinero de aquel mes.

Morando en la casa del duque, ella no precisaba preocuparse con comida, ropas y un techo. De esa forma, podría gastar el valor que recibía con cosas que ella gustaría y que nunca pudiera antes, porque su vida podría no haber sido miserable, mas vivía con lo básico. Y, es claro, que su elección era obvia. Ella fue hasta la librería más antigua de la ciudad, con una placa de madera en la fachada, y muchos libros expuestos en la vitrina, la cual ella paró para admirar por un tiempo.

Catherine entró, su presencia siendo anunciada por una encantadora campanita instalada arriba de la puerta. El olor de la tinta y del papel se esparcían por el lugar. ¡Era muy agradable!

Una joven bonita, rubia y de ojos verdes estaba detrás del mostrador para atenderla.

— ¡Hola! ¿Qué gustaría de leer, señorita? — la moza preguntó, con una sonrisa cálida en los labios. — Tenemos mitología, filosofía, historia, romance y botánica.

Tímidamente, Catherine confesó.

— En la casa en que vivo, hay mucha cosa para leer, mas no encontré aún un buen romance. ¿Podría indicarme alguno?

— ¿Qué mujer vive sin un buen romance, cierto? — la moza le sonrió, cómplice. — ¡Estáis con suerte! Recibimos ese volumen esos días.

— ella fue hasta la estantería y cogió un libro con tapa roja, adornada por arabescos negros.

Catherine hojeó el libro, leyendo algunos trechos, y concordó que sería una buena lectura para los próximos días. Ella iba a gustar mucho de pasar parte de sus tardes en frente de la chimenea leyendo una buena historia de amor.

— ¡Voy a llevar! — entregó el libro a la vendedora, animada. — ¿Qué es eso? — apuntó hacia una tira de cuero con un colgante dorado en la punta.

— Es un marcador de páginas, señorita. Para dejar en el libro, en la página que paró de leer. — explicó la joven.

— ¡Es lindo! ¿Puede embalar, por favor? Quiero regalar a alguien.

La rubia embolsó el marcador en un papel color marfil, y colocó una cinta de cuero para prender.

— ¿La señorita es nueva en la ciudad? Si no se importa en hablar, claro.

— No hay problema ninguno. Estoy trabajando en la casa del duque de Eninston.

La moza arregaló los ojos.

— ¿Mismo? Mi familia y la familia St. John es muy próxima.

Bien... era, hasta la muerte del duque y de la duquesa. Después, los hijos fueron dispersándose y alejándose. Excepto por Anthony. — los ojos de la joven brillaron al hablar del benjamín de la familia. Seguimos buenos amigos... yo creo.

— ¡Mirad! ¡Eso es muy interesante! Soy Catherine Clarke. — ella extendía la mano.

— Ava Bennett. Es un placer, señorita.

— La señorita y Anthony deben haber matado la nostalgia, ahora que él regresó.

— Ah... él... ¿regresó? — la otra pareció confusa y Catherine se arrepintió por hablar de más. — Bien... es que... bien, yo he estado ocupada con la librería... Ella pertenece a mi familia, entonces...

— ¡Yo entiendo! — Catherine oró que aquel momento incómodo nunca hubiese ocurrido. — ¡Mas fue un placer conoceros, señorita Bennett! No hice amigos en la ciudad aún, mas adoraría si un día pudiésemos marcar un té.

— ¡Yo adoraría, señorita Clarke!

Entregó el libro y el regalo a Catherine, que pagó orgullosamente el valor con el dinero que cargaba. Trocaron sonrisas y se despidieron.

Al salir de la librería, Catherine sintió que estaba cada vez más frío. Ella había considerado ir hasta el puesto de frutas del otro día, para comprar orgullosamente con su dinero, los dátiles tan caros que no pudiera antes. Mas, decidió que era mejor volver a casa luego. ¡Tal vez, haya sido una locura haber ido a pie hasta el centro de la ciudad, rechazando la carroza que el duque le ofreciera! ¡No contaba con que fuese a enfriar aún más!

Mientras caminaba apresurada por la acera, avistó al lord Benedict St. John conversando luego al frente. Ella le vio primero. E hizo la cosa más sensata de todas.

Desvió de él. Dio la vuelta, atravesando la calle deprisa antes de que una carroza pasase por encima de ella. Mas percibió que ya era tarde, pues él la vio y fue tras ella, llamando por su nombre.

— ¡Señorita Clarke! — se aproximó de ella, y la joven paró, disfrazando su girada de ojos. — Qué coincidencia encontrarla por aquí hoy.

— ¡Lord St. John! ¡Buenas tardes! ¿Cómo estáis? — le saludó con una falsa sonrisa y una reverencia. — Lamento no tener tiempo de conversar, mas preciso volver a la casa del duque.

— ¿Estáis yendo a pie? — él pareció incrédulo. — ¿Puedo al menos ofrecer mi carroza para que no sintáis tanto frío durante vuestra caminata?

— No es una buena idea, milord. — Catherine sintió el viento cortando en su rostro, mas se negaba a entrar en la carroza con él.

— Bien, entonces iré a acompañaros, pues quiero ver a mi hermano. Id al frente, señorita Clarke. — él indicó el camino.

Pisando con rabia, endureciendo la mandíbula y profiriendo todas las palabrotas posibles en su mente, Catherine se colocó en frente de él, que luego la alcanzó. Cada vez que imaginaba a Sebastian solo con el hermano, el alma de ella se helaba. ¿Y si él intentase nuevamente? ¡En lo que dependiese de ella, eso nunca más acontecería!

— Mi hermano me dio un susto ayer. — comentó él, con las manos cruzadas en las espaldas, caminando despreocupadamente.

¡Cómo él era cínico!

— Él apenas tuvo un malestar.

— Envidio la suerte de él en tener a alguien como vos. Yo no tengo dudas de que fue vos quien consiguió revertir... lo que quiera que haya

acometido a mi hermano.

— ¡Haré de todo para proteger al duque! — dijo con firmeza, aun cuando eso pudiese sonar como una amenaza para el lord.

— ¿Proteger? Creo que no entendí. ¿Proteger de qué, señorita?

Catherine paró, se volvió y le encaró.

— ¿No entendisteis aun, milord?

— ¡Absolutamente nada! — reafirmó.

Ella bufó, sin disfrazar de esa vez, volviendo a seguir camino. De esa vez más rápidamente.

— ¿Por qué estáis tan súbitamente preocupado con vuestro hermano, milord? ¡Creía que estabais ansioso para que él partiese! — alfileó, no conteniendo su petulancia.

Benedict sonrió, siguiéndola de cerca, jalándola para el lado cuando una carreta pasó muy cerca de ella.

— Yo no soy un hombre malo, señorita. No me veáis así. Yo solo quiero lo que es mío por derecho. Si en algún momento esperé por la muerte de mi hermano, fue en la mejor de las intenciones. — el tono de él era de broma y eso la dejó aún más irritada.

Se cuestionó ¿cómo era posible que un hombre fuese tan cretino como él!

Catherine se calló por el restante del camino, pues, si prosiguiese, podría decir cosas que no debía. Ya estaba quedando desesperada. Sin saber qué hacer. Sin tener a quién recurrir. Pasó por su cabeza hablar con Philippa, que parecía ser bien sensata, mas Benedict no dejaba de ser su hermano. ¡Y ella nunca creería en una criada!

Si el hombre percibió su quietud, ignoró, pues siguió hablando por todo el recorrido. Cuando llegaron a la casa, ella siguió en el calcañar del recién llegado. Cuando este la miró, confuso, ella explicó.

— Voy a anunciaros al duque.

Batió a la puerta, esperó que fuese autorizada a entrar y lo hizo.

— Vuestra gracia, vuestro hermano desea veros. ¿Los abogados ya se fueron?

— Acabaron de salir. Benedict. — saludó y le recibió con un meneo de cabeza de vuelta.

Entonces ambos quedaron encarando a Catherine, que no se movió para dejar la sala.

— Ah... ¿os importáis los caballeros si me quedo por aquí? — tuvo que juntar mucho coraje para decir aquello, pues se trataba de mucha audacia para una criada. Mas ella estaba decidida a no dejar a Sebastian solo con aquel ser.

Miró dulcemente hacia Sebastian, que sonrió confuso.

— Señorita, discutiremos negocios. Que es algo bien aburrido. No creo que eso os deje entretenida...

— Yo traje mi nuevo libro. — apuntó. — ¡Voy a sentarme en frente de la ventana y ni van a notar que estoy aquí!

— Imposible no notaros, señorita. — Benedict galantó y recibió una mirada mortal del hermano.

— No me importo de que quedéis, señorita. — Sebastian le indicó que fuese a acomodarse.

Sonriendo, tomada de alivio, ella se sentó y, aunque una brisa helada viniese de la ventana, el paisaje compensaba.

Intentó concentrarse en el libro, mas su cabeza estaba a mil. Y, como Sebastian había dicho, ellos hablaron apenas de negocios. Tuvo que controlarse varias veces para no bostezar. Ofreció té a los caballeros, mas Benedict prefirió servirse de whisky. En lo más, todo corrió bien.

Ya pasaba de las nueve de la noche cuando Benedict se fue, y Sebastian se sentía exhausto por pasar el día trabajando. Exhausto, mas aun así satisfecho, ya que hacía mucho no hacía eso. Hasta se preparó para un nuevo embate, mas Benedict estaba relativamente calmo en aquel día y no hubo un grande roce. Lo que le incomodó y mucho, fue notar que ese su comportamiento se debía a la presencia de Catherine en el escritorio. Y, ¡percibir las miradas insistentes del hermano en dirección a ella, también le irritó de más! No obstante, saber que al final del día, la muchacha sería de él le tranquilizaba y le dejaba satisfecho.

Aprovechó y le colocó al tanto de los negocios que decían respecto a la familia, lo que el otro no dio mucha importancia. ¿Habría algo en la vida que realmente le interesase? Él temía saber la respuesta.

Cuando llegó al cuarto, Edward había dejado una taza de té caliente para que él bebiese. Era el mismo que le había servido algunos días antes. Él había dicho que era medicinal. Empero, el gusto era muy amargo. Hasta ponderó lanzar afuera, como de la otra vez. Mas tenía ciencia de que los tés de Catherine habían contribuido mucho para su mejora. Entonces, ¿por qué

no usufructuar de la bebida preparada por su ayuda de cámara, si podría beneficiarlo también?

Alguien batió a la puerta, y él sabía que era ella. Así que abrió y Catherine entró, Sebastian la tomó en los brazos aspirando el cuello de ella, sintiendo el olor que tanto le inebriaba. Fue reconfortado, transportado a los cielos y cuando cayó al suelo nuevamente, la tenía en los brazos, entonces la besó.

Se perdió en los labios de ella. Tenían un sabor dulce, que le impelió a besarla aún más, más profundo, tomando todo el deseo contenido allí en aquella caricia, prensándola junto a la puerta con su cuerpo.

— Esperad... — ella reía, intentando esquivarse de los avances de él. — Tengo un regalo para el señor. — Catherine se alejó para colocar el paquete marfil en la mano de él. — Es simple, mas como sois un hombre inteligente y gustáis de leer... Creí que gustaríais.

Él abrió el paquete y encontró el marcador de páginas.

— Es increíble. Gracias, amor. — besó el rostro de ella. — ¡Mas eso es injusto, porque yo no tengo ningún regalo para vos ahora!

— ¡Tenéis sí!

— ¿Qué? — él frunció el ceño, confuso.

— ¡Eso! — ella se lanzó en los brazos de él, robando el más delicioso beso.



Capítulo Diecinueve



Sebastian pasó muy mal en aquella noche. Y en la mañana siguiente aún no había mejorado. Catherine quedó desesperada, porque de esa vez, además de los acostumbrados síntomas, como dolores, dificultades para respirar y escalofríos, ahora él no paraba de vomitar. Ni mismo sus tés estaban parando en el estómago de él. Y también estaba delirando, balbuceando palabras incoherentes. Mas era difícil para él decir cualquier cosa. El sudor cubría todo su cuerpo.

Ella despertó a los criados, encargó a uno de ellos de ir en busca de un médico. Cuando Edward apareció a la puerta, ella le encaró. El hombre la ignoró, recostándose en el batiente de la puerta, los brazos cruzados, observando al duque decaer en la cama, como un buitre.

Tomada por la furia, ella paró ante él, los ojos inflamados.

— ¿Vais a quedar ahí mirando, primo?

— ¿Qué queréis que yo haga? — él dio de hombros. — ¡No soy médico, prima!

— Preciso de toallas limpias. ¡Id a buscarlas! — no importándose con las miradas sorprendidas que recibió de los demás criados y de la mirada fulminante que vino del ayuda de cámara.

Edward la encaró por algunos instantes y ella mantuvo esa mirada, de mentón irguído. Sin otra alternativa, el hombre partió pisando duro.

Cuando él desapareció de su campo de visión, ella volvió a concentrarse en el duque. ¿Qué había acontecido con él para que quedase así de repente? ¿Qué le había escapado? ¡Había dado órdenes para que nadie le diese nada! Se certificó de que no quedase solo con el hermano, las velas ya no eran más un problema... Catherine se preguntaba tristemente, sintiéndose impotente. Algunas lágrimas traicioneras rondaban sus ojos, mas ella las contenía con mucho ahínco. No quería que nadie las viese,

porque aún se trataba, a los ojos de los otros, una relación de patrón y criado. Nada más que eso.

Mas ella sabía que era mucho más. Era una relación de amor. Aun cuando no le hubiese dicho con las palabras Yo te amo, mas sentía que era correspondida. Y Catherine ya no soportaba más ver a Sebastian mal, oscilando entre la vida y la muerte, como ahora.

Estaba llegando alguien, entonces se recompuso.

— Señorita Clarke, el doctor. — una de las criadas anunció en la puerta del cuarto.

— Puede entrar. — ella llamó por el médico, cuando vio que sola no conseguiría dar cuenta de aquella vez. Dio espacio para que el hombre examinase al lord. — Vosotros, — Catherine se dirigía a los criados, acodados a la puerta. — podéis ir. Yo los mantendré informados. — A contragrado, ellos se dispersaron. — Él pasó mal la noche toda, doctor. No entiendo lo que aconteció con él. Estaba tan bien.

El hombre en la casa de los sesenta años, bajito, con poco cabello, comenzó a examinar a Sebastian, confiriendo los signos vitales, la temperatura y otros efectos. Estaba en silencio, no decía nada, muy compenetrado en lo que el hombre tenía.

Al lado, Catherine tenía los brazos cruzados, las manos frías, encarando al lord inconsciente, con el corazón a los saltos. Estaba aterrorizada con la idea de que el hombre que amaba estuviese a punto de partir. ¡Nunca aceptaría perder a Sebastian! Solo había conocido el verdadero amor entre un hombre y una mujer, hasta que él llegó en su vida. No era justo perderlo tan precoz y repentinamente.

El médico terminó de examinar y suspiró, ajustando los anteojos sobre la nariz puntuda.

— Confieso que el caso de lord St. John me causa espanto. No consigo entender lo que acontece con él, ni mismo los medicamentos que prescribo funcionan. — contó el hombre encarando a la joven.

— Doctor, — ella se aproximó, hablando en tono de confidencia. — creo que sé lo que él tiene.

El hombre la examinó de arriba abajo, posicionando sus anteojos mejor sobre la nariz, totalmente descreyente.

— ¿Sabéis? — su tono era espanto. — ¿Cómo podéis, si yo le cuido hacía meses y no descubrí aún?

— Yo sospecho que el duque esté siendo envenenado. — confesó, al fin.

El viejo médico frunció el ceño y lanzó una mirada hacia Sebastian, que aún deliraba.

— ¿Envenenado? Mas... ¡En todos mis años de medicina, nunca vi un cuadro tan complejo viniendo de un envenenamiento! ¿Y cuál sería el origen de ese envenenamiento, mi querida?

— Bien... Yo no sé a lo cierto... Primero noté las velas... Ellas tenían un olor extraño...

— ¿Estáis queriendo decirme que el lord fue envenenado por una vela? ¡No digáis sandeces, señorita!

— En el inicio yo creía que sí, eran las velas. Mas yo las retiré. Todas. ¡Y él mejoró! Y... De repente... ¡Esa recaída!

— Bien... Si fue esa la causa, yo os daré una solución que puede cortar el efecto nocivo de lo que quiera que sea, mas...

— ¿Mas?

El viejo médico suspiró.

— En el estado de él... Yo temo que pueda ser tarde de más.

— ¡Por favor! — ella llevó las manos a los labios, para contener un grito de desesperación. — ¡No digáis eso!

— Es todo lo que nos resta hacer. — el doctor le extendió un frasco de vidrio. — Dad eso a él, a cada dos horas. Y orad para que pare en su estómago. Por un acaso, ¿tenéis desconfianza de quién pueda estar atentando contra la vida del duque?

Ella pensó un poco. Sí, sabía bien quién podría estar por detrás de todo aquello. Mas ella no tenía ninguna prueba. Aún. Entonces, tendría que mantenerse callada.

— No, yo no sé quién puede estar haciendo eso.

El viejo hombre suspiró desilusionado.

— Si él sobrevive a esto, el próximo con certeza irá a matarlo. Entonces, tened certeza de descubrir al criminal de esa situación, porque si no... Él conseguirá alcanzar su intento.

La respiración estaba jadeante, el corazón apretado, mientras asistía al médico irse. Rápidamente, llenó una cuchara y la metió en la boca del duque. Él se debatió, escupió la primera cucharada. Ella intentó nuevamente. El hombre volvió a escupir. En la tercera tentativa, él tragó el líquido, no demoró mucho para vomitar todo. Colocándose detrás de él, le

sostuvo sentado, sus espaldas apoyadas en su pecho y metió otra cucharada, sosteniendo sentado, casi desfallecido, orando bajito para que su estómago sostuviese el remedio de aquella vez. Sebastian se retorció, hizo arcada, mas no vomitó. Lágrimas de alivio rodaron por la faz de ella, mientras ella le mantenía más tiempo en aquella posición.

Ella no tenía idea de cuánto tiempo quedó allí, sosteniéndolo. Solo que sus espaldas dolían, su cuerpo estaba tenso y su garganta parecía cerrada.

Catherine solo le acostó nuevamente, cuando escuchó un alboroto en el corredor. Después de notar la gravedad de la situación, había mandado a avisar a los hermanos del duque y los tres llegaron al mismo tiempo, acompañados del marido de Philippa.

— ¡Oh, yo no creo que él empeoró! — la vizcondesa enjugaba las lágrimas con un pañuelito, aproximándose de la cama, observando al hermano desfallecido.

— ¿El médico no puede hacer más nada? — Anthony no parecía el mismo joven alegre y juguetón del otro día, en su rostro había una máscara de tristeza.

— La vida es así. Todos morirán un día. — comentó Benedict al lado, mientras su mirada estaba sobre la joven criada.

Catherine le ignoró y se dirigió al hermano más nuevo.

— Yo conseguí medicarlo, vuestra gracia. Ahora es... — irguió un hombro, exhausta. — aguardar.

— ¡Por Dios, él va a salir de una más de esas! — Philippa se sentó a la orilla de la cama y tomó la mano del duque entre las suyas.

Ya era casi hora del almuerzo, Catherine nada comiera, desde la cena de la noche anterior. Sentía que sus fuerzas iban a desaparecer a cualquier momento, mas no saldría del lado de él, hasta que él tuviese una mejora. La señora Elkins insistió para que ella se alimentase, mas se rechazó. No tenía hambre.

También no permitiría que Benedict o Edward se aproximasen del duque, ni que para eso tuviese que hacer un escándalo.

Las horas fueron pasando y ella administró la medicación que ahora paraba en su estómago. La fiebre había cesado, los delirios habían ido embora. El sueño de él parecía un poco más tranquilo. Mas ella solo quedaría tranquila cuando él despertase. A su alrededor, Philippa, Henry y Anthony, juntamente con Catherine, no dejaban el cuarto. Benedict, por lo

que le fue dicho, se encontraba en la biblioteca. Bebiendo. Estaría conmemorando anticipadamente.

La noche ya estaba cayendo, cuando Sebastian despertó, confuso. El ímpetu de ella fue correr para abrazarlo, mas eso no sería posible, con la familia de él por allí. Quedó distante, admirándolo, él aún confuso. Philippa lloraba copiosamente, agarrada al hermano.

— ¡Vos nos disteis un susto, vuestro tonto! ¡Nunca más hagáis eso, estáis oyéndome?

El duque balbuceó alguna cosa y entonces pidió agua. Ella habría ido hasta él, mas Anthony se adelantó.

— Catherine... — oyó la voz baja de él llamar. — ¿Dónde está Catherine?

— Ella está bien allá. — Philippa apuntó, llamándola.

¡Fue muy difícil para ella estar tan próxima y no poder abrazarlo!
¡No poder dar salida a su llanto de alivio!

Paró al lado de la cama y los ojos turbios de él encontraron los de ella y una tenue sonrisa brotó en sus labios resecaos.

Philippa tomó una de las manos de Catherine entre las suyas.

— Creo que debéis vuestra vida a esa moza, mi hermano.

— Sí, ella fue una guerrera, Sebastian. — Anthony acrecentaba. — ¡No desistió de vos!

— Sí... — Sebastian volvió a balbucear. — Ella es mi ángel... — y entonces cayó en el sueño nuevamente, mas, de esa vez, tranquilamente.

Sintiendo que no soportaría más, Catherine pidió licencia y fue a su cuarto. Una vez en sus aposentos, se recostó en la puerta y dejó el llanto salir, tapando la boca para no hacer ruido, una vez que podrían oírla.

— Vos sabéis lo que va a acontecer, ¿no sabéis? — una voz masculina vino del rincón mal iluminado del cuarto, sobresaltándola.

— ¡Lord St. John! Cómo osáis...

— Vos sabéis, ¿no? — él repetía la pregunta, bebiendo a sorbos de un vaso.

Con la respiración jadeante por el susto, ella enjugó el rostro y enderezó el cuerpo. La voz de él estaba un tanto pastosa, lo que indicaba que ya había bebido además del límite.

— ¿De qué estáis hablando?

— Sebastian va a morir.

— ¡No, él no va! — rebatió, entredientes.

— ¡Sí, él va y vos sabéis eso! — el noble se colocó de pie abruptamente, caminando lentamente en su dirección. — Yo conversé con el médico.

De esa vez, Catherine prendió la respiración. ¿Tendría el doctor contándole sobre sus sospechas?

— Él no supo explicarme lo que mi pobre hermano tiene, mas dejó claro que, si hay una próxima vez... — hizo una pausa teatral. — él no va a resistir. Y nosotros sabemos que ella va a repetirse, ¿no es?

— ¿Eso es una amenaza?

— ¿Una amenaza? ¡Dulce querida! ¿De qué habláis? ¿Qué vos sabéis que yo no sé?

— ¡Tengo certeza de que el milord sabe más de lo que quiere contar!

Benedict paró ante ella, los ojos acinzentados estrechados, sondeándola.

— Mas, hablemos de lo que interesa. — su mirada mortecina siguió por el escote discreto de ella. — ¿Quién va a cuidar de vos cuando él se vaya?

— ¡El señor no tiene que preocuparse con eso! — retrucó, sintiendo asco por aquel hombre.

Benedict la rodeó, parando a sus espaldas, muy cerca.

— Será mi última oferta, señorita Clarke. Dejad... Que yo cuide de la señorita. Prometo que no os arrepentiréis.

Catherine ya tenía una respuesta lista. Iba a decir todos los desafueros que aquel hombre merecía oír... No obstante... Una idea le surgió. Juntando todo su coraje, se volvió hacia el lord y le encaró.

— Si yo acepto... Ir con el señor, ¿vais a dejar al duque en paz?

El hombre frunció el ceño, pareciendo confuso.

— ¿Vais a dejar que él viva en paz?

— Dejarlo vivir... ¡Ah, sí! ¡Claro! — asintió, con su tono pastoso, el aliento cargado de alcohol.

— ¿El señor promete?

— ¡Prometo todo lo que queráis, señorita Clarke!

Catherine se estremeció, un nudo se formó en su garganta. Bajó los ojos y contuvo la voluntad de llorar. Entonces, le encaró nuevamente, el mentón irguído.

— ¡Entonces yo voy con el señor!



Capítulo Diecinueve



Sebastian pasó muy mal en aquella noche. Y en la mañana siguiente aún no había mejorado. Catherine quedó desesperada, porque de esa vez, además de los acostumbrados síntomas, como dolores, dificultades para respirar y escalofríos, ahora él no paraba de vomitar. Ni mismo sus tés estaban parando en el estómago de él. Y también estaba delirando, balbuceando palabras incoherentes. Mas era difícil para él decir cualquier cosa. El sudor cubría todo su cuerpo.

Ella despertó a los criados, encargó a uno de ellos de ir en busca de un médico. Cuando Edward apareció a la puerta, ella le encaró. El hombre la ignoró, recostándose en el batiente de la puerta, los brazos cruzados, observando al duque decaer en la cama, como un buitre.

Tomada por la furia, ella paró ante él, los ojos inflamados.

— ¿Vais a quedar ahí mirando, primo?

— ¿Qué queréis que yo haga? — él dio de hombros. — ¡No soy médico, prima!

— Preciso de toallas limpias. ¡Id a buscarlas! — no importándose con las miradas sorprendidas que recibió de los demás criados y de la mirada fulminante que vino del ayuda de cámara.

Edward la encaró por algunos instantes y ella mantuvo esa mirada, de mentón irguído. Sin otra alternativa, el hombre partió pisando duro.

Cuando él desapareció de su campo de visión, ella volvió a concentrarse en el duque. ¿Qué había acontecido con él para que quedase así de repente? ¿Qué le había escapado? ¡Había dado órdenes para que nadie le diese nada! Se certificó de que no quedase solo con el hermano, las velas ya no eran más un problema... Catherine se preguntaba tristemente, sintiéndose impotente. Algunas lágrimas traicioneras rondaban sus ojos, mas ella las contenía con mucho ahínco. No quería que nadie las viese,

porque aún se trataba, a los ojos de los otros, una relación de patrón y criado. Nada más que eso.

Mas ella sabía que era mucho más. Era una relación de amor. Aun cuando no le hubiese dicho con las palabras Yo te amo, mas sentía que era correspondida. Y Catherine ya no soportaba más ver a Sebastian mal, oscilando entre la vida y la muerte, como ahora.

Estaba llegando alguien, entonces se recompuso.

— Señorita Clarke, el doctor. — una de las criadas anunció en la puerta del cuarto.

— Puede entrar. — ella llamó por el médico, cuando vio que sola no conseguiría dar cuenta de aquella vez. Dio espacio para que el hombre examinase al lord. — Vosotros, — Catherine se dirigía a los criados, acodados a la puerta. — podéis ir. Yo los mantendré informados. — A contragrado, ellos se dispersaron. — Él pasó mal la noche toda, doctor. No entiendo lo que aconteció con él. Estaba tan bien.

El hombre en la casa de los sesenta años, bajito, con poco cabello, comenzó a examinar a Sebastian, confirmando los signos vitales, la temperatura y otros efectos. Estaba en silencio, no decía nada, muy compenetrado en lo que el hombre tenía.

Al lado, Catherine tenía los brazos cruzados, las manos frías, encarando al lord inconsciente, con el corazón a los saltos. Estaba aterrorizada con la idea de que el hombre que amaba estuviese a punto de partir. ¡Nunca aceptaría perder a Sebastian! Solo había conocido el verdadero amor entre un hombre y una mujer, hasta que él llegó en su vida. No era justo perderlo tan precoz y repentinamente.

El médico terminó de examinar y suspiró, ajustando los anteojos sobre la nariz puntuda.

— Confieso que el caso de lord St. John me causa espanto. No consigo entender lo que acontece con él, ni mismo los medicamentos que prescribo funcionan. — contó el hombre encarando a la joven.

— Doctor, — ella se aproximó, hablando en tono de confidencia. — creo que sé lo que él tiene.

El hombre la examinó de arriba abajo, posicionando sus anteojos mejor sobre la nariz, totalmente descreyente.

— ¿Sabéis? — su tono era espanto. — ¿Cómo podéis, si yo le cuido hacía meses y no descubrí aún?

— Yo sospecho que el duque esté siendo envenenado. — confesó, al fin.

El viejo médico frunció el ceño y lanzó una mirada hacia Sebastian, que aún deliraba.

— ¿Envenenado? Mas... ¡En todos mis años de medicina, nunca vi un cuadro tan complejo viniendo de un envenenamiento! ¿Y cuál sería el origen de ese envenenamiento, mi querida?

— Bien... Yo no sé a lo cierto... Primero noté las velas... Ellas tenían un olor extraño...

— ¿Estáis queriendo decirme que el lord fue envenenado por una vela? ¡No digáis sandeces, señorita!

— En el inicio yo creía que sí, eran las velas. Mas yo las retiré. Todas. ¡Y él mejoró! Y... De repente... ¡Esa recaída!

— Bien... Si fue esa la causa, yo os daré una solución que puede cortar el efecto nocivo de lo que quiera que sea, mas...

— ¿Mas?

El viejo médico suspiró.

— En el estado de él... Yo temo que pueda ser tarde de más.

— ¡Por favor! — ella llevó las manos a los labios, para contener un grito de desesperación. — ¡No digáis eso!

— Es todo lo que nos resta hacer. — el doctor le extendió un frasco de vidrio. — Dad eso a él, a cada dos horas. Y orad para que pare en su estómago. Por un acaso, ¿tenéis desconfianza de quién pueda estar atentando contra la vida del duque?

Ella pensó un poco. Sí, sabía bien quién podría estar por detrás de todo aquello. Mas ella no tenía ninguna prueba. Aún. Entonces, tendría que mantenerse callada.

— No, yo no sé quién puede estar haciendo eso.

El viejo hombre suspiró desilusionado.

— Si él sobrevive a esto, el próximo con certeza irá a matarlo. Entonces, tened certeza de descubrir al criminal de esa situación, porque si no... Él conseguirá alcanzar su intento.

La respiración estaba jadeante, el corazón apretado, mientras asistía al médico irse. Rápidamente, llenó una cuchara y la metió en la boca del duque. Él se debatió, escupió la primera cucharada. Ella intentó nuevamente. El hombre volvió a escupir. En la tercera tentativa, él tragó el líquido, no demoró mucho para vomitar todo. Colocándose detrás de él, le

sostuvo sentado, sus espaldas apoyadas en su pecho y metió otra cucharada, sosteniendo sentado, casi desfallecido, orando bajito para que su estómago sostuviese el remedio de aquella vez. Sebastian se retorció, hizo arcada, mas no vomitó. Lágrimas de alivio rodaron por la faz de ella, mientras ella le mantenía más tiempo en aquella posición.

Ella no tenía idea de cuánto tiempo quedó allí, sosteniéndolo. Solo que sus espaldas dolían, su cuerpo estaba tenso y su garganta parecía cerrada.

Catherine solo le acostó nuevamente, cuando escuchó un alboroto en el corredor. Después de notar la gravedad de la situación, había mandado a avisar a los hermanos del duque y los tres llegaron al mismo tiempo, acompañados del marido de Philippa.

— ¡Oh, yo no creo que él empeoró! — la vizcondesa enjugaba las lágrimas con un pañuelito, aproximándose de la cama, observando al hermano desfallecido.

— ¿El médico no puede hacer más nada? — Anthony no parecía el mismo joven alegre y juguetón del otro día, en su rostro había una máscara de tristeza.

— La vida es así. Todos morirán un día. — comentó Benedict al lado, mientras su mirada estaba sobre la joven criada.

Catherine le ignoró y se dirigió al hermano más nuevo.

— Yo conseguí medicarlo, vuestra gracia. Ahora es... — irguió un hombro, exhausta. — aguardar.

— ¡Por Dios, él va a salir de una más de esas! — Philippa se sentó a la orilla de la cama y tomó la mano del duque entre las suyas.

Ya era casi hora del almuerzo, Catherine nada comiera, desde la cena de la noche anterior. Sentía que sus fuerzas iban a desaparecer a cualquier momento, mas no saldría del lado de él, hasta que él tuviese una mejora. La señora Elkins insistió para que ella se alimentase, mas se rechazó. No tenía hambre.

También no permitiría que Benedict o Edward se aproximasen del duque, ni que para eso tuviese que hacer un escándalo.

Las horas fueron pasando y ella administró la medicación que ahora paraba en su estómago. La fiebre había cesado, los delirios habían ido embora. El sueño de él parecía un poco más tranquilo. Mas ella solo quedaría tranquila cuando él despertase. A su alrededor, Philippa, Henry y Anthony, juntamente con Catherine, no dejaban el cuarto. Benedict, por lo

que le fue dicho, se encontraba en la biblioteca. Bebiendo. Estaría conmemorando anticipadamente.

La noche ya estaba cayendo, cuando Sebastian despertó, confuso. El ímpetu de ella fue correr para abrazarlo, mas eso no sería posible, con la familia de él por allí. Quedó distante, admirándolo, él aún confuso. Philippa lloraba copiosamente, agarrada al hermano.

— ¡Vos nos disteis un susto, vuestro tonto! ¡Nunca más hagáis eso, estáis oyéndome?

El duque balbuceó alguna cosa y entonces pidió agua. Ella habría ido hasta él, mas Anthony se adelantó.

— Catherine... — oyó la voz baja de él llamar. — ¿Dónde está Catherine?

— Ella está bien allá. — Philippa apuntó, llamándola.

¡Fue muy difícil para ella estar tan próxima y no poder abrazarlo!
¡No poder dar salida a su llanto de alivio!

Paró al lado de la cama y los ojos turbios de él encontraron los de ella y una tenue sonrisa brotó en sus labios reseca.

Philippa tomó una de las manos de Catherine entre las suyas.

— Creo que debéis vuestra vida a esa moza, mi hermano.

— Sí, ella fue una guerrera, Sebastian. — Anthony acrecentaba. — ¡No desistió de vos!

— Sí... — Sebastian volvió a balbucear. — Ella es mi ángel... — y entonces cayó en el sueño nuevamente, mas, de esa vez, tranquilamente.

Sintiendo que no soportaría más, Catherine pidió licencia y fue a su cuarto. Una vez en sus aposentos, se recostó en la puerta y dejó el llanto salir, tapando la boca para no hacer ruido, una vez que podrían oírla.

— Vos sabéis lo que va a acontecer, ¿no sabéis? — una voz masculina vino del rincón mal iluminado del cuarto, sobresaltándola.

— ¡Lord St. John! Cómo osáis...

— Vos sabéis, ¿no? — él repetía la pregunta, bebiendo a sorbos de un vaso.

Con la respiración jadeante por el susto, ella enjugó el rostro y enderezó el cuerpo. La voz de él estaba un tanto pastosa, lo que indicaba que ya había bebido además del límite.

— ¿De qué estáis hablando?

— Sebastian va a morir.

— ¡No, él no va! — rebatió, entredientes.

— ¡Sí, él va y vos sabéis eso! — el noble se colocó de pie abruptamente, caminando lentamente en su dirección. — Yo conversé con el médico.

De esa vez, Catherine prendió la respiración. ¿Tendría el doctor contándole sobre sus sospechas?

— Él no supo explicarme lo que mi pobre hermano tiene, mas dejó claro que, si hay una próxima vez... — hizo una pausa teatral. — él no va a resistir. Y nosotros sabemos que ella va a repetirse, ¿no es?

— ¿Eso es una amenaza?

— ¿Una amenaza? ¡Dulce querida! ¿De qué habláis? ¿Qué vos sabéis que yo no sé?

— ¡Tengo certeza de que el milord sabe más de lo que quiere contar!

Benedict paró ante ella, los ojos acinzentados estrechados, sondeándola.

— Mas, hablemos de lo que interesa. — su mirada mortecina siguió por el escote discreto de ella. — ¿Quién va a cuidar de vos cuando él se vaya?

— ¡El señor no tiene que preocuparse con eso! — retrucó, sintiendo asco por aquel hombre.

Benedict la rodeó, parando a sus espaldas, muy cerca.

— Será mi última oferta, señorita Clarke. Dejad... Que yo cuide de la señorita. Prometo que no os arrepentiréis.

Catherine ya tenía una respuesta lista. Iba a decir todos los desafueros que aquel hombre merecía oír... No obstante... Una idea le surgió. Juntando todo su coraje, se volvió hacia el lord y le encaró.

— Si yo acepto... Ir con el señor, ¿vais a dejar al duque en paz?

El hombre frunció el ceño, pareciendo confuso.

— ¿Vais a dejar que él viva en paz?

— Dejarlo vivir... ¡Ah, sí! ¡Claro! — asintió, con su tono pastoso, el aliento cargado de alcohol.

— ¿El señor promete?

— ¡Prometo todo lo que queráis, señorita Clarke!

Catherine se estremeció, un nudo se formó en su garganta. Bajó los ojos y contuvo la voluntad de llorar. Entonces, le encaró nuevamente, el mentón irguído.

— ¡Entonces yo voy con el señor!



Capítulo Veinte



Sebastian despertó despacio, sintiendo el cuerpo entorpecido. Gimió, jalando el aire y los pulmones reclamando por la invasión. Su garganta estaba seca, así como su boca. Catherine. Fue el primer pensamiento que le vino a la mente. Mas cuando sus ojos buscaron por ella, no la encontró a su lado, como de las veces anteriores. Parpadeó varias veces intentando acostumbrarse con la luz que adentraba de la ventana. Cuando sus ojos enfocaron en el cuarto, procuró por ella, y balbuceó su nombre.

— Ella no está aquí. — la voz calma de dulce de Philippa le alcanzó, seguida de un paño húmedo que le fue como un regalo de los dioses sobre su piel. — ¿Cómo estáis, mi hermano?

— Parece que tomé una paliza... — irguió la cabeza, con mucho esfuerzo. — ¿Dónde está Catherine?

— Ella vendrá luego. — dijo ella, rápidamente. — ¿Vos queréis comer alguna cosa? ¿Beber un poco de agua?

— Agua, por favor.

Notó que Philippa no le encaraba, cuando le ayudó con el vaso.

— ¡Vos nos disteis un grande susto, hombre! ¡No hagáis más eso!

— Juro. No fue mi intención. Ahora llamad a Catherine, hermana.

Yo preciso verla.

— Ya os dije que ella vendrá luego.

— ¿Qué ella está haciendo de tan urgente, que no puede venir a verme?

Philippa paró al lado de la cama, tragando en seco y torciendo el pequeño paño húmedo entre las manos.

— Hermano. — Anthony entraba, sonriendo al verlo despierto. — ¡Qué bueno que despertasteis. Yo ya estaba cogitando ir tras vuestra mortaja!

— ¡Anthony! — Philippa reprendió al hermano, dando una palmada en su hombro. — ¿Eso es allá broma que se haga en un momento de esos?

— ¡Ay! ¡Calma, mujer! ¿Será que aún no notasteis que ese allá es prácticamente inmortal?

— Yo quería, hermano. Mas... confieso que no creí que fuese a escapar de esa vez.

El silencio imperó en el cuarto por algunos segundos.

— Nosotros precisamos saber lo que está aconteciendo con vos. — su hermana argumentaba. — ¡Eso no está cierto!

— Yo debería haber ido a Gwent, cuando estuve mejor. Aplazé eso y tuve esa recaída. Anthony, ¿cruzasteis con Catherine por los corredores? — sí, él estaba muy débil, mas no había perdido su capacidad de cognición y por eso notó el trueque de miradas entre los hermanos.

— Ah... — el benjamín corrió una mano por la nuca, medio cohibido. — No, no. Yo no la vi. Creo que ella salió, ¿no es eso? — apuntó hacia la hermana.

Antes de que Philippa dijese algo, Sebastian la interrumpió, comenzando a sentirse alarmado.

— ¿Pueden, por favor, parar de insultar mi inteligencia? ¡Yo puedo estar fragilizado, mas no quedé incapaz de pensar y notar que estáis escondiéndome algo! ¡Por la última vez! Decidme, ¿dónde está Catherine?

Philippa volvió a tragar en seco y Anthony evitó su mirada.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Decidme dónde ella está! — preguntó él, forzándose a sentarse en la cama, comenzando a exaltarse.

— La señorita Clarke no está en esta casa, hermano. — Philippa al fin respondió.

— ¿Cómo así, ella no está en esta casa? — irritado con la demora de las respuestas que precisaba, Sebastian lanzó las cobijas para el lado e intentó quedar de pie.

— ¡No podéis salir de la cama, Sebastian! — alegaba la hermana, que, junto del benjamín, apoyaba al duque para colocarse de pie. — ¡No estáis fuerte lo suficiente!

Él precisó de un tiempo para equilibrarse, alcanzó su bastón al lado de la cama, mientras daba unos pocos pasos.

— ¡Infierno, Philippa! Apenas sed clara conmigo. ¡Decidme dónde está la señorita Clarke! — maldijo él, asustando a la hermana.

— La señorita Clarke partió de esa casa hoy por la mañana, Sebastian. — volviendo a tragar en seco, bajó sus ojos al finalizar la sentencia — Con nuestro hermano Benedict.

Fue como si el suelo hubiese abierto abajo de los pies de él, y él hubiese sido jalado para abajo... Para el infierno. Simplemente no podía creer que su dulce Catherine, la mujer que se había entregado a él, había ido embora con Benedict. ¿Cómo? ¿Por qué?

— ¿Por qué ella haría eso? — inquirió, incrédulo.

— Yo no sé... ¿Tal vez, verte al borde de la muerte haya sido de más para ella? — Anthony sugirió.

— ¡No! ¡No! ¡Yo la conozco! ¡Eso no sería suficiente para hacerla partir! ¿Qué Benedict hizo a ella? ¿Qué él ofreció en trueque de eso? — Sebastian gritaba, andando de un lado para otro.

— ¡Yo no sé, no hago idea de lo que aconteció! La señorita Clarke arregló su equipaje y dijo estar yendo con Benedict. ¡Es eso! — la hermana informó, nerviosa.

Sebastian no aceptaba aquello. ¡No podía concebir la idea de que Catherine seguiría con Sebastian, de esa forma! ¡Por voluntad propia! ¡Benedict la había obligado, de alguna forma!

En aquel momento, no habría ninguna persona en el mundo que pudiese impedirlo de ir tras su mujer. Eso incluía a Edward, su ayuda de cámara, Philippa, Anthony, y cualquier otro que se metiese en su camino. Ordenó que una carroza fuese preparada.

Cuando el transporte estaba listo y Sebastian ya a punto de embarcar, su hermana le sostuvo por el brazo.

— Pensad bien en lo que vais a hacer, hermano. Yo temo que nuestra familia sea destruida...

Él sacó la mano de ella de su brazo y la encaró duramente.

— Nuestra familia ya fue destruida, Philippa. Por Benedict, siento decir. — él habló amargamente, subiendo en seguida en la carroza, con la ayuda de un criado.

Mientras rumaba hacia la casa del hermano, Sebastian llevó la mano al pecho, intentando identificar lo que estaba aconteciendo en su corazón. Era desconocido, le dolía, le agonizaba y le hacía pensar que estaba cerca de morir. No era como cuando estaba enfermo antes. Era peor. Una sensación absurda que le asustaba. Estaba sufriendo. Por ella. Por Catherine Clarke. Si antes no sabía identificar lo que sentía por ella como siendo amor, ahora

tenía certeza. La hipótesis de perderla era peor que pensar que podría morir. Temía menos la muerte. ¡Ella era suya, de todos los modos! ¡Y él pertenecía a ella!

¡Por Dios, Sebastian juraba! Si descubriese que Benedict había chantajeado a Catherine, él mismo tendría el placer de golpear tanto su rostro que le hiciese quedar irreconocible, ¡usando todo el resquicio de sus fuerzas! Que sus padres le perdonasen por eso, mas él lo haría. La verdad es que estaba simplemente cansado de tratar al hermano con tanto cuidado, cuando todo lo que recibía era grosería y rabia. ¡Y ahora estaba intentando robar su bien más precioso! La mujer con quien había decidido casarse.

Sebastian realmente creyó que no sobreviviría de aquella vez. Y todo lo que conseguía pensar, era que, si partiese en aquel momento, Catherine quedaría sola en el mundo. O entonces a la merced de un hombre como Benedict. Entonces, rogó a los cielos que le diese apenas una chance más, para que propusiese casamiento a ella y así la dejase amparada, caso... En un futuro próximo, él no estuviese más en ese mundo.

El camino pareció el más largo de todos. Cuando llegó en frente de la casa del hermano, descendió con la ayuda del cochero, subió las escaleras de mármol despacio, pues aún se encontraba débil. La puerta fue abierta, él marchó para dentro, con toda firmeza que conseguía, ignorando las miradas de los criados, que probablemente estaban previendo la confusión que se tornaría aquel lugar en breve.

— ¿Vinisteis a visitarme, hermano? — Benedict apareció viniendo de su escritorio. Una sonrisa maliciosa en sus labios, que despertó aún más la ira de Sebastian.

El duque apoyó las dos manos sobre el bastón, soportando el peso del cuerpo, mientras intentaba respirar con calma.

— ¡Preguntaré apenas una vez, Benedict! ¿Dónde está Catherine? — él usó un tono de amenaza.

Benedict rió, aproximándose de la mesita de bebidas. Sirvió un poco de vino en dos copas pequeñas y ofreció una al hermano, que rechazó. Dando de hombros, cogió la propia copa y se sentó en el sofá, cruzando las largas piernas, calmadamente.

— Sentaos. Estáis al borde de la muerte, no deberíais quedar tanto tiempo de pie. — se mofó el más joven.

Cada segundo que pasaba era más difícil quedar de pie. Mas Sebastian no pretendía quedar mucho tiempo allí. ¡Bastaba que consiguiese

a Catherine de nuevo, e iría embora para nunca más volver!

— ¡De esa vez vos os superasteis, Benedict! ¡Ir a mi casa, coger lo que es mío y salir solapadamente! — el duque dio algunos pasos para quedar más próximo del hermano.

Bebiendo a sorbos del vino, Benedict tenía el ceño fruncido, como si pensase en las palabras del hermano.

— Creo que estáis confuso debido a vuestra enfermedad, Sebastian, y ella os dejó egoísta. Estáis pensando solamente en vos. Es un facto que no duraréis mucho tiempo, ya está aburrido tener que quedar repitiendo eso. Entonces, yo tomé la mejor decisión por vos. ¡Que es asumir el cuidado de aquella pobre mujer! — declaró el lord, con naturalidad, como si lo que dijese hacía total sentido.

Sebastian sintió la ira tomarlo, y calculó mentalmente la distancia entre él y el hermano, para que posiblemente se lanzase sobre él, y le alcanzase directamente en el rostro.

— ¿Qué hicisteis para que ella decidiese venir con vos? ¿La chantajeasteis? — inquirió el duque, desviando la mirada hacia el alto de la escalera, donde creyó ver un tejido azul revolotear allá arriba.

— Yo apenas ofrecí mis condiciones, y la señorita Clarke comprendió que estaría haciendo una inversión mejor estando a mi lado. Como mi amante. — la sonrisa diabólica que se instaló en el rostro de Benedict perturbó al hermano.

— ¡Ella nunca haría eso! — vociferó el duque. — ¡Catherine nunca escondió la repulsa que sentía por vos!

— Tal vez, teniendo la consciencia de que vos dejaríais de existir, rápidamente la haya hecho mudar de idea y la hizo optar por el propio bienestar, hermano.

— ¿Dónde ella está? — Sebastian fue hasta las escaleras, e intentó subir el peldaño, mas un mareo le alcanzó. — ¡Catherine! — gritó para que ella oyese.

— Estáis gastando el resto de vuestro aliento en vano, hermano. Ella no quiere más veros. — dijo Benedict, muy calmadamente.

Sebastian bajó su cabeza, la mano apretando fuertemente el pasamano. Sintió la desesperación tomarlo, al no tener fuerzas suficientes para subir aquellos peldaños y recuperar a su mujer. Nunca sintió tanta voluntad de llorar como en aquel momento.

— Catherine... — comenzó, usando el tono más alto que podía, para tener certeza de que ella le oyese. — ¡Yo te amo, mi querida! Y sé que no estás aquí por voluntad propia. Entiendo que estés asustada, mas yo no voy a desistir de ti. ¡Yo voy a volver! Buscaré la cura en el fin del mundo, si necesario, mas estoy jurando por Dios que volveré. ¡Por ti! Porque vos sois la única razón de mi vida ahora. Esperadme, jazmín.

Suspiró, exhausto y entonces encaró al hermano, el odio y el rencor brillando en sus ojos.

— Y vos — comenzó, en un tono bajo, mas firme, a pesar de su cuerpo debilitado. — ¡pagaréis caro por eso! — recibió la pequeña copa siendo levantada en un brindis silencioso.

Sebastian caminó, derrotado, débil y muy lentamente hacia la puerta.

Cerrada en el cuarto que Benedict había reservado a ella, Catherine lloraba en frente de la ventana, las lágrimas escurriendo por su rostro mientras ella veía a su amado Sebastian entrar en la carroza con mucha dificultad. Estaba hacía poco en el alto de la escalera, y oyera todo lo que los dos hermanos habían dicho mutuamente y, principalmente, había oído todo lo que dijera para ella. Él la amaba. Colocara todo en palabras, por la primera vez. Y ella no pudiera repetirle lo mismo.

Cuando Sebastian partió, Catherine se dejó escurrir hacia el suelo y dio salida al llanto, no importándose de que sus gritos desesperados resonasen por la casa.

¡Cómo odiaba a Benedict St. John! ¡El hombre tenía la personalidad del diablo! ¡No tuviera ningún pudor en aceptarla como moneda de trueque por la vida del hermano! Si eso significaba que Sebastian viviría, entonces ella no se importaba.

Aún acurrucada en el suelo, completamente entregada, Catherine mal notó cuando una criada entró en el cuarto y dejó sobre la cama una bandeja. No obstante, cuando la mujer salía, lord St. John entró en el cuarto, sin cualquier pudor.

Ella le fulminó con la mirada.

— Trocad las lágrimas por una sonrisa, señorita Clarke. La vida de cuidar de un moribundo acabó. — Benedict dijo animadamente, parando al lado de ella y extendiéndole una mano.

Ignorando la mano de él, se colocó de pie, enjugando las lágrimas con odio y fue para lo más lejos de él posible.

— Dejádme situaros sobre lo que pienso del señor. — Catherine le encaró con desprecio.

— ¡Ora, estoy curioso sobre eso! ¡Decid!

— Si es que existió algún día un poco de bondad en el señor, ¡el lugar fue tomado por el odio! ¡Yo os desprecio, con todo mi ser!

Benedict sonrió cínicamente, contemplándola con mirada divertida.

— ¿Cómo podéis? ¡Vos quedáis aún más linda diciéndome esas cosas! ¿Eso hará de mí un sádico?

— ¡Con certeza sois un sádico! ¡Y yo dudo que me hayáis sacado de aquella casa, de Sebastian, por interés en mí! ¡El señor solo quería mismo era lastimar a vuestro hermano!

Benedict estrechó los ojos grises, las manos cruzadas frente al cuerpo.

— Vos tenéis razón en un punto. — entonces se aproximó lentamente de ella, examinándola peligrosamente, recorriendo su cuerpo. — Os engañáis mucho sobre mi interés en la señorita. — su voz tornándose baja y ronca.

Catherine se alejó hasta que sus espaldas estaban pegadas a la pared.

— ¡Yo os deseo, como nunca deseé a otra mujer, mi dulce señorita Clarke! — él extendió una mano para tocar su rostro, mas ella volvió el rostro y él se detuvo. Limpiando la garganta, se alejó. — De cualquier forma, habrá un día que me agradeceréis por todo lo que hice por la señorita. Mas ahora voy a dejaros descansar. Comed un poco. — él gesticuló aburrido hacia la bandeja sobre la mesa de canto y entonces salió.

Catherine se sentó en la cama, las manos sobre el rostro. Mas no lloró. Sabía que a partir de aquel momento precisaría ser más fuerte de lo que nunca. Por ella, por Sebastian. Desde siempre ella supiera que no podrían quedar juntos, eso no era secreto alguno. Empero, ser sometida de repente a aquella nueva realidad... Estaba siendo un grande choque.

Dos días después, el duque de Eninston miró por la última vez su casa. Su carroza estaba cargada con sus baúles, y él seguiría ahora hacia Gwent, para tratar de la enfermedad que le acometía. Rogaba a los cielos para encontrar una cura. Es claro que le dolía saber que estaba dejando a Catherine para atrás, con su hermano. Mas nada podía hacer sobre eso. Estaba partiendo justamente por ella. Para tornarse el hombre que ella precisaba. Y, de alguna forma, algo en su interior le decía que Catherine Clarke le esperaría.

Se despidió de los criados, subió en la carroza, y batió con el bastón del techo, indicando que podrían ir. Y conforme él iba alejándose de su casa, de Londres, su corazón iba quedando pequeño, un sentimiento de tristeza y, al mismo tiempo, de determinación tomaba cuenta de su ser.



Capítulo Veintiuno



Un mes después.

Catherine dejó sus ojos perderse en el paisaje de la ventana de la cocina y suspiró largamente. Ella no sabía a lo cierto cuánto tiempo había pasado. Había parado de contar, una semana después de llegar a aquella casa.

Supo que Sebastian había partido hacia Gwent. Y nunca más tuviera noticias de él. También no se atrevía a preguntar a Benedict sobre el hermano.

Sobre el lord... ¡no sabía por cuánto tiempo conseguiría huir de la cama de él! ¡Y era claro que él la quería allá!

Se recordó de la vez, tarde de la noche, en que lord St. John batió a su puerta y entró después de tres toques y sin el permiso de ella. Ella ya se encontraba de ropa de abajo, en la cama, bajo las cobijas. Asustada, se cubrió hasta el mentón. Él traía un vaso en la mano, que notó que era su fiel compañero. Lo que la atemorizó aún más. ¿Estaría ebrio? ¿Estaba allí para reivindicar lo que le había sido prometido?

Tragando en seco, sintió el temblor dominarla. ¡No estaba lista! ¡Nunca estaría!

Benedict rió al notar la reacción de ella.

— ¡Por Dios, mujer! ¡Yo no violarla! ¡Apenas creí que había oído algún son extraño viniendo de ese cuarto! — él avanzó algunos pasos para dentro del aposento, la mirada mortecina, mal iluminada por la luz de las velas. — Soy un hombre paciente, señorita Clarke. Esperaré vuestro tiempo. Y, cuando vengáis a mi cama, será por voluntad propia, ¡mi cara! — Y partió, cerrando la puerta silenciosamente detrás de sí.

Vivía trayéndole mimos. Sea una flor, un libro nuevo, cintas para el cabello. Joyas, que ella hacía cuestión de rechazar. Ofreció una visita a la

modista, mas ella hizo cuestión de decir que Sebastian ya le había dado ese regalo anteriormente. El hombre retorció la nariz, giró los ojos y salió.

El lord Benedict St. John era una incógnita. Era adorado por sus criados, que le eran fieles. La casa vivía llena de amigos... bien, esos venían mismo para llenar la cara y quedaban por allí por toda la noche. Y había las mujeres. Muchas de ellas. Semidesnudas, andando por la casa. El choque pasó después de la tercera o cuarta fiesta regada a bebidas y orgías. Y ella prefería que fuese así. De esa forma, el hombre se mantenía... satisfecho y no la importunaba. Mas... era como si aquel hombre no fuese el mismo que había intentado asesinar al propio hermano. Él era muy gentil con todos... excepto por Sebastian. Su naturaleza era cínica, humorada y... a veces dulce. No obstante, Catherine no se dejaría engañar. Aquello todo podía muy bien ser todo un teatro para seducirla.

Para no sentir un fardo y para que sus días pasasen más rápidos, pasó a auxiliar en el orden de la casa. Era el centro de los chismes de la casa. Siempre veía a los criados por los rincones, murmurando sobre ella. Estaba claro que lord Benedict la trajera para allá como una huésped y la servidumbre debía haber sido avisada sobre eso. Entonces, ella tornarse uno de ellos, causaba extrañeza. En esas horas, sentía mucha falta de la Señora Elkins y de los demás criados de la mansión del duque. Sentía falta de todo en aquella casa. Ya consideraba aquel, su hogar.

Recogió la ropa de cama limpia y subió las escaleras, para arreglar el cuarto de St. John. Ya pasaba de las tres de la tarde, entonces sabía que el riesgo de encontrarlo por allá era muy pequeño. Él dormía hasta después del almuerzo, casi siempre saltaba la comida y luego salía, retornando en la mayoría de las veces, tarde de la noche. Mas, como de práctica, dio algunas batidas en la puerta para tener certeza de ninguna sorpresa. Recibió el silencio con respuesta y entró.

Inmersa en sus pensamientos y preocupaciones, mientras mullía una almohada, no notó cuando el lord regresó y entró abruptamente en el cuarto.

— ¡Mas qué infierno, mujer! — vociferó, tomando la almohada de sus manos y lanzándola sobre la cama. — ¡Yo ya dije que no la traje hasta aquí para trabajar!

Asustada, Catherine dio un paso atrás.

— ¡Sin-siento mucho, milord!

Notando cómo ella estaba aterrorizada con su invasión, Benedict colocó dos dedos entre los ojos, una mano en la cintura y suspiró.

— ¡Y yo también ya os dije que no precisáis tener miedo de mí!
¿Será que no entendéis? — se aproximó, los ojos acinzentados pareciendo suplicantes. — ¡Yo sería vuestro esclavo, si así lo deseaseis!

— Milord...

St. John se aproximó y le tomó una mano entre las suyas, llevándola a los labios.

— ¡Yo os deseo, señorita Clarke! ¡Ardientemente! Permitidme...
¡Mostraros mi mejor lado! Juro que puedo ser todo lo que procuráis en un hombre.

— ¡Yo ya dormí con vuestro hermano! — ella dijo abruptamente, esperando que eso le alejase.

Benedict rió alto, mostrando sus dientes muy blancos.

— ¡Ya imaginaba eso, mi querida! Mas, yo no soy puritano. No me importo con eso...

— Y... ¡creo que puedo estar esperando un hijo de él!

De esa vez la sonrisa del hombre murió, él soltó su mano y los ojos cayeron sobre su vientre chato.

— ¿Tenéis certeza de eso?

— No mucha. Mas... mis reglas no descendieron. — confió bajito.

No estaba mintiendo. Creía mismo que podría estar embarazada. Fuera la cuestión de las reglas fallar, sentía su cuerpo extraño. Los senos estaban creciendo y adoloridos. El estómago revuelto.

Tuvo un sobresalto cuando el lord se alejó carcajeando alto.

— ¡Por Dios! Yo no puedo creer en la ironía de esa situación.

— ¿De qué estáis hablando, señor?

Él la encaró, los ojos muy abiertos.

— Pasé mi vida toda juzgando a Noah por asumir al hijo de otro hombre y... — otra carcajada, de esta vez amarga. — ¡y yo estoy aquí! ¡A punto de hacer lo mismo!

— ¿Qué estáis queriendo decir?

Benedict quedó serio súbitamente y se aproximó de ella nuevamente, sin, no obstante, tocarla de esa vez.

— Estoy proponiéndooos casamiento, dulce señorita. ¡Que estoy dispuesto a asumir a vuestro hijo como mío!

— ¿Por qué... por qué haríais eso, milord?

El hombre cerró los ojos y sonrió tristemente, meneando la cabeza.

— ¿Por qué será, no es?

Catherine entendió. Era la forma de él decirle que estaba enamorado. Le pidió un tiempo para pensar en su propuesta y dejó el cuarto rápidamente.

Supo que Benedict salió poco después. Y, como de las otras veces, esperó que volviese tardíamente de la noche. Mas no fue así de aquella vez. Él regresó poco antes de la cena. Estaba inquieto, andando de un lado para otro en la sala. Hasta mismo los criados estaban comentando sobre su comportamiento.

En la mañana siguiente, supo que él había partido para un viaje, abruptamente. Nadie entendió nada, mas Catherine se sintió aliviada. Con un poco de suerte, tendría algunos días de paz. Y también un tiempo para pensar sobre la respuesta de la propuesta de él. No obstante, ya sabía que no había otra respuesta posible. Era aquello, o tener que ir para muy lejos, porque, un día, Sebastian descubriría sobre el hijo y probablemente le reivindicaría. Mas, aun en ese escenario, no sabía si podría partir, pues Benedict podría amenazarla a retomar su plan de acabar con el duque. Estaba acorralada. Y todo lo que ella quería, ¡era estar con Sebastian! ¡Criar a su familia con él! Sentía tanto su falta, que, aun estando embarazada, adelgazaba cada vez más. No dormía derecho, no se alimentaba derecho. No vivía derecho.

Tan repentinamente cuanto partió, lord Benedict regresó. Igualmente extraño. Estaba en la sala, abriendo las cortinas para que las primeras luces del sol dominase el lugar, cuando él llegó. Paró y la encaró por algunos instantes. Entonces dijo al ayuda de cámara que fuese a llamar a sus hermanos, porque tenía urgencia en hablar con ellos. En seguida, subió a su cuarto y allá quedó, hasta el anuncio de la llegada de Philippa, el marido, seguidos de Anthony.

Cuando todos estaban reunidos en el escritorio, uno de los criados vino a llamarla, diciendo que el lord hacía cuestión de su presencia en la reunión. Muy curiosa y preocupada, obedeció y fue hasta allá. Fue recibida con educación y extrañeza por los parientes del duque. No les había visto nuevamente, desde que dejó la casa del duque. La siempre simpática vizcondesa no consiguió disfrazar su mirada de rencor, cuando pasó por ella y fue a acomodarse en la poltrona indicada.

Después de cierto suspenso y de andar por la sala, como si procurase las palabras ciertas para decir, Benedict paró en el centro del aposento y suspiró.

— Infelizmente, no traigo buenas noticias. Estuve en Gwent esos últimos días. Había recibido informaciones de que Sebastian tuvo una recaída...

Automáticamente, Catherine se colocó de pie, al oír el nombre del duque. El corazón disparado y el aire no llegándole a los pulmones.

Benedict entonces miró directamente hacia ella y terminó la sentencia.

— Siento informar que él sucumbió a la enfermedad...

Catherine no vio más nada. La sala rodó a su frente y después todo quedó oscuro.



Capítulo Veintidós



Catherine sintió el olor de algo muy fuerte en su nariz y fue despertando lentamente. Mas, aun un poco entorpecida, ella se recordó de lo que había acabado de oír.

La sala estaba un caos. Philippa a un rincón, llorando convulsivamente, siendo amparada por Henry. Anthony sentado en una poltrona, la cabeza baja, los codos apoyados en las rodillas, las manos sobre la nuca...

Y había Benedict. Imperturbable, de brazos cruzados sobre el pecho, expresión neutra, observando el caos a su vuelta.

En un acceso de furia, Catherine dejó un grito de dolor escapársele de la garganta y, liberándose de las manos de los criados que la sostenían, voló en la dirección de Benedict, golpeando su pecho con los puños cerrados. Él apenas la miraba de arriba, sin ni al menos intentar defenderse.

— ¡Fuisteis vos! — vociferó ella, chocando a todos en la sala. — ¡Fuisteis vos, vuestro maldito! ¡Vos fuisteis a Gwent a terminar lo que habíais comenzado! — gritaba, mientras estaba ciega por las lágrimas. — ¡Hicisteis eso porque yo dije estar embarazada de él! ¡Fuisteis a sacarlo del camino de una vez! ¡Vuestro maldito! ¡Vuestro maldito! — cuando sus piernas no aguantaron más el peso de su cuerpo, Catherine se dejó deslizar hacia el suelo, rechazando el gesto de él, en ayudarla.

— ¿De qué ella está hablando, Benedict? — una horrorizada Philippa se colocaba de pie y se aproximaba.

— Ella está embarazada del Sebastian. Es eso. — el lord dijo apenas.

— ¡Sabéis que no me refiero a eso! — la vizcondesa cortó, entredientes. — Lo que ella quiso decir con... ¿vos tuvisteis algo que ver con lo que hubo con nuestro hermano?

— ¡Benedict, pensad bien en lo que vais a decir! — Anthony también se aproximaba. — ¡Si fuisteis capaz de tal cosa, yo juro... Yo

nunca voy a perdonaros!

— ¿Creéis aun que si yo tuviese algo que ver con eso, yo diría? — el lord, cínico como siempre, dio la vuelta a la mesa y fue a sentarse. — Mas no. Quedaos tranquilos. No tuve nada que ver con la muerte del duque de Eninston. — concluyó, apenas.

Catherine reunió todas sus fuerzas para colocarse de pie y encararlo. — ¡Vuestro cretino! — le gritó y entonces se volvió hacia los hermanos más nuevos. — Descubrí que el duque estaba siendo envenenado por mi primo Edward...

El choque tomó el recinto nuevamente, los murmullos viniendo hasta mismo de los criados aún en el lugar.

— Catherine, ¿vos tenéis certeza de lo que estáis diciendo? — Anthony se aproximó.

— ¡Sí, milord! Primero fueron las velas... ellas exhalaban algún olor extraño y, cuando comencé a retirarlas, Sebastian fue mejorando. Entonces, de las dos veces que él tuvo una recaída, ¡había estado con el lord Benedict! — apuntó hacia el hombre, que observaba la escena, impasible. — Yo ya desconfiaba de que él era el mandante por detrás de todo eso, mas no esperaba que fuese a atentar contra la vida de Sebastian con las propias manos. — Ella dejó un grito de dolor escapar del fondo de su garganta. Después, un poco más controlada, prosiguió. — En la última crisis, el médico había dicho que el duque no sobreviviría a un episodio más de recaída. Entonces acepté venir a esa casa, con la condición de que el lord dejase al duque en paz...

— Ah... — Benedict la interrumpía. — ¿Entonces era eso? Buen Dios yo debería saber que no vinisteis debido a mis encantos...

— ¡Benedict! — Philippa se aproximó y palmó la mano sobre el tablero de la mesa, haciendo un son muy alto, asustando a todos. — ¡Lo que ella está diciendo es algo muy serio! ¡No admitiré vuestras bromitas en un momento de esos!

— Él me pidió en casamiento, poco antes de viajar. — Catherine prosiguió, exhausta. — Y yo dije creer que estaba embarazada. Y él sabía — apuntó hacia el lord. — Que, más día, menos día, yo procuraría por Sebastian y le diría la verdad. Entonces él fue hasta Gwent... — sin soportar más su dolor, las rodillas de ella se doblaron nuevamente y de esa vez fue ayudada por Anthony y Henry, que la acomodaron en una poltrona.

— ¿Por qué no nos contasteis sobre vuestras sospechas? — Philippa inquiría, parando ante ella.

— ¿Quién creería en mí? ¡Una simple criada! Aun ahora, percibo la duda en vuestras miradas...

— ¿La señorita tiene alguna prueba de lo que dice? — un calmo Benedict le preguntó, su voz sin expresión.

Catherine quedó desarmada, los ojos fijos en sus manos y entonces meneó la cabeza, negativamente.

— ¿Visteis? ¡Son solo suposiciones! Y, si vosotros no tenéis más nada a decirme, — el hombre se colocó de pie, arregló las mangas de la camisa bajo el traje hecho a la medida y caminó en dirección a la puerta. — preciso cuidar del traslado del cuerpo del duque a Londres.

— ¿Vosotros no vais a hacer nada? — una indignada Catherine miraba de uno para otro en la sala.

— No tenemos pruebas, señorita... — Henry se manifestó.

— Mas, — Anthony encaró al hermano con mirada dura. — Voy a investigar todo eso a fondo. Y, si yo descubro que vos fuisteis capaz de una cosa tan sórdida con nuestro propio hermano, ¡yo juro! ¡Yo os haré pagar caro por eso!

— ¡Que sea! — Benedict gesticuló aburrido y salió. Anthony le siguió.

Philippa entonces se aproximó de Catherine y tomó sus manos.

— Hasta que todo eso sea resuelto, vos venís con nosotros. No puedo dejaros en ese estado, aquí en esa casa. En memoria de Sebastian... — la voz de la mujer falló. — cuidaré de vos y del hijo de él...

— ¡Sebastian se fue! — Ella balbuceó a la vizcondesa y entonces colocó las manos sobre el rostro, dejando las lágrimas mojar su rostro nuevamente.

Philippa la envolvió en los brazos.

— Vuestra dolor es la misma que la mía, señorita Clarke. Creedme. ¡Sebastian era un hermano muy amado! ¡Siento que haya acabado de esa forma! Ahora venid conmigo. — amparando a Catherine, o mismo apoyándose en ella, las dos dejaron la casa, bajo lágrimas y dolores.

Había un abatimiento y una tristeza instalada entre los hermanos, Excepto por Benedict... Ese seguía frío, distante, impersonal. Catherine solo conseguía encararlo cada vez más con odio, a cada vez que se cruzaban. Estaba cierta de que él acabara por concretar su plan inicial. Mas,

si creía que aun así, ella quedaría con él, ¡estaba muy, muy engañado! ¡Iría al más lejos posible de aquel hombre detestable y asqueroso! Anthony y Philippa le dijeron que esperarían apenas todo el evento de velorio y sepultamiento para iniciar investigaciones minuciosas. El duque merecía toda la atención en aquel momento difícil.

Todos esperaban para despedirse por la última vez del duque y quedaron chocados al descubrir que ni mismo verían el rostro del lord, pues según Benedict, él perdiera mucho peso, su apariencia se había deteriorado, lo que imposibilitó que el ataúd fuese abierto. Y que eso había sido providenciado para mantener la dignidad del duque.

Cuando el ataúd llegó siendo colocado en la casa de Sebastian, en la sala decorada con flores que exhalaban un perfume dulce, y velas esparcidas por el lugar, Catherine no contuvo la emoción. Ya no se importaba con las apariencias. Lloraría por su hombre. Viviría el luto por él. Aun la familia de él ya la había acogido como uno de ellos.

Estaba de vuelta a aquella casa, ¿y quién diría? ¡Para velar a su amor! ¡Luchara tanto por él! Mas la batalla fuera perdida. Y Catherine se sentía muy culpable por eso. Tal vez pudiese haber hecho diferente. Tal vez no hubiese luchado lo suficiente por Sebastian St. John. Ella se inclinó sobre el ataúd, en un llanto compulsivo, las lágrimas escurriendo sobre la madera oscura. Se preguntaba en aquel momento por qué el destino era tan cruel. ¿Por qué las cosas estaban simplemente destinadas a no dar cierto? Catherine no comprendía.

Sebastian murió sin saber que sería padre. Que había un bebé siendo generado en el vientre de ella, y eso era una de las cosas que más dolía en el corazón de ella. Fue consolada por Anthony, que la llevó hasta uno de los sofás, la hizo sentar y le ofreció una taza de té que había sido dejada allí por la cocinera.

— Es hierba dulce. Va a calmarte. — Él dijo tocando el hombro de ella. Miró hacia el hermano más viejo en el otro lado de la sala, conversando con conocidos que venían al funeral y suspiró. — Confieso que no sé qué pensar...

— Entiendo ser algo muy serio. — La voz de ella estaba débil. Bebió un poco del té, sin, no obstante, sentir su gusto, ya que estaba en el automático. — Se trata de vuestros hermanos, milord.

— ¡Encontraremos un modo para resolver los contratiempos, señorita. Yo prometo! — Anthony la calmó. — Voy a conversar con

Philippa y vuelvo luego.

Después de que él se fue, Catherine miró alrededor, y era como si sus ojos no pudiesen captar con perfecta definición la imagen a su frente. Había ahora muchas personas en la sala, muchos lords importantes, y las flores que un día ella había hallado tan encantadoras, tenían un tono fúnebre. En el centro, el ataúd.

Tragó en seco. Precisaba despertar a la realidad, era real aun.

Sebastian había partido. Para siempre.

Ella solo no sabía si aguantaría todo aquello.

Pensando mejor, llevó la mano discretamente al vientre. En verdad, existía aún una razón para vivir. El hijo de su grande amor. Solo por ella seguiría luchando.

Cuando llegó la hora del entierro, que aconteció en la cripta de la iglesia, al caer de la primera porción de tierra sobre el ataúd, la señorita Clarke lanzó un ramo de jazmines, la flor que Sebastian había asociado a ella, y que se tornara símbolo del amor de los dos.

— Voy a amaros para siempre, mi amor. — susurró, antes de ser conducida por Philippa y Anthony para lejos. — Soy un pedazo de trapo, no siento voluntad de vivir.

Del lado de afuera de la cripta, la vizcondesa la confortó.

— Precisáis pensar en vuestro bebé ahora. Mi hermano gustaría de saber que los dos están bien.

Una semana después, tiempo que Catherine pasó en la casa de Philippa, siendo cuidada por la mujer, que tenía una especie de fascinación por el embarazo de la joven, posiblemente porque no tenía hijos, llegó el día considerado importante. La lectura del testamento del duque de Eninston. Mas, para ella, no era de valía ninguna. Tenía interés en nada material. Todo lo que quería era a Sebastian y eso no era posible.

Todos fueron reunidos en la casa del fallecido lord. Los hermanos, incluyendo a Benedict, que se colocó en el rincón del escritorio, mientras bebía un poco de vino, despreocupadamente. Probablemente tenía la certeza de heredar la fortuna del duque, así como su título. Empero, en lo que dependiese de ella, el hombre no conseguiría alcanzar su intento. Ella lucharía para probar su culpa, así como la de su primo, que, acomodado en una de las sillas, parecía ansioso. Todos los criados de la casa fueron convocados a la lectura. El testamentario y su esposa, que también era asistente, ya posicionados para comenzar el evento. De ese modo,

amontonados en el escritorio, el hombre calvo y bajito sostenía el testamento como si fuese un pote de oro en manos. Los otros tenían los ojos fijos en puntos diferentes, como Catherine de cabeza baja, aún sufriendo verdaderamente el luto, presente inclusive en sus vestiduras.

Ella pensaba hacer mucho tiempo desde que había llegado allí, la primavera ya daba sus colores, la ciudad había comenzado a llenarse nuevamente con jóvenes ansiosas por la temporada, y la vida seguía conforme la normalidad. Solo que dentro de ella, nada continuara. El mundo paró exactamente en el día que ella dejó a Sebastian enfermo en aquella cama y fue a la casa de Benedict, así como en el día que colocó las manos sobre el ataúd del amado. Sino por su bebé, ya habría desistido de todo. Nada, nunca más, sería colorido por el resto de sus días.

Cuando el testamentario limpió la garganta y comenzó a hablar, todos prestaron atención.

Sería en aquel momento que todos sabrían del verdadero deseo de Sebastian.



Capítulo Veintitrés



— Bien, vamos a comenzar a leer los últimos deseos del difunto duque de Eninston. — comenzó el señor Hawkins, el testamentario. Él hizo un breve pronunciamiento sobre la muerte precoz del noble y entonces dio inicio a la lectura.

Sin grandes sorpresas, para comenzar. Sebastian dejó algo para cada uno de sus criados y Catherine ni se sorprendió con eso. Los empleados fieles se abrazaban y lloraban, muy gratos. Sonrió a la señora Elkins, que con un pañuelito, trocó una mirada emocionada con ella. Mas, conforme el texto evoluía, Catherine no había sido citada. Ella extrañó. No es que desease algo del duque, no obstante... él había prometido cuidar de ella. Y, tal vez, por su hijo, ella fuese a precisar de una renta. No podría quedar bajo el techo de la vizcondesa y su marido indeterminadamente. Pensó que, por no estar bien, Sebastian no debía haber tenido tiempo de modificar el documento.

El duque dejó alguna suma significativa a los hermanos, así como grandes inmuebles. Mas... La sorpresa mayor quedaría al final. El ayuda de cámara era el mayor beneficiario. Sí. Edward, su primo, el hombre que había atentado tantas veces contra la vida del duque, recibiría, no solo una verdadera fortuna, como la mayoría de los inmuebles, incluyendo la mansión en que todos estaban.

— Para mi fiel ayuda de cámara, que cuidó de mí en mis peores momentos... — fue como comenzó el texto final.

El murmullo se instaló y Edward fingía sorpresa y emoción. Fue entonces que todo hizo sentido en la cabeza de Catherine. ¡Era eso! De alguna forma, el cretino de su primo consiguiera tener acceso al documento y realizara los cambios. En choque, ella no conseguía manifestarse, mientras el señor Hawkins pedía silencio para finalizar la lectura.

No obstante, Benedict, que hasta el momento asistía a todo con su acostumbrada sonrisa cínica, se colocó de pie, las manos cruzadas detrás de las espaldas y comenzó a caminar por la sala.

— ¡Ora, ora! Quién diría que mi hermano sería así... — gesticuló con la mano, como si procurase la palabra cierta. — ¿caritativo? Excepto, — el hombre paró al lado de la puerta. — ¡que él no es! ¿Cierto, hermano? — y, abriendo la puerta, dio pasaje a un Sebastian irreconocible y totalmente vivo. ¡Y muy, muy saludable!

— Tengo mis momentos, hermano. — el duque retiraba calmadamente los guantes, corriendo la mirada por la sala, deteniéndose en una incrédula y paralizada Catherine. — ¡mas ese no es uno de ellos!

Philippa y Anthony corrieron hasta el hermano, abrazándolo, mientras todos asistían tomados por el choque y sorpresa, mas todo ese tiempo los ojos de él seguían sobre Catherine.

Un perplejo Edward se había colocado de pie, los ojos muy arregalados.

— ¡Vos debíais estar muerto!

— Mas, para vuestra mala suerte, yo no estoy, ¿no es? A pesar de vuestras tentativas.

El ayuda de cámara tragó en seco y dejó una risa nerviosa escapar.

— ¿De qué estáis hablando?

— ¡Esa es mi dejada! — Benedict levantó un dedo, adelantándose y quedando en el centro de la sala. — Tengo una pequeña historia para contar. Cierta día, estaba yo en una taberna de reputación dudosa, cuando noté a un pequeño grupo, bien agitado. Y reconocí a uno de ellos inmediatamente. — apuntó hacia Edward. — El fiel ayuda de cámara de mi hermano. Y en seguida, — se volvió hacia el testamentario. — reconocí al famoso testamentario de Londres.

Fue la vez del hombre arregalar los ojos, limpiando la garganta.

— Y había también esa bella señora, con apariencia gitana, que hoy descubro, siendo la mujer del señor Hawkins. — apuntaba. — Creí un trío improbable, entonces, ya que yo no había sido notado, resolví sentarme próximo y oír la conversación... ¡Que se reveló bien interesante! El marido aquí estaba furioso de que una cierta vela, manipulada por la linda esposa, no había surtido el efecto deseado de pronto. Entonces el ayuda de cámara quedó bien exasperado con ella también, porque el té no había sido fuerte lo suficiente. Y que, arriesgando ser descubierto, el pobre ayuda de cámara

planeaba ir hasta Gwent, ofrecer sus servicios al duque, mas, como la real intención de... ¿cómo fueron vuestras palabras? ¡Concluir con el plan!

Catherine tenía la mano sobre la boca. ¡Ella estaba cierta! Bien, al menos en parte. El primo realmente estaba intentando envenenar al duque, mas no había un mandante. ¡Él tenía otros comparsas!

Sebastian, que se acomodó en la cabecera de la enorme mesa, antes ocupada por el testamentario que ahora se encontraba a un rincón, trémulo como una vareta frágil al viento, hizo un gesto en dirección a la puerta y un equipo de policías adentró, cercando las salidas. Parando al lado de la silla del duque, Benedict proseguía, apoyando una mano en el espaldar de la silla ocupada por el hermano y otra mano en la cintura.

— Entonces, antes de que fuese tarde de más, yo, benevolente, que soy, — la frase hizo a Sebastian girar los ojos, a pesar de sonreír. — ¡corrí hasta Gwent, para avisar a mi pobre e indefenso hermano!

— Voy a deciros quién es el indefenso aquí... — balbuceó el duque y entonces volvió toda su atención a Catherine. — Quien realmente merece el crédito por salvar mi vida, es la señorita Clarke. Ella luchó bravamente sola, como pudo. Yo le debo mi vida, Catherine. — acrecentó dulcemente, sin importarse con todos a la vuelta.

— Entonces, — Benedict proseguía. — tuve la brillante idea de forjar la muerte del duque...

— ¿Vos tuvisteis? — Sebastian le interrumpía.

Suspirando y torciendo los labios, el noble se corrigió.

— Está bien. Él — apuntaba a contragrado hacia el hermano. — tuvo la idea ni tan brillante así de forjar la propia muerte y ¡ver hasta dónde ese insecto iría! — apuntó hacia el ayuda de cámara.

— ¡Vosotros no tenéis cómo probar nada de eso! — Edward vociferó, revuelto.

— ¿Creéis aun que la policía va a dudar de la palabra de un noble? — rebatía un ultrajado Benedict.

— ¡Aun así, no hay ninguna prueba! — el ayuda de cámara sonreía provocativamente.

— ¿No existe una vela siquiera del estoque usado por esa basura? — Anthony se manifestó, saliendo del choque.

Sebastian suspiró, la mandíbula contraída.

— ¡Yo no tenía idea de que ellas fuesen la razón de mi enfermedad! Yo confiaba en ese... rata inmunda y acepté dejarlas en mis aposentos,

¡porque él decía que ellas eran medicinales! Entonces, no, yo no guardé ninguna de ellas. ¡Y lógicamente que ese sujeto debe haber dado fin a lo que restó, para no incriminarse! ¡Cómo fui estúpido!

— Sí, vos fuisteis. — Benedict concordaba rápidamente.

— Esperad... — Catherine habló, colocándose de pie lentamente. — ¡Las velas aún existen! Guardé cada una de las que retiré de los aposentos del duque. Yo no tenía idea de que ellas serían necesarias, más tarde, mas... Creí mejor guardarlas...

— ¡Ahí está! — Benedict exclamaba nuevamente, apuntando hacia la moza. — ¡Y la señorita Clarke salva la escena nuevamente!

Incapaz de controlarse más, Edward dio un golpe en la mesa y encaró a la prima con odio puro en la mirada.

— ¡Vuestra ramera! Yo debía haber cuidado de vos, así que noté que estabais interfiriendo en mis planes...

Antes de que él concluyese la frase, Benedict le dio un fuerte empujón, lanzándolo en dirección al duque, que le metió un puño bien dado en el mentón, lanzando al hombre en el suelo, como un saco de patatas.

— ¡No oséis dirigiros a la señorita Clarke! ¡No oséis ni siquiera pensar en ella, vuestro pedazo de basura podrida! — Sebastian le dijo, los dientes cerrados, sosteniéndolo por el cuello del casaco. Entonces le soltó en el suelo, indicando que los policías le retirasen, así como al señor Hawkins y su llorosa esposa. — Ahora, — Sebastian decía, sacudiendo la mano que sangraba un poco, por cuenta del golpe. — pido que todos se retiren... Excepto la señorita Clarke. Preciso hablar con ella en particular. — los ojos muy azules y brillantes estaban clavados en ella que no conseguía moverse del lugar.

Después de trocar algunos halagos con la hermana y trocar un breve abrazo con Anthony, todos fueron dejando la sala. Benedict, antes de salir, paró al lado de ella.

— Sabéis... Yo no soy un hombre malo.

Catherine le sonrió dulcemente, por la primera vez en la vida.

— Sé de eso ahora. ¡Mas el milord siempre dejó claro cuánto deseaba la muerte de vuestro hermano! — concluyó en un tono reprobador. — ¿Qué queríais que yo pensase?

— Yo... medio que nunca deseé la muerte de ese bastardo. — la sonrisa cínica volviendo. — Solo gustaba de irritarlo. — tornándose súbitamente serio, cogió una de las manos de Catherine entre las suyas,

encarándola con sus ojos acinzentados. — Yo habría sido un buen marido para vos, señorita Clarke. — se curvó y besó la mano de la moza.

— ¡Ya basta, Benedict! — la voz impaciente del duque se hizo oír. El lord giró los ojos y se enderezó.

— ¡Sé reconocer cuando perdí! Mas sabed que no hicisteis la mejor elección. — se dirigió a Catherine, dirigiéndole un parpadeo y entonces partió, cerrando la puerta detrás de sí.

Al fin, solos, los dos se encaran, ambos jadeantes por la expectativa.

— ¡Venid acá, mi pequeño jazmín! — imploró el duque, también caminando en su dirección.

Se encontraron en el camino, en el medio de la sala. Se lanzaron uno en los brazos de los otros, desesperados por la nostalgia. El beso que se siguió era tan desesperado que arrancó lágrimas de los ojos de ella.

Sebastian tomó el rostro de él entre las manos, enjugando su rostro con los pulgares.

— ¡No lloréis, ángel! ¡Acabó! ¡La pesadilla acabó! ¡Y nada más en ese mundo va a separarnos! ¡Nada! — la abrazó fuertemente, levantando sus pies del suelo.

Catherine sollozaba, agarrada a su cuello.

— ¡Pensé... pensé... que nunca más vería a vos!

— ¡Yo os dije que volvería! ¡Por vos!

— ¡Sí! — ella recostó su frente en la de él, para encarar sus lindos ojos brillantes. — ¡Vos volvisteis!

— ¡Yo siempre cumplo mis promesas, mi adorada! Y gracias por esperar por mí y no aceptar el pedido de casamiento del idiota de mi hermano.

— ¡Yo esperaré por toda mi vida, vuestra gracia! De alguna forma, yo sentía que debía esperar y... ¡nosotros esperamos! ¡Y vos estáis aquí ahora!

Sebastian frunció el ceño, pareciendo confuso.

— ¿Nosotros?

Catherine tragó en seco. Aparentemente el hermano del duque no le había contado sobre el embarazo. Súbitamente nerviosa, con miedo de la reacción del hombre, ella salió de sus brazos y comenzó a torcer los dedos.

— ¿Querida?

Ella mordió el labio. El duque siempre había dejado claro que no deseaba tener hijos... ¡Que Dios la ayude!

— Yo... estoy esperando un hijo vuestro...

Los ojos de Sebastian se arregalaron y él dio un paso atrás, como si hubiese tomado un choque.

— ¿Un... hijo? — su voz sonó desafinada, mientras llevaba una mano a la boca.

— Sin-siento mucho, vuestra gracia... No quedéis bravo...

— ¿Bravo? — el lord sonrió y vino a tomar el rostro de ella entre las manos nuevamente. — ¡Yo no estoy bravo! — besó dulcemente sus labios.

— ¿No estáis?

— ¡No!

— Mas... siempre dijisteis que no queráis hijos...

— Eso fue antes de verdaderamente ver la muerte ante mis ojos.

Sirvió para que yo repensase toda mi vida. Y una certeza que tuve... — deslizó los dedos por la faz de ella, cariñosamente. — ¡es que yo os amo! — besó su boca brevemente. — ¡Que os quería a mi lado por toda mi vida! ¡Y que yo precisaba casarme con vos inmediatamente! ¡Ese hijo solo viene para bendecir aún más nuestras vidas!

— ¡Sebastian! — Catherine volvió a enroscarse en el cuello de él nuevamente, dando salida a un llanto de puro alivio y felicidad ahora. — ¡Yo te amo!

— ¡Mi adorada! — el beso que se siguió de esa vez era sófrego, cargado de pasión, deseo contenido. — ¡Por Dios, yo preciso hacer amor con vos! — él hizo mención de comenzar a soltar los lazos que prendían su vestido.

— ¡Sebastian! — ella le reprendió, aunque sonriese. — ¡Aquí no! Los criados pueden oírnos...

— ¡Cierto! — cogiéndola por la mano, la llevó a la sala, donde dio con todos los criados y sus hermanos esparcidos por el lugar. — Mas, ¿qué... Qué continuáis haciendo por aquí?

Catherine bajó la cabeza, mordiendo el labio, sabiendo que se ruborizaba, mas una sonrisa nerviosa jugaba en sus labios.

— ¡Que sea! Preciso... — se interrumpió, como si escuchando las palabras. — ¡quedar a solas con mi futura esposa! — así anunciando, rumó escalera arriba, trayéndola por la mano, mientras ella prácticamente corría para acompañarlo, oyendo las risitas viniendo de la sala y las exclamaciones chocadas de los demás.

Así que la puerta batió trancada, el duque se ocupó, muy concentrado, en dejarla desnuda. Mordió su cuello delgado, descendió por su cuello y alcanzó un seno ahora un poco más farto, donde se delició. Colocándose de rodillas, exploró su vientre aún chato, haciéndola alejar las piernas, mojó las puntas de los dedos en la boca y fue a perturbar el clítoris, arrancando un grito ahogado de ella.

— ¡Sebastian! — jadeó Catherine, apoyándose en los hombros de él, sometida a una fricción erótica.

Cuando ella estaba muy cerca, él se alejó, lo suficiente para llevarla a la cama, colocarla desparramada sobre las sábanas, las piernas pendiendo hacia el suelo y ahora era su lengua ávida quien la perturbaba, despiadado, mientras sus dedos la invadían, girando dentro de ella, arrancando gemidos altos. Catherine no duró mucho, explotando en un gozo libertador.

Asistiéndola retorcerse de placer, Sebastian enderezó su cuerpo, vistiéndose con una rapidez impresionante.

Sin aliento, Catherine levantó la cabeza para admirarlo.

— ¡Vos estáis tan... saludable! — él estaba realmente. Había ganado peso y hasta mismo sus músculos tenían cierta definición.

Sebastian sonrió, de forma disoluta, librándose de su última pieza de ropa y exhibiendo su erección.

— ¡Gwent realizó milagros en mí, querida! — dijo, metiendo un brazo bajo el cuerpo de ella y arrastrándola hacia el medio de la cama.

— ¡Estoy viendo! ¡Vos estáis lindo, señor duque! — le besó con pasión, a la medida en que él le irguía las piernas, para enlazar sus caderas y la penetraba lentamente. — ¡Ah! — Catherine gimió alto, las uñas clavando en las espaldas de él, la cabeza pendiendo hacia atrás.

— ¡Santo Dios! — exclamaba él, hundiéndose en él. — ¡Cómo yo sentí falta de amaros así!

— ¡Sebastian! — ella dejó lágrimas de placer, de alivio y de alegría rodar por sus faces.

Al fin, todo en el mundo estaba en su debido lugar. Catherine Clarke, la futura duquesa de Eninston juzgara un día que la felicidad no era para ella. Bien. El destino viniera a decirle que no era bien así.



Epilogo



El duque de Eninston caminaba de un lado para otro en la sala, las manos cruzadas en las espaldas. ¿Por qué demoraban tanto para dar noticias? ¿Un parto era así tan demorado? ¡Unos minutos más y él invadiría aquel cuarto!

— ¡Hombre! ¡Parad de quedar andando de un lado para otro! ¡Desgastaréis la alfombra! — Benedict refunfuñaba, mientras jugaba con un valioso pisapapeles entre los dedos.

Sebastian paró y corrió una mano por la nuca.

— ¿Por qué Philippa no viene a dar noticias?

— Ella dijo que vendría, así que tuviese noticias para darte. —

Anthony argumentaba, ofreciendo al hermano un cáliz de vino que este rechazó con un gesto de mano.

Benedict más que deprisa cogió la pequeña copa y tomó la dosis en un único sorbo, devolviéndola vacía al benjamín.

— Entonces, cuando ella tenga algo concreto, — proseguía Anthony, dispensando el cáliz en la mesita.

— ¿Es normal que un niño demore tanto para nacer? — el duque preguntó, a ninguno en específico.

— Bien... yo solo vi partos de vacas. — el hermano del medio iba hasta el bar, servirse de una dosis más. — Ellas no acostumbran demorar mucho, por lo que me acuerdo.

— ¡Qué comparación infeliz, Benedict! — Anthony meneó la cabeza.

— ¿Qué? Yo solo dije... ah, olvidad. — El otro dio de hombros.

Sebastian iba a abrir la boca para retrucar nuevamente, cuando oyeron sonos viniendo del alto de la escalera. Era Philippa quien descendía, sudada, agitada, mas sonriendo.

— ¡Es un niño! — exclamó, lanzándose en los brazos del hermano más viejo. — ¡Felicitaciones, papá! ¡Él es lindo!

— ¿Un niño? — una sonrisa jugaba en su boca.

— ¡Sí!

— ¿Ellos están bien?

— ¡Sí! ¡Perfectamente bien! ¡Catherine fue una guerrera, pues el bebé es muy grande!

— ¿Puedo ir a verlos?

— ¡Claro!

El duque subió las escaleras, dejando un bobo tío Anthony todo emocionado, una Philippa que tenía un mixto de felicidad y una punta de envidia y un Benedict que torció los labios, cogió su sombrero y bastón y se encaminó hacia la puerta.

— Bien, ahora que ya sé que la mamá y criatura están bien, ya puedo ir...

— ¿Para dónde vais, hermano? — la vizcondesa le interpelló.

— Comemorar, ¿dónde más?

— ¿No vais a querer conocer a vuestro sobrino? — Anthony gritó para que su pregunta le alcanzase ya en la puerta de salida.

— Quien vio a un niño ya vio a todos. — el otro le gritó de vuelta y partió.

Sebastian batió apresuradamente en la puerta y fue entrando. Pasó por todos sin verlos. Tenía ojos apenas para la mujer de apariencia exhausta, con el pequeño bebé en los brazos. Cuando le vio, abrió la más linda de las sonrisas y le extendió la mano, llamándolo.

— Venid a conocer a vuestro hijo, marido.

Sintiendo los ojos llorosos, se sentó al lado de ella en la cama, pasando los brazos por sus espaldas, trayéndola para junto de su pecho y examinó el pequeño rostrito del sercito envuelto en una manta bordada con el blasón de la familia.

— ¡Él es tan lindo, amor!

— Vuestro hijo es perfecto, señor duque.

Sebastian dejó algunas lágrimas correr por su rostro, mientras besaba la frente de su amada. Hacía pocos meses, él creía que estaba fadado a morir brevemente. ¡Y ahora, allí estaba él! ¡Comenzando su familia! Todo gracias a una mujer muy fuerte que nunca desistió de él. Y que era el grande amor de su vida.

— ¡Gracias, amor! Vos me hacéis el hombre más feliz de ese mundo. ¡Os amo! ¡Yo os amo a vosotros! — él jugó con la diminuta manita del bebé que les miraba confuso.

— Noah y yo también os amamos, papá.

— ¿Noah? — la voz de Sebastian flaqueó. Ellos aún no habían decidido el nombre, pues querían esperar que el niño naciese.

— Sí. — Catherine corrió una mano por el rostro del marido. — Creo que vuestro padre merece, por el hombre honrado que él fue y por haberte aceptado y amado, aun no teniendo vuestra sangre en las venas.

El duque cogió la mano de la esposa y llevó a los labios, besándola largamente. No había más necesidad de palabras. El amor estaba entre ellos. El amor estaba en ellos y en la familia que nacía, con la llegada de Noah St. John.
